UNA CRISTIANA

de condesa de Emilia Pardo Bazán



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

Una Cristiana de condesa de Emilia Pardo Bazán

UNA CRISTIANA

I

Verán ustedes las asignaturas que el Estado me obligó a echarme al cuerpo con objeto de prepararme a ingresar en la Escuela de Caminos. Por supuesto, Aritmética y Álgebra; sobra decir que Geometría. A más, Trigonometría y Analítica; y por contera Descriptiva y Cálculo diferencial. Luego (prendidito con alfileres, si he de ser franco) idioma francés; y cosido a hilván, muy deprisa, el inglés, porque al señor de alemán no quise meterle el diente ni en broma: me inspiraban profundo respeto los caracteres góticos. A continuación, los infinitos «dibujos»: el lineal, el topográfico y también el de paisaje, que supongo tendrá por objeto el que al manejar el teodolito y la mira, pueda un ingeniero de caminos distraerse inocentemente rasguñando en su álbum alguna vista pintoresca, ni más ni menos que las *mises* cuando viajan.

Siguió al ingreso el cursillo, llamado así en diminutivo para que no nos asustemos. En él no entran sino cuatro asignaturas para hacer boca: Cálculo integral, Mecánica racional, Física y Química. Durante el año del cursillo no nos metimos en más dibujos; pero al siguiente (que es el primero de la carrera propiamente dicha) nos tocaban —aparte de profundizar los Materiales de construcción, la Mecánica aplicada, la Geología y la Estereotomía— dos dibujitos nuevos: el dibujo a pluma, «de sólidos», y el «lavado».

Yo no fuí de los alumnos más exageradamente *empollones*, pero como tampoco era de los más lerdos (aunque me esté mal el decirlo), supe machacar el hierro según convenía que se machacase, y acudir a la paciencia y a la tenacidad en asignaturas donde no bastando el ejercicio del entendimiento hay que forzar el automatismo de la memoria. Tuve algún tropiezo, pues no es fácil evitarlos al seguir una carrera en que deliberadamente se aprietan las clavijas a los alumnos, con el fin de sacar el

número justo para cubrir las plazas vacantes. Año arriba o abajo, era seguro el éxito, y mi madre, que costeaba mi carrera ayudada por su único hermano, llevaba con relativa resignación, cuanta permitía su carácter, mis fracasos, por constarle que no eran muchos, y que al salir ingeniero hecho y derecho, tenían en el bolsillo los nueve mil... y dietas. Ni todos los tropiezos fueron de los que pueden evitarse, aun desplegando la mayor asiduidad del mundo. Un año estuve enfermo de anemia, complicada después con viruelas locas; y este incidente y otros que no hacen al caso, explicarán cómo, gozando fama de joven estudioso y persona medianamente culta, hube de encontrarme a los ventiún años cursando el segundo de la carrera; es decir, faltándome tres para terminarla.

El año anterior, o sea el primero de la carrera propiamente dicha, me ví precisado a dejar alguna asignatura para los exámenes de Septiembre. Atribuyo este incidente, siempre desagradable, a la influencia maléfica de cierta posada donde me alojé por tentación del diablo. El tiempo pasado allí me dejó indelebles recuerdos que me traen risa a los labios y vislumbres de indiscreto júbilo al alma cuando los evoco. Algo referiré de esta posada, y ustedes dirán si Arquímedes en persona sería capaz de estudiar en semejante madriguera.

Hay todavía en Madrid tres o cuatro casas —verbigracia, la de los Corralillos, la de los Cuartelillos, la de Tócame Roque— muy semejantes a la que voy a describir. En su recinto se apiñaba el vecindario de un mediano poblachón; tenía sus tres patios con balconada, sobre la cual se abrían las puertas de los cuchitriles o tabucos, numeradas en los dinteles; y no faltaban sus inquilinas desvergonzadas y reñidoras, sus ciegos entonando coplejas al son de destemplado guitarrillo, sus gatos atacados de neurosis correteando de bohardilla a bohardilla y de baranda a baranda —ya a impulsos de amorosas emociones, ya en virtud de algún tremendo ladrillazo—, sus tiestos de clavellinas y albahaca, sus pañales puestos a secar en compañía de desflecados refajos y remendadas camisas; en fin, todo lo que abunda en este género de guaridas de la villa y corte, mil veces retratadas por los novelistas y los pintores de costumbres. El cuarto tercero de la derecha había sido alquilado a Josefa Urrutia, vizcaína, ex doncella de la Marquesa de Torres-Nobles, y ex doncella en otro sentido, por culpa de «uno de minas». De los devaneos de la Josefa había resultado lo de costumbre: al principio muchas carantoñas, luego frutos de bendición sin la del cura, luego hastío del seductor, lágrimas de la víctima, abandono, juramentos de

venganza y planes de exterminio, escándalos callejeros con presentación de rorro en mantillas, reclamación ante el juez, y providencia de éste a favor de la ofendida, señalando una pensión de seis reales diarios a cada vastaguito. Sólo que ¡vaya por Dios! de pago andábamos muy mal. Por fas o por nefas, hoy que el papá se encuentra en Montevideo y la letra no ha llegado; mañana que el cambio sobre España está por las nubes y no se puede girar, ello es que la desdichada Pepa no hubiera conseguido valerse y sacar adelante a los dos críos, si no tiene la feliz ocurrencia de arrendar el consabido piso tercero, arañar unos cuantos muebles en las prenderías y el Rastro, y con sábanas y almohadas de desecho, regalo de la señora marquesa, instalar la casa de huéspedes, nido de estudiantes y de chinches.

Al principio el negocio se presentó medianito: trampeando, trampeando. Por fin adquirió la Urrutia clientela, y cuando yo entré a morar en «la alcoba del comedor», estaba en su apogeo el establecimiento: ni una habitación desocupada, y todos huéspedes que pagaban honradamente (si podían) aparte de ciertas quiebras, cuyo origen descubriré en gran secreto. Habitaba la sala, lo mejorcito del cuarto, un cierto D. Julián, valenciano jaranero y alegre, derrochador sempiterno, amigo de francachelas y bromas y jugador empedernido. Decía que estaba en Madrid pretendiendo un destino, destino que no llegaba nunca; pero el pretendiente vivía como un príncipe y en vez de ayudar con los dineros de su pupilaje a sostener el negocio de Pepa, se susurraba entre nosotros que comía gratis y aun recibía de tiempo en tiempo tal cual doblilla destinada a derretirse en el peligroso faldellín de la sota de copas. Estas interioridades y flaquezas de Pepa Urrutia no hubieran trascendido (como ahora se dice) a no ser por el *monstruo de verdes ojos*, los empecatados celos. Teníalos rabiosos la vizcaína, de una vecinita guapa y fácil en tomar varas de los huéspedes fronterizos, según puedo atestiguar. Aguijada por la desesperación, Pepa gritaba sin reparo, y había lo de «pillo, estafador» por aquí, y lo de «si vergüenza tuviese usted, lo que me chupa y lo que me debe me pagaría volando» por allá. D. Julián, en casos tales, envainaba las manos en los bolsillos, apretaba los dientes, y callado como un muerto paseaba de arriba abajo por la sala. Aquel silencio encendía más el furor de la mujer, que a veces se deshacía en crisis nerviosa de llanto; y después de abofetear al valenciano con los últimos denuestos, salía pegando un portazo que retumbaba en todo el edificio. Entonces solía asomarse al pasillo un hombre grueso, rubio, calvo, como de cincuenta y tantos años, de semblante afable

y complaciente, quien con marcado acento portugués preguntaba a la colérica patrona:

—Pepiña, ¿qui tiene?

—Nada tengo yo... —respondía ella metiéndose de estampía en la cocina y mascullando en vascuence terribles imprecaciones. La oíamos lidiar a porrazos con sartenes y cacerolas, y a poco el chirrido consolador del aceite nos anunciaba que, a pesar de todo, se freían patatas y huevos y el almuerzo no andaba muy lejos ya.

El señor calvo y grueso, que ocupaba la «sala del patio», llamada así por tomar luz del principal de la casa, era un médico portuense, venido a España con el fin de entablar un litigio contra la Administración, por no sé qué infundios referentes a un patronato. Admirador entusiasta, como los portugueses en general, de la música popular española, pasábase el santo día en una silleta cerca del balcón, vestido lo más ligeramente posible, en calzoncillos y elástica (he de advertir que esto ocurría en el mes de Junio), cubriendo su calva una gorrita escocesa con dos cintas flotantes atrás, y rascando una guitarra, a cuyo compás gatuno y desafinado entonaba la letra siguiente:

«Quiérimi sivillana — niña lousana — cándida flor
qui al son di mi guitarra — pur ti palpita — mi corasaun...»

Aquí interrumpía el canticio y miraba hacia el ventanuco de una chica planchadora, asaz fea pero no menos vivaracha y comunicativa. Ella estaba asomada, riendo y guiñando los ojos. Exhalaba un suspiro el portugués, exclamaba en voz estentórea «Moy bunita», y con dobles bríos martirizaba el guitarro, continuando la letra:

«Ay qui plaser — is il amor — si s'halla un alma
angilical. — Y qui dolor — si hay falsidad — no, no, no, no,
no, no, no, no — ¡huye di mí — duda fataaaal!»

Terminada la canción, sacaba de la abertura de la elástica una petaca de paja, una caja de fósforos y una cajetilla de cigarros. Aún no había encendido el primero, cuando hacía irrupción en el cuarto del portugués un mozo como de veinticuatro años, huésped de Pepita también, a quien por largo tiempo consideré genuina personificación del artista. Llamábase de apellido Botello —nunca pensé en averiguar su nombre de pila—; era muy apuesto, de cumplida estatura; gastaba melena, no excesivamente larga,

pero abundante y rizosa; tenía el tipo mulato, a lo Alejandro Dumas, con labios carnosos y rojos, bigote diminuto, ojos brillantes y piel morena finísima, y nosotros le mareábamos diciéndole *Dumillas* a cada momento. ¿Por qué nos habíamos empeñado los huéspedes de Pepa Urrutia en que Botello era artista? Hoy no lo entiendo. Botello no había dado jamás una pincelada, ni destrozado una sonata, ni emborronado un artículo, ni perpetrado un triste drama, ni siquiera un *juguete* en un acto, y sin embargo, teníamos metido entre ceja y ceja que Botello no podía ser sino artista y artista consumado. Sospecho que era una convicción nacida —más aún que de su original y simpática fisonomía, y su género de vida especial— de su modo de vestir derrotado y mendicante. Llevaba en todo tiempo un abrigo entallado de paño azul, que él nombraba el *gabán del toisón*, porque tenía en cuello y solapas ancho collar de mugre, con su borrego de manchas delante. Esta prenda estaba tan adherida a su cuerpo, que con ella salía a la calle, con ella se lavaba y afeitaba y hasta la echaba sobre la cama para dormir. Los pantalones lucían orla de flecos; las botas eran de tacón torcido, y la piel rota ya descubría el calcetín, embadurnado de tinta por Botello a fin de que no asomase su indiscreto blancor. La esbelta figura y hermosa cabeza de *Dumillas*, embutidas en atavío semejante, no habían conseguido perder todo su encanto, antes los casi harapos, al adaptarse a su elegante torso, adquirían misteriosa nobleza.

Otro rasgo distintivo de Botello podría referirse al tipo artístico, y era su feliz descuido para la vida, su total menosprecio del trabajo, su absoluto desconocimiento de la realidad. Botello era hijo de un magistrado y sobrino del administrador de un magnate. Al morir el padre de Botello, quedó el chico bajo la tutela de su tío, el cual le daba casa y comida y le entregaba sus cinco mil reales anuales de alimentos, exigiéndole únicamente que se retirase a las doce de la noche. Ni le obligó a estudiar ni hizo por darle educación, y cuando hubo caído en la cuenta de que el muchacho pasaba todas las veladas en la timba o en el café flamenco y volvía a casa a las tantas y tenía llavín para entrar sin ser sentido, puso el grito en el cielo, y en vez de tratar de corregirle, le arrojó de su hogar ignominiosamente. Sin oficio ni beneficio, con veintiún duros mensuales por todo caudal, Botello rodó de casa de huéspedes en casa de huéspedes a cual peor y más desastrada, hasta que en un garito trabó conocimiento con el insigne D. Julián, tirano del corazón de Pepa Urrutia. Enganchado por esta amistad se vino a nuestro albergue. Desde entonces Botello tuvo curador ejemplar en el

valenciano. Encargábase D. Julián de cobrar la mesada del mozo, y acto continuo, a la timba a probar fortuna. Si venía una racha de cien o doscientos pesos, los veintiuno de Botello se le entregaban religiosamente, y aún podía caerle alguna propineja. Si la suerte era contraria, ya podía Botello cantarles el oficio de difuntos. Como necesitaba la guita, el pupilo solía armar con su curador unas zapatiestas de mil diablos. «A ver, señor mío, ¿qué hago yo este mes?» Y entonces —aparición providencial— surgía la Pepa en defensa de su caro estafador, y chillaba amenazando a Botello.

—Usted calla... Usted calla... Yo me espero...

—¡Sí! —respondía el mísero—; pero el caso es que ni para tabaco me ha dejado un real.

La Pepa echaba mano a la faltriquera, y sacando una peseta roñosa:

—Usted tome... Una cajetilla compre...

Cuando las pesetas de la Pepa escaseaban —y aunque no escaseasen— Botello recurría a colarse en la habitación del portugués, no bien le oía restallar el fósforo para encender el cigarro; y entre bromas y veras, la mitad de la cajetilla pasaba al bolso del bohemio. Acostumbrado el portugués al carácter y modos de Dumillas (de quien aseguraba con profunda fe que era *muito artista*), no se formalizaba jamás ni por sus guasas, ni por sus merodeos y depredaciones. Al contrario, diríase que las travesuras de Botello despertaban en el médico guitarrista afecto y benevolencia inexplicables. Y cuidado que a veces las jugarretas del bohemio pasaban de castaño obscuro. Citaré una para muestra.

Obligado el portugués a hacer visitas y presentar recomendaciones para activar el despacho de su asunto, encargó un ciento de tarjetas muy satinadas y litografiadas, donde en preciosa letra cursiva se leía su nombre: «Miguel de los Santos Pinto». Acertó a verlas Botello, y nos las fué enseñando por todos los cuartos, asombrándose de que tuviese tan pocos apellidos un portugués. Él quería añadir cuando menos: «Teixeira de Vasconcellos Palmeirim Junior de Santarem do Morgado das Ameixeiras», para que estuviese en carácter. Se lo quitamos de la cabeza; pero fué todavía peor lo que se le ocurrió después. Escamoteándome la pluma topográfica y la tinta china que yo usaba para mis planos y mis dibujos, escribió delicadamente debajo del «Miguel de los Santos Pinto» esta coletilla: «Corno de Boy». A fin de no molestarse en añadirlo a todas las tarjetas, hízolo sólo con veinticinco, escondiendo las restantes. Al otro día

justamente salió de visiteo el lusitano, y repartió diez o doce de las tarjetas adicionadas por Botello. El domingo siguiente encontrose en la calle del Arenal a un conocido, que le detuvo y le preguntó sofocando la risa:

—Pero don Miguel, ¿usted se llama efectivamente *Corno de Boy*? ¿Hay en su país de usted ese apellido?

—¿Yo? —respondió amoscado el lusitano—. Yo mi llamo Santos Pinto nada más.

—Pues mire usted esta tarjeta.

—A ver... a ver... —murmuró el pobre hombre—. ¡Y dis eso! —exclamó atónito al leer la coletilla.

—Será alguna equivocación del litógrafo —indicó maliciosamente el amigo. Pero don Miguel no se la tragó, y apenas llegado a casa enseñó la tarjeta a Botello, pidiéndole estrecha cuenta del desaguisado. Tan calurosas protestas de inocencia hizo el grandísimo truhán, que logró convertir hacia mí las sospechas.

—¿No ve usted —decía— que la tinta y la pluma con que eso se escribió, en su cuarto las tiene Salustio? No se fíe usted de las mosquitas muertas. El que parece más formal...

De resultas de este ardid maquiavélico, yo, que en la vida me metía con el benigno portugués, fuí el único huésped a quien él miraba con prevención y recelo. Creo firmemente que su ceguedad era voluntaria, pues de otras diabluras de Botello no pudo quedarle ni la duda más leve. Jugando un día al dominó con su víctima, Botello tuvo arte para encasquetarle una corona de papel con orejas de borrico, a fin de que se desternillase de risa la ninfa de la plancha, que atisbaba cuanto en la habitación ocurría. Otra vez le prendió rabitos de papel en los faldones, y así salió Pinto a la calle, siendo la irrisión de los granujas. No obstante, la indulgencia del portugués hacia el bohemio no se desmintió jamás. Cuando a Botello le faltaba parné con que pagar la entrada en algún baile, a D. Miguel acudía en demanda de medio duro. Después agotaba la elocuencia para convencerle de que debía echar una cana al aire y acompañarle al bailecito. A la negativa del portugués, que alegaba no querer disgustar a la planchadora, replicaba Botello llamándole *panoli*; y como el lusitano no entendiese la palabrilla y se mostrase algo amostazado, el bohemio hacía ademán de restituir el medio duro.

—Tómelo, tómelo, ya que está usted enfadado conmigo —exclamaba el muy lagarto—. Mi dignidad no me permite aceptar favores de quien me ve

con malos ojos. ¿Verdad que está usted enfadado?

—Yo con usted no mi puedo enfadar nunca —declaró el portugués metiéndole en la mano a viva fuerza la moneda: y volviéndose hacia los que presenciábamos la escena, pronunció con la sonrisa de mayor bondad que nunca he visto en rostro humano—: Este rapaz... ¡muito artista!— Después se volvió a su ventana a rasguñar el guitarrillo.

Vamos, convengan ustedes en ello: no hay posibilidad de consagrarse a un estudio árduo, abstracto, cuotidiano, en casa donde a cada instante ocurren incidentes como los que dejo referidos. Las risotadas alternando con las quimeras; las correrías por los pasillos; las continuas entradas y salidas de los haraganes que no acertando a matar el tiempo, discurren cómo hacérselo perder a los aplicados; la irregularidad en las horas de comida y almuerzo, la llaneza confianzuda con que todos nos metíamos a vivir en las habitaciones de los demás; el trasnochar y el despertarse a deshoras, no son eficaces auxiliares para las tareas de la Escuela de Caminos. Por otra parte, el contagio de la broma y de la cháchara es inevitable en mi edad. Allí había otros estudiantes de la Universidad, de Montes, de Arquitectura; ninguno era un prodigio de aprovechamiento. Yo quizás les vencía a todos; pero como mis asignaturas ofrecían mayores dificultades, el caso es que aquel año me quedé colgado hasta Septiembre, y hube de pasarme las vacaciones en Madrid sin gozar las frescas brisas de mi tierra. Sería aquel un verano aburrido, interminable, a no rodearme gente tan levantisca y retozona, y a no darnos tela el portugués, eterno mártir del inagotable buen humor y de la sindineritis crónica de Botello. Cuando no había modo de entretener la tarde, *Dumillas* castañeteaba los dedos y nos decía, sacudiendo la gallarda cabeza sudorosa, para echar atrás la melena negrísima que le sofocaba:

—Vamos a hacerle una *sarracinada* a Corno de Boy. ¿Quién me ayuda a coger chinches?

—¿A coger chinches?

—Cabal. A ver si armais un cucurucho y lo llenais de chinches gordas, bien llenito. Las medianas no sirven. Que sean de primera magnitud.

Salía cada cual hacia su cuarto a realizar tan extraña caza. Por desdicha, el ojeo no era difícil. A poco que escudriñásemos en nuestros jergones o debajo de nuestras almohadas, reuníamos sin gran esfuerzo una docena de bichejos asquerosos. Rendíamos nuestro tributo al inventor de la diablura, y él juntaba en un sólo alcartaz las chinches de todos. No bien

comprendíamos que se acostaba el portugués, a oscuras, descalzos y reprimiendo la risa, nos apostábamos a la puerta de su cuarto. Así que don Miguel comenzaba a roncar, Botello alzaba suavemente el pestillo, y como la cabecera de la cama estaba contigua al marqueado de la puerta, no necesitaba el diablo del *artista* más que destapar el cucurucho y desparramar las chinches contenidas en el papelón sobre la cara y cabeza del durmiente. Terminada esta operación, cerraba Botello con mucha cautela, y nosotros, hechos una piña y pellizcándonos mutuamente de puro excitados, aguardábamos a que se iniciase la campal batalla.

No habían transcurrido dos minutos cuando sentíamos rebullirse al portugués. Oíamos primero frases truncadas e ininteligibles, luego claras interjecciones, luego el estallido de un fósforo y la repetición azorada de la palabra «¡Credo!» Acudíamos hipócritamente, preguntando si estaba enfermo, si le ocurría algo.

—¡Credo! —respondía el buen hombre—. ¡Credo! ¡Persevejos por aquí, persevejos por allí! ¡Credo! ¡Irra!

Al día siguiente le proponíamos variar de cuarto, y así lo hacía, esperando hallar remedio a sus males; sólo que, como repetíamos la caza, repetíase también el sainete. Con semejantes chanzas pesadas fuímos engañando la canícula; y lo que más me asombra es que al bendito portugués, blanco de todas ellas, no se le ocurriese ni remotamente cambiar de hospedaje, ni plantarle un día un bofetón de cuello vuelto a su verdugo.

Cuando aprobé en Septiembre las asignaturas que me faltaban, necesité hacer un enérgico llamamiento a la potencia superior del alma, o sea a la voluntad, para resolverme a poner por obra lo que en mi opinión convenía al lusitano; mudar de alojamiento. El cebo de la pereza y de la vida alegre; lo entretenido del trato de Botello, a quien era imposible no profesar cierta lástima muy análoga a la ternura; los mismos defectos e inconvenientes de aquella posada iban apegándome a ella más de lo justo. Sin embargo, venció mi razón en la contienda. «La vida es un tesoro y no hemos de despilfarrarla en chiquilladas y en insulsas bromas», pensaba yo al arreglar mis bártulos para irme con la música a otra parte. «Si ese infeliz de Botello es un sonámbulo y se ha propuesto morir en el hospital, yo, en cambio, estoy determinado a tener una carrera, tomarla por lo serio y ser libre y dueño de mis acciones. Aquí no hay más que ilusos y gente predestinada a la miseria anónima. Vámonos a donde se pueda trabajar.» No obstante, la despedida me oprimió unas miajas el corazón. La Pepa lloraba a lágrima

viva por tan buen huésped, que pagaba religiosamente y nunca «daba que sentir ni así tanto.» Mis ojos no se humedecieron, pero, lo repito, sentí pena, como si me apartase de seres muy queridos, al abrazar a Botello y apretar la mano del bonachón portugués. Según iba andando detrás del mozo de cuerda que cargaba mi baúl, hice las siguientes reflexiones para explicarme mi emoción:

«Esta irregularidad pintoresca, este predominio del sentimiento y del humorismo, y este desprecio de la realidad que noto en la casa y en los huéspedes de Pepa Urrutia, son atractivos, porque constituyen una forma del romanticismo innato en nuestra raza, romanticismo que yo padezco también. La tal casa parece un familisterio, basado no en la comunión socialista, sino en la falta de hiel y de sal en la mollera. Me he encontrado ahí con varias personas que, a fuerza de ser excelentes, no tienen ni tendrán nunca un adarme de juicio ni de sentido común. Por lo mismo, sospecho que las echaré muy en falta los primeros tiempos; que siempre las recordaré con nostalgia, y que, al ir corriendo años, se me figurará poético y precioso hasta lo de las chinches. Sin embargo, yo valgo más que lo que dejo, pues soy capaz de dejarlo.» Y me consolaba el orgullo de tenerme por más formal y positivo que los pupilos de la vizcaína.

II

Duraron mis saudades menos de lo que temí. Cada sér prefiere su elemento natural, y el mío no era el desorden, el galimatías de la posada bohemia. Mi nuevo parador estaba sito en la calle del Clavel: un cuarto cuarto, soleado y con habitaciones no tan mezquinas como suelen ser las que se ofrecen por trece reales diarios. También era vizcaína la patrona, porque lo son la mitad de las patronas de España; pero bien distinta de la Pepa Urrutia: limpia como los chorros del oro, excelente guisandera de bacalao con tomate, callos, paella y demás sabrosas porquerías de la cocina nacional, y exenta de pasiones devastadoras, al menos que estuviesen a la vista, por lo cual todos los huéspedes saldaban sus cuentas o salían pitando.

En la casa de doña Jesusa —por ser de edad madura le aplicábamos el doña— las camas, aunque empedernidas y angostas, eran aseadas; la criada argandeña, hacía sábado a menudo; en el pasillo, delante de la cocina, cantaba, enjaulado, un jilguero; la noche de Navidad se comía sopa de almendra y besugo, y no faltaban, en suma, ciertos toques de humilde bienestar y paz burguesa. Verdad que todo andaba muy apurado y justo: de ordinario, los cinco o seis estudiantes que nos sentábamos a la mesa, nos levantábamos mal satisfechos, porque la pitanza salía tasadita. No quiero murmurar del chocolate, que era engrudo tiznado de ladrillo; ni de la tortilla coriácea; ni de las manzanas y peras del postre, que parecían contrahechas en cera, según la abstención que con ellas observábamos. «Debían darnos siquiera el postre de los sentenciados a muerte; pasas y almendras» decía mi paisano Luis Portal, que era, a lo serio, bastante guasón. Pasaré también por alto la eterna monotonía de la sopa de pasta, calificada por Luis de «alfabética» o «astronómica», según representaba letras o estrellitas. Prescindiré de la penuria del cocido, con su tocino oculto detrás de un garbanzo y partido ya en raciones para que un huésped solo no se engullese las de los demás; y no delataré las gusaneras del pescado, ni las flacideces de la carne. A mi edad es raro que el sibaritismo y la gula den mucha guerra. Por otra parte, los días del santo de cada pupilo o de fiestas muy señaladas y de repique gordo, doña Jesusa nos obsequiaba con algún guisote en que había puesto los cinco sentidos, y entonces nos

desquitábamos. Siempre observaba doña Jesusa los días clásicos, y los distinguía con algún refinamiento en la mesa, y estos extraordinarios ayudaban a conllevar la habitual estrechez, remedando las gratas alternativas del hogar doméstico.

Luis Portal, que era hijo de un cafetero de Orense y muy regalón y habilidoso, ideó que podíamos, sin gran dispendio, tomar café mañana y tarde. Compró de lance, en el Rastro, una cafetera para seis tazas; por los mismos medios agenció un molinillo; procuróse del mejor café tostado y sin moler, dos libras de azúcar morena, y repartidos los gastos a prorrata, resultó en efecto baratísimo el delicioso brebaje. Si pudiésemos llegar a la media copita de *fine* o de *mono*... Pero ahí nos estrellábamos; ahí no alcanzaban nuestros recursos. El coñac era ruinoso. Portal tenía una botella traída de su casa en el fondo del baúl; nos impusimos la obligación de estirarla, bebiendo sólo un dedalito, y la consigna se observó tan bien, que al cabo de dos días le vimos el fondo a la botella.

Resumiendo, y para ser sinceros: en la casa de doña Jesusa se podía estudiar. Había horas, silencio, quietud. Alguna que otra vez nuestra patrona regañaba a la criada; pero este ruído familiar y previsto no alcanzaba a distraernos. Cada cual según la extensión de sus facultades, empollábamos todos, procurando no tener que *excusarnos* cuando los profesores nos preguntasen. El de Máquinas nos inspiraba un poquillo de miedo, por su gran afición a *salir de pesca*, o sea a alterar el orden establecido para preguntar la lección. Ya he dicho que yo no sobresalía entre mis compañeros por extremar la asiduidad, ni Luis Portal tampoco: ambos nos dábamos maña para poner en ejercicio el entendimiento, sacándole a flote hábilmente, no dejándolo sucumbir bajo el peso de la memoria, porque temíamos la depresión especial que causan estos estudios áridos y rigurosos en los cerebros pobres, y que Luis llamaba «la guilladura matemática». En cambio, dos chicos de los que vivían con nosotros estaban tan rendidos y agotados, que recelábamos que al acabar la carrera (si la acababan) parasen en un tonticomio. Era el uno de ellos un cubano, dotado de prodigioso memorión. Con ayuda de esta facultad inferior, pero tan indispensable y que de tal suerte cubre las faltas del entendimiento, se tragaba los libros, y siempre que no se tratase de discurrir, ni de poner o quitar al texto, se presentaba con admirable brillantez. Sólo que la más mínima objeción, la interrupción más leve, cualquiera circunstancia de esas que obligan a apelar a la inteligencia, le mataban; aturrullábase todo y no había manera de que

contestase derecho ni a la cosa más sencilla. Portal le llamaba «el lorito», y se reía mucho de su calma, de su dejo lánguido, de verle siempre tiritando, hasta encima del brasero. Cuando soltaba los libros, era el antillano lo mismo que pájaro a quien le desprenden un collar de plomo. Entonces, a falta del vigor mental necesario para manejar garbosamente las pesas y las barras de hierro de las ciencias exactas, mostraba el pobre desterrado las galas de una brillante fantasía, toda luz y colores, o por mejor decir, toda lentejuelas y fuegos fatuos. En boca suya, la frase más vulgar revestía forma poética; rimaba sin sentirlo y al sonsonete; era capaz de estarse una hora hablando en verso bien medido y armonioso; pero el satírico Portal decía que los versos del cubano tenían exactamente tanto valor artístico como la música que componemos y tarareamos al extender distraídamente por los carrillos el jabón para afeitarnos, y que hacían el mismo sentido leídos de arriba abajo que de abajo arriba. «Vamos a llamarle el sinsonte, en vez del lorito», añadía cada vez que el cubano nos endilgaba sus poéticas sartas de cuentas de vidrio, lo cual solía ocurrir después que se atiborraba de café.

El otro asiduo era un zamorano, de estrecha frente y obtuso magín, huérfano de padre y madre, que seguía la carrera a expensas de una abuelita octogenaria, ya paralítica, la cual le había dicho: «No quiero morirme hasta que tú seas hombre y tengas concluídos los estudios y asegurado el porvenir». Bien tenue hilo ataba a este mundo a la viejecilla, y el mozo lo había comprendido y desplegaba una energía silenciosa y feroz. Así como el cubano araba con la memoria, el zamorano lo hacía con la voluntad en tensión perpetua. Sus escasas facultades le obligaban a trabajar doble; para él no había noches de sábados, ni fiestas de domingo, ni paseo, ni carteito con novias, ni nada, nada más que el libro, el eterno libro, ecuación va y ecuación viene, problema arriba y problema abajo, sin un minuto de desaliento, sin una falta de asistencia, sin un día de excusa. «¿Has visto ese animal, que no pierde ripio?» me decía mi paisano. «Va a ser ingeniero antes que nosotros... si no deja la piel. Porque está muy flaco y a veces tiene las manos acalenturadas. Le noto mal aliento; de fijo que ya el estómago no rige. Claro, ni ejercicio, ni distracción... Salustiño, bueno es salir avante, pero también hay que mirar por el número uno.»

Con Luis Portal hice yo excelentes migas, llegando a contraer estrecha amistad, aunque nuestras ideas y aspiraciones eran muy diferentes. Portal gustaba de manifestarse como hombre sagaz y práctico, o al menos daba

indicios de que lo sería cuando llegase a la edad en que se fija la complexión moral del individuo. No diferíamos totalmente en nuestro criterio: había dogmas comunes: Portal, lo mismo que yo, se declaraba partidario del *self-help*; aborrecía tutelas e imposiciones; creía que el hombre debe bastarse a sí mismo y aprovechar los primeros años de la juventud en preparar días de libertad o de bonanza para la edad viril. «No parecemos gallegos —me decía a veces— por la actividad que desplegamos en todo.» Yo ponía a su observación el espíritu emigrante y aventurero que se ha desarrollado en los gallegos de poco tiempo acá. «Desengáñate —repetía con obstinación—, tenemos más de catalanes que de gallegos, chacho.» Si en el modo de entender la dirección de la vida nos parecíamos mucho mi amigo y yo, no así en la apreciación del fin principal de la misma vida. Portal acostumbraba exponer el programa siguiente: «Chico, yo no he de andarme con pamplinas, ni papando moscas. Trataré de ganar dinero para reirme del mundo. Pasarse los años entre escaseces y privaciones, es una broma. Mi papá es D. Alejandro en puño; no suelta cuartos; y yo ignoro a estas horas el sabor de muchas cositas buenas. No sé si por las vías de la profesión estoy en camino de catarlas; se me figura que, en cuanto a sacar partido, los políticos y los negociantes la aciertan mejor que los científicos: verdad que lo uno no está declarado incompatible con lo otro, y que Sagasta es ingeniero. En fin, a mí que me dejen los brazos libres, y me las arreglaré. O soy un majadero, o salgo de pobre.» Aplaudiendo la gallarda resolución de Portal, yo comprendía que mis sueños de porvenir se diferenciaban de los suyos. Portal entendía por «cositas buenas» el comer opíparamente, el beber ricos vinos, el fumar soberbios tabacos, acaso sostener a una bella pecadora, quizás casarse con una señorita linda y bien acomodada; yo, sin despreciar estos bienes, no aspiraba concretamente a ninguno de ellos, sino sólo a la libertad, presintiendo que con ella vendría algo muy hermoso y merecedor de ser saboreado y gozado, pero no en el sentido descarnadamente material: algo que podía ser gloria, celebridad, pasión, aventura, millones, mando, hogar, hijos, viajes, luchas, hasta infortunio; pero que al fin sería vida, vida completa y digna del ser racional, que no ha de reducirse a vegetar ni a golosear los placeres, sino que debe recorrer toda la escala del pensamiento, del sentimiento y de la acción. No podía definir en qué consistían mis esperanzas; pero me parecería que las rebajaba si las redujese a algo positivo y sensual, como mi amigo Luis. No por esto me creía un visionario, un entusiasta ni un soñador. Comprendía, al contrario,

que si mi frente se alzaba a veces hacia la región de las nubes, mis pies permanecían firmes en la tierra, y que todas mis acciones eran propias de hombre resuelto a abrirse camino sin dejarse embaucar por la sirena del entusiasmo.

Si nuestro credo individualista tenía ciertos puntos de contacto, en el colectivista andábamos más desacordes Portal y yo. Los dos republicanos, se comprende; pero él castelarino, embolado, oportunista, casi monárquico a fuerza de concesiones, y yo, radical, de los de Pí, convencido de que en España no es lícito transigir ni un punto con lo pasado; al contrario, debemos entrar resueltamente y de una vez por la senda de la transformación honda y progresiva. «Esas transacciones nos pierden, son funestas —objetábale yo—. Transacción, en este caso, equivale a engañifa. Se dice transacción, por no decir capitulación y derrota. Si nuestros abuelos, aquella gente honrada del 12 al 40, hubiesen andado con paños calientes y contemplaciones, bonitos estaríamos ahora. Duele el momento de extirpar un lobanillo, y se producen perturbaciones en la economía, pero el lobanillo extirpado queda. No comprendo esa manía de contemporizar con el ayer, con la España absoluta y fanática. Tu *ilustre jefe* —a Castelar le llamábamos así— es un vividor, amigo de agradar a las duquesas, a las testas coronadas, y a eso llama él conservar la tradición. Palabrería. Por fortuna ni los franceses en 93, ni nosotros más adelante, hemos seguido ese método. Déjeme de historias. Al paso que vamos, dentro de pocos años España volverá a poblarse de conventos. Es absurdo tolerar semejante artimaña, y hasta protegerla, como nuestro liberalísimo Gobierno hace. Los jesuítas tienen vuelta a tender la red; a cada rato aprietan un poquito más la malla. Cualquier día nos envuelven del todo. Claro que a los pájaros gordos, como ellos saquen su escote, les importa un pepino lo que venga detrás. En pos de mí el diluvio, que decía aquel peine de Luis XV. No cabe en cabeza medianamente organizada eso de que para debilitar y desarraigar una institución como la Monarquía se empiece por afianzarla, halagarla, implantarla suavemente en el corazón del pueblo. Yo no trago ese anzuelo de la transacción. A mí que no me vengan con ese *choyo*.»

Portal se atufaba y me replicaba no menos enérgicamente.

«Pues eres un inocente, por no decir otra cosa. Los que piensan como tú se chupan el dedo. Con vuestro sistema, en un decir Jesús volvíamos a tener soliviantados a los carlistas, y a España hecha un hervidero de partidas monteses. No quiero pensar tampoco lo que sucedería con vuestra

federación famosa. A los dos meses de establecido el cantón gallego, ni los rabos: todos habíamos de querer mandar y nadie obedecer. Si empiezas por herir y lastimar los sentimientos de una nación, tiene que producirse el desbarajuste que siguió a la Revolución de Septiembre. Desengáñate, Castelar caza muy largo. Esto es la minoría de una República, no la de un Rey. Que nos caiga la República por su peso, como una perita madura...»

«A otro perro con ese hueso... Lo que quieren aquí todos es seguir mandando... Chacho, no hay ideal, se acabó ese género. Y es necesario que lo resucitemos, créeme...»

«Déjame de ideales y de monsergas —replicaba Portal enojándose—. Por los ideales nos vienen a nosotros todos los daños. No hay más ideal que la paz, y poco a poco ir arreglando todo este belén».

Otro tema de disputa era el regionalismo. Yo no me andaba con chiquitas: quería la independencia del territorio gallego. Sobre la anexión a Portugal ya discurriríamos: se vería lo más conveniente; pero a Portugal también le traía cuenta sacudir su vieja y churrigueresca Monarquía, y asentir a la «federación ibérica».

—No sé qué diera porque pudiéseis ver realizado ese cochino *ideal* sólo veinticuatro horas —exclamaba Luis—. Lo que es en Galicia, como se declarase en cantón, ni los diablos paran. Fíjate en una cosa: en España los organismos administrativos... ¿hablo o no hablo con propiedad? cuanto más chicos, peores. El gobierno central, como tú le llamas, hace mil barrabasadas: pues las diputaciones provinciales hacen dos mil; los alcaldes de pueblo, tres mil; y los de aldea un millón... Afortunadamente hablar de la independencia galáica es como si hablásemos de la mar con peces y arenas.

—¿De modo que, según tú, las provincias no tienen derecho a decir, como los individuos, *cada cual para sí*?

—Mira, déjame de derechos. Discutir derechos en esta materia, es echarse por los cerros de Úbeda. Con derechos y andrómenas soy capaz de probarte que ahora la verdadera reina de España es Isabel II, y que su nieto la usurpa el trono. En política racional no hay derechos ni mojigangas, hay lo que conviene o no conviene, hay lo acertado y lo desacertado, hay un olfato y un tacto que yo no te puedo explicar en qué consisten, pero que se manifiestan en los resultados. Con las ideas radicales se va a la lógica del absurdo. El álgebra no me la apliques a la política. Y déjate de independencias. Es una realidad indiscutible la patria española, aunque tú creas que no.

Irritado por esta contradicción, solía exclamar:

—Valiente antigualla está lo del amor patrio. Los grandes pensadores se ríen de la idea patriótica. Esto no me lo negarás.

—Diles a esos grandes pensadores, que vayan a pensar a un pesebre. Si suprimen poco a poco los resortes por que se ha movido siempre la humanidad, se nos acaba el pretexto hasta para vivir. Ya sabes que no me da por lo sentimental, pero la patria es como la familia, que maldito si se necesita acudir a poesías y sentimentalismos para quererla y defenderla hasta la muerte. Todo lo arreglas tú con sacar el Cristo de la antigualla. Pues las antiguallas son inevitables, y precisas, y convenientes. De antiguallas vivimos. Y no es esta antigualla de la patria la única que llevamos en la masa de la sangre. Hay otras infinitas, chacho, que no las soltaremos ni en veinte siglos. Yo creo que aquí, para fomentar las ideas que vayan reemplazando a las antiguallas, lo que hace falta es cruzarnos con otras razas; todos los que nos ilustremos un poco ¡a casarnos con mujeres extranjeras!...

A veces por estas metafísicas nos liábamos y pegábamos grandes voces, de sobremesa o mientras despachábamos el cocido. Por lo regular nos infundían estas disputas mayor afán de comunicación y roce intelectual; insensiblemente, discutiendo, nos adheríamos el uno al otro, por el convencimiento de que, aun profesando opiniones distintas, éramos capaces de entendernos y de darnos mutuamente un poquillo del alma. Habíamos llegado a ser inseparables. Nos auxiliábamos para el estudio; paseábamos juntos, hasta cuando Luis iba a rondar la casa de cierta novia cursi que se había echado; juntos nos sentábamos a la mesa del café de Levante; juntos íbamos, cuando danzaban en nuestro bolsillo algunos realejos, a nuestra distracción favorita, el paraíso del Teatro Real. Todos los estudiantes alojados en casa de doña Jesusa éramos filarmónicos, todos nos perecíamos por la *Africana* o los *Hugonotes*, especialmente el cubano, melómano furioso, que padecía accesos de epilepsia musical. Su admirable retentiva no era menor para la notación que para la palabra rimada, y nosotros nos divertíamos, al volver, haciéndole tararear la ópera enterita.

—Trinidad —le decíamos, porque el cubano se llamaba así—, anda, cántanos el dúo de amor, de Vasco y Selika.

—Trinidad, los puñales.

—Trini, el *o paradiso*.

—Trinidad, aquello del *coprefuoco*.

—Anda, Trinito, el salmo protestante... Ea, la entrada de los violines... las notas del oboe, cuando sale Marcelo.

El sinsonte gorjeaba cuanto le pedíamos, repitiendo con pasmosa exactitud los detalles de instrumentación más leves. Por último, cansado ya, nos decía en tono suplicante:

—Déjenme acostar, que esto ya parece songa.

III

Una mañana, o mejor dicho una tarde, casi a fin de curso, salimos disparados de la Escuela, y como siempre pegamos la gran carrera desde la calle del Turco hasta la del Clavel, porque conviene advertir que desde las ocho, hora en que nos desayunábamos con el chocolate de barro cocido, hasta la una y media, que terminaba la de dibujo, las clases se empalmaban, no permitiendo sostener el cuerpo sino con alguna ensaimada que a hurtadillas comprábamos al portero, o algún mendrugo que escamoteábamos en casa para llevarlo de provisión. Olfateando el almuerzo, subimos dos a dos las escaleras. Al entrar en el comedor me sorprendió encontrarme frente a frente con mi tío Felipe, el cual me dijo sin preámbulos:

—Hoy te vienes conmigo a almorzar a Fornos. Se me figura que aquí anda medianamente lo de bucólica.

—Iría con mucho gusto... Pero hay tanto que estudiar estos días... —contesté haciéndome de pencas.

—¡Bah! Por un día de asueto no pierdes año. Anda, que tenemos que charlar... de muchas cosas —añadió con cierto misterio.

La verdad es (y no me serviría disfrazarla, pues tiene que resaltar en el curso de esta narración), que yo no sentí jamás por mi tío Felipe no digamos simpatía o respeto; ni siquiera algo de afecto: ni aun gratitud por los beneficios que me dispensaba; ¡al contrario! Sé que declaro contra mí, y que la ingratitud es el vicio más feo; pero sé también que no soy ingrato por naturaleza; y a fin de justificarme o al menos de explicarme, dibujaré la silueta física y moral de mi tío Felipe, para lo cual necesito referir antecedentes, que algunos tienen visos de secreto de familia.

Mi nombre de pila es Salustio; mis dos apellidos paternos, Meléndez Ramos; los maternos, Unceta Cardoso. El Unceta dice a las claras que el padre de mi madre fué vascón, guipuzcoano por más señas; y el Cardoso... En el Cardoso está el intríngulis. Parece que estos Cardosos de Marín —yo nací en Pontevedra, y la familia de mi madre, en el puertecito de Marín residía— eran rama desgajada del tronco portugués de Cardozo Pereira, israelita de origen. ¿Cómo llegó a mis oídos el rumor de que eran *judíos* los

progenitores de mi abuelita materna? ¡Vaya usted a averiguar quién entera a los niños! Un día, teniendo yo nueve o diez años, no pude contenerme, y pregunté a mi madre: «Mamá ¿es cierto que somos de casta de judíos tú y yo?» Ella, echando lumbres por las pupilas, alzó la mano y me atizó un soplamocos, exclamando: «¡Negro de ti como vuelvas a decir eso! Te estampo contra la pared.» La impresión que me causó el correctivo fué que eso de la casta de judíos era mancha; y dos o tres años más adelante, como uno de mis condiscípulos en el Instituto de Pontevedra me lo echase en cara gritando: «Cardoso, Cardoso, judío tramposo,» enarbolé la pizarra que llevaba debajo del brazo y se la rompí en la pelona.

Puedo asegurar que ignoro cuándo se produjo en mí lo que llaman *crisis religiosa*, o sea ese período en que los muchachos examinan sus creencias, las pasan por misterioso tamiz, y al fin las arrojan, sintiendo el dolor de la pérdida de la fe como si les arrancasen una muela cordal. Creo que para mí no existió tal transición, ni tales agonías de la duda, ni tales remordimientos y nostalgias al contemplar una iglesia gótica. Fuí incrédulo por naturaleza y entré ya que no en el ateismo, al menos en la indiferencia, como terreno propio. No me «pervirtió» la lectura de ningún libro en especial, ni la conversación con personas «de malas ideas»; nadie «me abrió los ojos»; imagino que ya los traje abiertos a este mundo. Así como a muchos jóvenes les sería imposible especificar en qué circunstancias perdieron la inocencia del espíritu en materias sexuales, lo es para mí fijar el punto en que mi fe empezó a tambalearse, supuesto que no recuerdo haberla tenido nunca muy vivaz y sólida. Creo que nací racionalista.

Pues aquí entra lo raro: con ser esto verdad, el insulto de «judío tramposo» me quedo siempre fijo en el alma, a manera de envenenado hierro de flecha salvaje. Nunca se atrevieron a repetirlo en mi presencia mis compañeros de aula; yo, sin embargo, ni un día lo olvidé. Hallándome próximo a terminar el bachillerato, y siendo ya espigado y talludito, contraje amistad con un D. Wenceslao Viñal, ente estrafalario, pero sabidor, algo ratón de biblioteca, erudito en menudencias estrambóticas, y al corriente de mil cosas raras de arqueología, epigrafía e historiografía gallegas. Este tal me prestaba libros viejos, y a veces me llevaba a pasear por las inmediaciones de Pontevedra, a caza de vistas pintorescas y edificios ruinosos. Yo, a fuer de chico aplicado, le crucificaba a preguntas. Una tarde se me ocurrió que Viñal podía sacarme de dudas acerca de la cuestión hebraica, y armándome de resolución, le dije:

—Oiga, D. Wenceslao, ¿es cierto que en Marín hay familias que descienden de judíos, y una de ellas los Cardoso?

—En efecto —contestó apaciblemente el bibliómano, que ni notó el afán con que yo preguntaba—. Son familias oriundas de Portugal. En Marín les tienen mucha tirria: dicen que no han abjurado, que aún siguen el rito mosáico, que se mudan los sábados en vez de los domingos, y que no comen un pedazo de tocino aunque los desuellen.

—¿Y usted cree eso?

—Para mí son paparruchas y cuentos de viejas: digo, lo de seguir ahora cumpliendo el rito mosáico. Lo de venir de casta de judíos esa gente no puede negarse. Si tengo tiempo, aún he de revolver unos papelotes antiguos y desenterrar a un Juan Manuel Cardoso Muiño, natural de Marín, a quien la Inquisición de Santiago administró unas vueltas de mancuerda y algunos cientos de azotes por judaizante. Era además «leproso y gafo». Ya ves tú si estoy en pormenores, rapaz. Yo buscaré...

—No, no, no hace falta. Si era sólo... por saber. Una curiosidad tonta. No se moleste, D. Wenceslao.

Por espacio de un mes temí que el condenado buscase y le tentara el diablo a enviar a algún periodiquito un comunicado ridículo, de los que ponía cada dos años, siempre que imaginaba haber descubierto algún dato inédito y precioso, capaz de servir de llave a la historia del antiguo reino de Galicia. Evité cuidadosamente refrescar la conversación de los judaizantes de Marín, y esta precaución demuestra que no acababa yo de conformarme con la azotaina de Juan Manuel Cardoso Muiño. Más adelante, cuando hube de dejar a Pontevedra por Madrid, con objeto de empezar los estudios preparatorios al ingreso en la Escuela de Caminos, me acordé a menudo de la «mancha» y traté de mirarla a la luz de un criterio sensato. Me parecía ridículo atribuir importancia a lo que en nuestro estado actual carece de ella. Ante la filosofía histórica, los judíos son un pueblo de noble origen, que nos ha dado «la concepción religiosa»: concepción a la cual, tomándola como alta elaboración de la mente o arranque sublime del sentimiento humano, atribuía yo gran importancia. Teniendo en cuenta otro dato, el de la opinión social, tampoco era lícito ya despreciar a los hebreos. El estigma de la Edad Media se ha borrado de tal modo, que los ricos capitalistas judíos se enlazan hoy con lo más linajudo de la aristocracia francesa, y dan lucidas fiestas y convites, a que concurre la española. Si dejando aparte estas consideraciones externas, me fijaba en otras de mayor elevación y

profundidad, acordábame de aquel excelso pensador Baruch o Benito Espinosa, que al fin era de estirpe judía, lo mismo que el poeta Heine y el músico Meyerbeer... En suma, yo me repetía a mí mismo que no hay razón alguna para que el descender de judíos repugne tanto, a no ser la sinrazón de una antipatía instintiva, hija de preocupaciones hereditarias. No cabía duda: la sangre de cristiano viejo que giraba por mis venas era la que se estremecía de horror al tener que mezclarse con gotas de sangre israelita. Extraña cosa, pensaba yo, que lo más íntimo de nuestro ser resista a la voluntad y a los dictados del entendimiento, y que exista en nosotros, a despecho de nosotros, un fondo autónomo, instintivo, donde reina la tradición y triunfa el pasado.

Y aquí sale otra vez mi tío Felipe. No sé si he dicho que era hermano de mi madre, poco más joven que ella; cuando empieza este relato, frisaría en los cuarenta y dos o cuarenta y tres. Pasaba por «buen mozo» tal vez por ser alto, apersonado, un poco grueso y con abundantes cabos de pelo y barba. Ello es que, desde el primer golpe de vista, mi tío ofrecía patentes los rasgos de la raza hebraica. No se parecía ciertamente a las imágenes de Cristo, sino a otro tipo semítico, el de los judíos carnales, que en pinturas y esculturas de escenas de la Pasión corresponde a los escribas, fariseos y doctores de la ley. En algunos cuadros del Museo ví caras semejantes a la del tío Felipe. Sobre todo en lienzos de Rubens, en aquellos judiazos fuertes, sanguíneos, de corva nariz, de labios glotones y sensuales, de mirada suspicaz y dura, de perfil de ave de rapiña. Algunos, exagerados por el craso pincel del insigne artista flamenco, eran caricaturas de mi tío, pero caricaturas muy fieles. La barba rojiza, el pelo crespo, acababan de hacer de mi tío un sayón de los Pasos. Y era evidente: la cara de *deicida* del hermano de mi madre fué lo que me infundió desde la niñez aquella repulsión airada, fría, invencible, cual la que inspira el reptil que no nos infiere ningún daño: repulsión que no pudieron desarraigar ni mis ideas racionalistas, ni mi positivismo científico, ni la protección y amparo que debí a tan aborrecido ser.

«Estas son —calculaba yo— jugarretas del arte. De quinientos años acá se dedican los pintores a juntar en media docena de fisonomías la expresión de la codicia, la avaricia, la gula, la crueldad, la hipocresía y el egoismo, y así han conseguido hacer tan repugnante el tipo judaico. Bien dice Luis. La tradición, cemento pegajoso y adherente, moho que se nos cría en el alma,

es más fuerte que la cultura y que el progreso. En vez de pensar, sentimos; y más bien son los muertos quienes sienten por nosotros.»

Había momentos en que por no reconocerme culpable de aprensiones tontas, buscaba otros fundamentos al desvío que me inspiraba mi tío Felipe. Yo soy muy devoto de la limpieza, y mi tío, sin ser descuidado en el traje, no se pasaba de limpio en su persona; a veces sus uñas no vestían de claro, y cubría sus dientes un velo verdoso. También redoblaba mi malquerencia el notar que mi tío, sin mérito alguno, sin condiciones morales ni intelectuales, había sabido labrarse una posición. No afirmaré que fuese un malvado ni un imbécil, sino más bien uno de esos productos híbridos de las regiones intermediarias, un Juan vulgar, ni bueno ni malo de remate, pero sin escrúpulos y sin ideal. Hongo nacido entre la podredumbre de nuestra política, criado a la sombra manzanillesca del chanchullo electoral, mi radicalismo le condenaba, con la inflexibilidad propia de los pocos años, a las gemonías del desprecio. Aunque no le veía tan encumbrado como a otros caciques conterráneos suyos, su injustificada prosperidad bastaba para herir en mí la fibra de la indignación, muy sensible en la juventud.

Mi tío poseía, cuando se licenció de abogado, un patrimonio compuesto de fincas rústicas, tierras y alguna casita en Pontevedra: no llegaría a producir mil duros anuales al cinco por ciento de interés. Cómo esta fortunita apareció, a la vuelta de pocos años, cuadruplicada en acciones del Banco y títulos de renta, explíquelo quien sea capaz. Mi tío no ejerció su profesión: la abogacía fué para él lo que suele ser para los españoles mezclados en política: una aptitud, un pasaporte. Politiqueó cautamente, sin principios, agarrado a personas, nadando y guardando la ropa. Salió diputado provincial con frecuencia, y picó a su sabor en el cesto de brevas de las comisiones. A fin de no derrochar en batallas electorales, se contentó con venir a las Cortes una vez sola, en una de esas vacantes que ocurren en vísperas de elecciones generales, y que suelen beneficiar los periodistas. Con el favor de D. Vicente Sotopeña, árbitro omnipotente de Galicia, aprovechó la ganga, saliendo sin gastarse una peseta, jurando el cargo el día antes de cerrarse la legislatura, y quedando en condiciones de poder llegar a gobernador, y más adelante... ¿quién sabe? a consejero de Estado o de Instrucción pública. Gobernador lo fué bien pronto, unas veces interino, otras en propiedad. No descuidó por eso sus intereses, y en Pontevedra se habló bastante de la expropiación de ciertos ranchos de mi tío, pagados por el Ayuntamiento a precio fabuloso. Caiga el telón. Don Felipe se contaba en

el número de los políticos cucos de tercera fila, olvidados, y que donde meten la cuchara sacan tajada de carne. Su método consistía en restar pérdidas y sumar provechos. Decíase de él, en son de elogio, que era muy largo. A mí la tal longitud me parecía otra señal de hebraismo, apreciación en la que acaso pequé de injusto, porque hartos caciques de mi tierra, de purísima raza ariana, no son más cortos.

A veces me entraban escrúpulos de lo mal que quería a mi pariente. Me acusaba de indelicado, pues pagaba con odio el bien que recibía. Si mi tío era tacaño, mayor mérito contraía al sufragar buena parte de los gastos de mi carrera. Y no podía negarse que, a su modo, él me demostraba afecto. Cuando estaba en Madrid solía darme para el teatro; dos o tres veces en la temporada me llevaba a almorzar o comer en Fornos; jamás se mostraba severo conmigo; me trataba como se trata a los muchachos, bromeando y riendo; me preguntaba por mis trapicheos y líos, por las travesuras de mis compañeros de hospedaje, por las vecinas de enfrente que eran graciosas, y hasta se metía en vedado, echándola de doctor y maestro en todas las asignaturas del amor licencioso y venal. De sobremesa, cuando el vino, el café y los licores le arrebataban la sangre a las mejillas, lucía su ciencia tratando puntos intrincados que a veces me sublevaban el estómago. No me atrevía a protestar, porque los hombres nos avergonzamos de no parecer corrompidos; pero la verdad es que mi paladar juvenil rechazaba aquella pimienta rabiosa. De noche las torpes imágenes evocadas por la conversación me importunaban y me ponían febril, hasta que con la jarra llena de agua fría me propinaba duchas por el espinazo abajo. Este remedio heróico despejaba mi cerebro y me permitía enfrascarme otra vez en los libros. El odio es un resorte tan poderoso como el amor, y yo veía en el término de mi carrera el fin de un protectorado para mí insufrible. Ser dueño de mí mismo, ganar con qué vivir, resarcir a mi tío de sus gastos era mi sueño, y me cogía a sus alas para no caer rendido en las estepas de la Maquinaria, la Construcción y la Topografía.

Ahora que dejo retratado a D. Felipe, añadiré que cuando nos vimos en el obscuro saloncito bajo de Fornos —ante la mesa donde el mozo iba depositando una concha de rábanos, otra de bocaditos de manteca, bollos de Viena, y luego los platos del almuerzo— el anfitrión me dijo, dándome una palmadita en el hombro, sin mirarme a la cara:

—Adivina lo que tengo que participarte.

—¿Cómo quiere usted que adivine?

—Pues no sé de qué sirve tanto estudio —observó con pretensiones festivas.

Me encogí de hombros, y él añadió:

—Es que me caso.

IV

Sin duda, para festejar esta noticia, había pedido que nos sirviesen una garrafa de Champagne helado, golosina siempre deliciosa, y más cuando empezaba a apretar el calor y a requemarse la atmósfera madrileña. Tenía yo en la mano la ligera copa colmada de aquel fresco oro líquido, y al oir lo de la boda hice un movimiento de sorpresa y derramé una cascadita sobre el mantel.

El novio evitaba fijar sus ojos en los míos, que se clavaban en su rostro dilatados por la sorpresa. Fingió recoger migas de pan y afianzar la servilleta en el ojal del chaleco, pero de soslayo me observaba. Viendo mi silencio añadió de mala gana y sin franqueza:

—Celebraré que mi boda merezca la aprobación de tu madre... y también la tuya.

Yo entretanto discurría. «Vamos, se entiende. Este tenía algún tapujo... Habrá enviudado la prójima o querrán legitimar la prole... A los solterones les pasa siempre lo mismo...» Comprendiendo que debía decir algo, pregunté con insegura voz.

—¿Mamá lo sabe?

—Ayer se lo escribí.

—¿Supongo que le dirá usted el nombre de la novia?

—¡Si justamente la conocí en la Ullosa, en casa de tu madre! Ya ves qué coincidencia...

Roto el hielo, charlaba deprisa, como quien desea vaciar el saco.

—Imposible parece que no te hagas cargo. El verano pasado tu madre y ella intimaron mucho. Carmiña Aldao, ¿no sabes? Carmiña Aldao... de Pontevedra.

—No la conozco. El nombre me suena. Mi madre me escribiría algo, tal vez... No sé. Como el verano pasado no tuve yo vacaciones...

—¡Hombre, verdad! Pues es la chica de Aldao, hija del dueño de aquella finca bonita que se llama el *Teixo*, por un árbol enorme...

—¿Es única esa señorita? —pregunté incisivamente, pensando que tal vez el interés era el móvil de la boda.

—Única, no... Tiene un hermano, establecido en Pontevedra también.

—Nada; pues no la conozco —repetí—. Pero si se casa con usted ya tendré tiempo de tratarla.

—¡Vaya! naturalmente. Como que te convido a la boda, muchacho. Te vienes conmigo así que te examines. La cosa no será hasta el día del Carmen, y de aquí hasta esa fecha aún he de buscar casa y amueblarla... conque ya ves.

—¡Ah! ¿Se establecen ustedes en Madrid?

—Sí... Es gusto de la novia. Te llevo, ya lo sabes. Nos casaremos en el Teixo. Mira, yo no sé cómo lo tomará tu madre... Sabes que gasta un genio demasiado vivo... ¡Qué prontos los suyos! Si escribes, dila que no perderá nada con mi casamiento. Hasta que acabes tus estudios...

—No le pregunto a usted semejante cosa —exclamé; y por segunda vez tembló en mi mano la copa de Champagne.

—Pues te lo digo yo; no atufarse, que no hay de qué. Soy dueño de mis acciones, y al casarme a nadie ofendo.

—¿Quién habla de ofensas? —prorrumpí sintiéndome palidecer a impulsos de un acceso de ira, que me impulsaba a arrojarme sobre aquel hombre.

—Como lo tomas así...

—No lo tomo así... ni asado. Usted es libre, y si algo hace usted por mí es que quiere hacerlo. Y además, me alegro de que se promoviese esta conversación, para decirle que el dinero que con mi carrera está usted gastando, lo reembolsaré o poco he de vivir.

Mi tío se demudó algo. Sus labios se contrajeron y sus pupilas destellaron una chispa de cólera.

—Si no fueses un chiquilicuatro, me daban ganas de responderte una barbaridad. Lo que se hereda no se hurta. Sales a tu padre; más desagradecido y descastado no lo hubo.

—Hágame usted el favor de no sacar a colación a mi padre, porque no lo aguantaré —repliqué conteniéndome para no arrojarle una botella a la cara.

—No saco a tu padre sino para decir que uno siempre tratando de seros útil... y vosotros siempre dando bufidos. En fin, yo no había de casarme sin participártelo; ya veo que te ha sabido mal... Hijo, paciencia. No era cosa de consultarte antes... La cuenta, mozo —añadió hiriendo con el cuchillo la copa.

Habíamos alzado la voz, y en las mesas próximas algunos rezagados volvían la cabeza y se fijaban en nosotros. Me entró vergüenza, y ceñudo,

sombrío, sacudí las migajas de la solapa e hice ademán de levantarme. Me causaba sofocación ver al tío, que sobre el papelito de la nota depositaba un billete de a cincuenta. Aquel billete, a costa de mi sangre desearía yo haberlo sacado del bolsillo. Respiré algo (puerilidades) cuando ví que del billete devolvieron bastante plata. Sentiría haber hecho mucho gasto. Con la uña del índice, mi tío empujó hacia el mozo dos realillos, y levantándose, descolgó su sombrero de la percha, diciendo secamente: «Vamos». Pero al salir a la luz del sol desde la lobreguez de los comedores de Fornos, se dominó, volvió sobre sí, y con aquella ductilidad que le caracterizaba en su negocios y enredos políticos, me alargó la mano, diciendo casi en broma:

—Cuando estés de mejor temple vé por casa... Tengo ganas de enseñarte el retrato de tu futura tía.

Me recogí a mi posada de un humor perro, descontento de mí mismo, y sin poder interpretar las causas de mi desazón profunda. Toda la tirria que profesaba al tío Felipe no me impedía reconocer que, en aquella ocasión, no era él quien se había portado mal. Lo confirmó Luis, cuando a la noche, habiéndome preguntado la causa de mi tristeza, se la descubrí. «Pues chacho, el tío estuvo correctísimo y tú impertinente. Que algún día se había de casar, ya podías tenerlo tragado...»

—¡Si me importa un pepino que se case! —exclamé dolorido—. ¿Qué me va ni me viene en eso?

—¡Algo te va y te viene, corcho! —replicó el sesudo orensano—. Algo le va y le viene a todo sobrino en que se case su tío carnal, solterón, único hermano de su madre... ¡Tanto te va y te viene, que te joroba el bodorrio! Pero como no puedes evitarlo, hay que poner a mal tiempo buena cara, y sacar de la situación el mejor partido posible. Transige, rapaz, que vivir es transigir.

—Déjame de oportunismos. ¡Allá él, y así reviente!

—Ten juicio. ¿Que tu tío se casa? Pues paciencia, y a congraciarse con la tiíta... Cuanto más que es una chica muy simpática.

—¿Tú la has visto?

—Verla no. Pero estando en Villagarcía el año pasado, cuando tomé los baños de mar, me hablaron de ella unas cursis de Cambados. Me acuerdo perfectamente.

—¿Y qué te dijeron?

—Cosas buenas. Que era guapa, y que tocaba el piano muy bien, y que a su padre le iban a hacer marqués, y que la finca es regia. El padre tiene

monises.

—Y ¿cómo carga con mi tío una mujer así, rica, guapa, joven? ¿Cómo no prefiere un convento?

—Calla, loco. ¿Qué tiene de despreciable tu tío? Es mozo de cuenta: influye en la provincia punto menos que don Vicente; ha desempeñado puestos; va para personaje. Déjate de chiquilladas. Asiste a la boda, sé amable con la tiíta. No te presentes quejoso, que te saldrá peor.

—¡Dale! El que te oyese y no conociese mi carácter pensaría que yo estaba codiciando herencias, y que he sufrido un desencanto al ver que se me escapan...

—¡No se trata de eso, corcho! —insistió mi amigo formalizándose—, no te digo que seas capaz de hacer ninguna porquería por interés; si es tu herejía... ¡niegas la divinidad del dinero! Lo que te digo es que mientras no acabes la carrera, de tu tío no puedes prescindir, y como me figuro que no querrás quedarte en la estacada... ¡a transigir! ¡Mucho ojo!

Así que trascurrieron algunas horas empecé a sospechar que mi amigo tenía razón; y como nuestros errores se nos descubren cuando los cometen otras personas a quienes consideramos inferiores en capacidad y cultura, yo entendí el desacierto en que había incurrido después de leer una epístola que a los pocos días me trajo el cartero. Conocí la letra del sobre, y al tomarlo en las manos comprendí por su volumen que venía preñado de quejas furiosas, de esas que brotan de la pluma o del labio en momentos críticos, al choque de inesperados sucesos. Para no ser interrumpido en la lectura, me fuí en busca de la paz y sosiego de un cafetucho próximo a mi vivienda, a tales horas. El mozo, después del consabido «¿qué va a ser?» me trajo una chica alemana y me dejó dueño de ella. Bebí el primer trago, con su espumita, y saboreando el grato amargor del fermentado lúpulo, me eché al cuerpo los tres pliegos de letra española, clara y menuda, con algunos deslices ortográficos de menor cuantía, en especial redobles de erres, indicio de la vehemencia del carácter, y sin asomo de puntuación ni división de períodos con párrafo aparte o mayúscula, lo cual, aunque parezca raro, presta a este género de cartas iracundas y femeniles cierta enérgica monotonía y rapidez que duplica su efecto. Lo que yo me figuraba: una diatriba feroz contra la boda del tío Felipe, exornada con datos históricos, algunos enteramente nuevos para mí. Puedo reproducir aquí varios fragmentos, sin añadir punto ni coma, ni desenredar la gramática, ni quitar repeticiones.

«Ya ves Salustiño tantos trabajos como pasa una pobre madre y sin más esperanza que conseguir verte bien colocado y que seas alguien hoy o mañana y la esperanza principal lo que pudiese dejarte el fantasmón de tu tío, que buena obligación tenía de hacerlo si tuviese conciencia lo peor de todo que tendrá chiquillos y ya tú te quedas abriendo la boca sin lo tuyo aunque lo llamo lo tuyo no digo ningún disparate pues has de saber para tu gobierno que tu tío en las partijas de la legítima de mi papá que mi mamá no tenía sobre qué caerse muerta, pero papá dejó una herencia bien bonita, y tu tío se la mamó casi toda y a mí me dejó casi por puertas yo no sé como lo envolvió ni como armó la rratonera que a mí me tocaron cuatro corroscos duros y él se comió la miga bien blanda, no sé como me dejó la Ullosa fué un milagro, él arrebató las casas y solares de Pontevedra que luego hizo con el Ayuntamiento un buen guisado ahí se achinó valientes chanchulleros así que cuando murió tu padre que buenas desazones le dió Felipe porque era habilitado del clero y lo comprometió de mala manera, tú no acuerdas eso que eras pequeñito cuando murió tu padre que en gloria esté, pues yo entonces le dije con mucha dignidad Felipe una cosa es ser buena hermana y otra pedir limosna, yo hoy tengo un hijo y puede decirse ni pan que darle yo te hablo muy claro, voy a rrevisar las partijas aquí hubo engaño, yo así no puedo vivir como voy a dar carrera al pequeño, y él va y me contesta muy foncho no te apures yo no te abandono carrera no ha de faltarle la mejorcita se le buscará dejate de pleitos que son la ruina de las casas y el engordar de la curia calla boba que para quien ha de ser lo que yo tenga al otro mundo no me lo he de llevar y casar no me caso cásese el demonio buey suelto bien se lame te puedo jurar que así dijo tu tío que yo no mudo ni una palabra.»

Sin duda, al llegar aquí, la necesidad de los signos de puntuación se le impuso a mi madre con repentina fuerza, y para no hacer a medias las cosas plantó una carrera de puntos suspensivos y dos admiraciones reunidas.

. . . . . .

«¡¡ay hijo quien fia de palabras de hombres sin rreligión y sin conciencia ahora sale con la pata de gallo de que se casa le entró derrepente no sé que vió en la chica de Aldao es bastante feita y salud

poca y de buenos principios no sé como andará en su casa vé bastantes malos ejemplos su padre metido con la doncella que fué de su madre desde hace mil años y en la casa otras dos chiquillas no se sabe si hijas o sobrinas de la pindonga tanto que la chica dicen que carga con tu tío sólo por salir de aquel infierno que la tratan a patadas que no le dan de comer pues no sé tu tío Felipe como la tratará de mala casta viene que sacó la estampa de los judíos en la procesión del Jueves Santo a mi me da verguenza ser hermana suya ya por algo lo señaló Dios que también lo ha de castigar acuerdate de lo que digo que yo me entiendo Dios es muy justo y quieren que vayas en las vacaciones a ver la preciosidad del casorio bonito mamarracho estará si no me tienta el diablo a traer a casa la tal Carmiña Aldao el otro verano no sucede esta trapisonda lo que es yo brillaré por mi ausencia y contigo veremos como se portan si te deja plantado hemos de rrrevisar la partijita que habrá sapos y culebras de mi no se burla tu tío soy capaz de pleitear hasta soltar la camisa.»

Entre trago y trago de cerveza fuí apurando la carta. Su lectura obró en mí efectos contrarios a los que se proponía mi madre. Los manejos del tío para mermar mi herencia; aquello de la *partijita*, en vez de causarme justificada indignación, me sosegó el espíritu. Me alegré de tener contra el tío motivos de queja y no de gratitud, y enterado ya de su mal porte, parecióme que se aplacaba de la punzada dolorosa de mi mortal antipatía. No le debía nada; al contrario, era su acreedor. Podía detestarle menos.

Sin dilación escribí a mi madre una misiva prudentísima. Encargaba moderación, insistiendo en lo inverosímil de que mi tío, habiéndonos ayudado hasta entonces, nos dejase a última hora abandonados, e indicaba cuán vana e inútil me parecía toda clase de reivindicaciones. Los hechos consumados debían respetarse: un pleito nos conduciría a la ruina. Era insensatez figurarse que un hombre robusto, en la fuerza de la edad, se mantendría soltero por cumplirnos el antojo. Unas palabras al aire no podían obligar a celibato perpetuo. Respecto a asistir o no asistir a la ceremonia... ya veríamos. Entretanto, serenidad y calma.

Leí la carta a Portal, que la aprobó con encomiásticas frases. «Ese es el camino, transigir, contemporizar, sortear los escollos... Así me gusta, que sigas mi sistema, y que te conformes, al menos exteriormente; el interior nadie lo ve...»

—¡Si es que ni por dentro ni por fuera me importa que mi tío se case! ¿Cómo se dicen las cosas? —exclamé lastimado. Portal, a medio convencer, meneaba la cabeza, y yo añadí—: Mamá asegura que es fea la novia de mi tío.

—¡Sabe Dios! Puede que sí... y más vale. Es peligrosa una parienta tan próxima... muy bonita. En cambio el nombre me seduce: ¡Carmiña Aldao! ¿no te gusta? Suena a caricia. Debías captarte el cariño de esa señora —aconsejó Portal después de unos minutos de silencio—. Es la gran idea. Que te quiera a ti, chacho... No lo digo por mal... Que te quiera como a un hermano... o como a un hijo... ¡o como a lo que te dé la gana! En fin, arréglate para que te quiera. Hazlo con disimulo, con habilidad, sin ruído ni escándalo. El tío tiene ya los espolones duros. La edad de ella encaja mejor con la tuya... Pero ojo ¡rapaz! tú eres así... romanticón, a lo *joven Werther*... Cuidadito, no haya drama de familia. ¡Nada de asuntos para Echegaray! Seriedad, y las cosas... a la patalallana.

V

Saltaré los incidentes de fin de curso y exámenes, pues al lector que más se interese por mis futuros destinos le bastará saber que aquel año aprobé mis asignaturas: las tenía corrientes como una seda. El zamorano logró la misma suerte. No así Portal y Trinito que en algunas fueron perdigones. El cubano lo tomó con la filosofía de su indolencia; Portal en cambio, se arrancaba los pelos, echando la culpa a ojeriza del profesor, a recomendaciones e influencias manejadas por otros alumnos, y cuyo resultado práctico era jorobarle a él. «Me han partido por el eje, me han triturado», repetía el infeliz, totalmente fuera de quicio, olvidado de aquella su benigna teoría de los acomodamientos, las transacciones, las conformidades y las esperas. Su pachorra se convertía en furia. ¡Tan seguro estaba él de llevarse de calle aquel demontre de año!

Dejéle dado a Barrabás, y me dirigí a ver a mi tío con el fin de participarle la buena nueva. Llenaba mi pecho cierta satisfacción a la vez dulce y airada: parecíame cada paso adelante una victoria sobre el detestable protectorado, un eslabón menos de la cadena. Vivía D. Felipe en el Hotel de Embajadores; pero el portero me dijo con aire de persona bien informada: «A estas horas suele estar en la casa nueva... Lo que es aquí para bien poco. ¿No sabe el señorito? La casa que tiene alquilada... sólo que no duerme en ella todavía... ¿Las señas? Pues Claudio Coello, número...»

Bajé hasta la Puerta del Sol, salté al tranvía del barrio, y descendí casi a la puerta del nuevo domicilio. Subí al piso, un segundo que tenía primero y principal, y era en consecuencia y en efectivo un tercero. No necesité oprimir el botón de la campanilla, pues la puerta estaba de par en par, y en el recibimiento un esterero, sentado a lo moro, cosía con inmenso agujón tiras de fina estera de cordelillo. A mi tío, que se paseaba en una salita bastante espaciosa y muy desmantelada de muebles, le sorprendió gratamente mi presencia.

—¡Hola!... ¡farandulero! ¡Tú por aquí! Entra, pasa, que lo verás todo.

—Me han dicho en el Hotel las señas... Vengo a participarle a usted...

—Pero entra, con mil pares; quiero que des tu opinión... A ver, ¿qué te parece de la casa? ¿Eh? bastante comodidad para el precio. Como la calle

no es muy céntrica... La sala está todavía en el estado de la inocencia: no han traído el entredós, ni el espejo grande, ni las colgaduras. Con los tapiceros es desesperarse. El gabinete y la alcoba ya están más adelantados. Pasa, pasa...

Miré distraídamente el gabinete, que era archivulgar, con su chimenea de mármol blanco y por mobiliario sus butacas de borra de seda recercadas de felpa más obscura; su escritorio chiquitito y su tocador muy teatral, vestido de imitación de encaje y engalanado con lazos del tono de las cortinas. La angosta luna que coronaba la chimenea no tenía marco dorado, sino de la misma felpa que guarnecía butacas y sofá. El tío quiso que yo me fijase en tanta elegancia: como todos los cicateros, cuando se decidía a un gasto extraordinario, gustaba de que lo notase la gente. «Ya ves el espejito...», me decía. «Ahora se forran así... Caprichos de la moda. Y no creas que cuesta más barato, ¡quiá!... más caro, hijo. Ese hueco que queda frente a la ventana, para el piano... La novia es una profesora.» Del gabinete pasamos al nido, o sea la alcoba, que era de columnas, espaciosa, estucada, y en su centro el anchísimo tálamo, de madera, muy bajito y de tallado copete. «Faltan el *sommier* y el colchón», susurró mi tío con sonrisa de complacencia. «Figúrate que al tapicero se le había metido en la cabeza hacerlos de raso. Yo le dije que damasco de algodón era bastante. Si no tengo la precaución de poner la casa a tu futura tía, que no conoce lo que es Madrid, la envuelven, la explotan, la saquean... Mira las mesas de noche: ¿creerás que me costaron veinticinco pesos las dos? Se ha desarrollado el lujo de una manera... Ven, ven a ver mi despacho...»

Por una puerta de escape salimos al pasillo, y registramos el despacho, amueblado ya del todo, con su mesa ministro y su gran biblioteca, al parecer avergonzada de no encerrar más que macizos libros de administración y media docena de noveluchas obscenas, todas desencuadernadas y llenas de mugre. Mi tío abrió las encristaladas puertas, y cogiendo a dos manos el derrotado grupo en que se mezclaban Paul de Kock, Amancio Peratoner y el chino Da-gar-li-kao, me lo presentó diciéndome con risita intencionada: «Te lo regalo, chico... No te perviertas, ¿eh? entretenerse un rato y nada más... Los casados no pueden conservar en casa este género de contrabando... Envía por ellos, ¿o te los quieres llevar ahora?» Contesté que no tenía tiempo de profundizar tan graves autores, ni a decir verdad, me divertían.

Después del despacho, hubo que visitar el comedor, ya provisto de aparadores y lámpara, y otras oficinas más humildes, como cocina y despensa. Detrás del comedor había un cuartito alegre, con ventana sobre el horizonte despejado de unos desmontes y solares. «Este sobra; podremos tener un huésped», indicó mi tío.

Acabado el reconocimiento, recalamos en el despacho y mi tío sacó un puro y me ofreció otro, no sin elogiarlo mucho; mas como yo no fumo, se lo restituí para que pudiese, según dijo él mismo, «cumplir con otra persona». Cuando encendió la regalía le solté la buena noticia del año aprobado. Su fisonomía se iluminó, revelando júbilo sincero. Dos o tres veces le ví llevarse la mano al chaleco, mientras murmuraba con la voz atascada por sostener el puro entre los dientes: «Bien, hombre bien... Con que otro añito, otro... Ya sólo faltan dos..., ¡Alsa, pilili!... a ese paso pronto echarás puentes sobre el Lérez. Deja, que ya te empujaremos en las obras de la Diputación... Hay que saber tocar los registros. Tú entenderás de problemas de álgebra, y mucha ecuación por aquí y mucho logaritmo por allá; pero yo... yo conozco el teclado.» Cuando me levantaba para irme, se decidió e introdujo la mano, no en el chaleco, sino en el bolsillo interior del gabán, sacando una carterita, de la cual extrajo un billete todo bisunto. ¡Cuántas veces había yo observado este combate entre la cicatería y el instinto inteligente de D. Felipe, que le dictaba cómo y cuándo era forzoso, reproductivo o extremadamente agradable gastar! Nunca le ví desprenderse de una peseta sin percibir el esfuerzo y la angustia interior del ánimo, la despedida llena de nostalgia que daba a sus monises. Era evidente que la razón le imponía el gasto, pero siempre riñendo batallas con el genio. Para observadores superficiales, si mi tío no pasaba por espléndido, tampoco era el tipo del avaro; para mí, que le estudiaba con la perspicacia cruel de la repulsión, la avaricia asomaba su pico de lechuza, pero recatándose, larvada y latente, estado a que reduce la civilización a pasiones o monomanías que en otras épocas de mayor iniciativa individual alcanzaban su trágica plenitud. Mi tío era un avariento frustrado; la sagacidad y los apetitos de bienestar y goce que ha desarrollado la sociedad moderna contrarrestaban su inclinación, porque actualmente el avaro a la antigua se pondría en ridículo; no podría alternar. Pero bajo el hombre de nuestra época, que sabe adquirir para gozar, yo veía al hebreo de la Edad Media, de ávidos y ganchudos dedos, ahorrador hasta la demencia. Siempre que aflojaba alguna suma, las

mejillas de mi tío palidecían un poco, su boca se hundía y sus ojos vagaban por el suelo, como si quisiese ocultar la expresión de la mirada.

En fin, él me alargó el billete. «Para que vayas a mi boda. Ahora hay unos viajecitos de ida y vuelta ¿te haces cargo? Sí; se toma el billete por dos meses, o no sé por cuánto tiempo, y resulta arregladísimo. Por supuesto, que tú irás en segunda: en tercera se pasa muy mal. Ya puedes escribirle a tu madre el día que piensas salir. Cuanto más pronto mejor, porque respiras aire de campo, y te ahorras posada. Tu madre está en la Ullosa. Desde allí a Pontevedra y al Teixo... un paso. Preséntate días antes de la boda... que, no sé si te lo dije, será el día del Carmen. En el Teixo hay habitación para todo el mundo; es un Pazo recompuesto y arreglado hace poco. No estorbarás. Anima a tu madre: temo que con sus rarezas sea capaz de no ir.»

Caía la tarde y el esterero daba su faena por terminada; mi tío, embolsando el llavín, salió de la casa conmigo. Echamos calle abajo y nos metimos en el tranvía descendente. Llegamos a la Puerta del Sol; y en vez de dirigirnos al Hotel, subimos a otro tranvía, el que conduce a la calle Ancha de San Bernardo. «Acompáñame, ven conmigo,» dijo el hebreo. «Ya que estás en vacaciones, ¡pch! no te perjudicará la distracción. ¡Vas a ver género fino!»

Aunque me sospechaba lo que podía ser el *género fino*, no dejé de sorprenderme cuando una hembra superior nos abrió la puerta de un tercero, en la extraviada calle del Rubio. La hermosa vestía bata de percal granate con flores amarillas; calzaba chinelas; llevaba ese peinado de exageradas *peteneras* sujetas con goma, que las mujeres del pueblo bajo de Madrid han desechado hoy para usar un retorcidillo puntiagudo. Admiré su negrísimo pelo, sus gallardas formas, sus mejillas, en que una fresca palidez luchaba con los polvos de arroz, ordinarios y dados aprisa; y sus ojos de terciopelo, atrevidos, pero dulces a la sombra de las pobladas pestañas, claváronse en los míos, y me dijeron algo a que inmediatamente respondí con el propio lenguaje mudo. Detrás de este bello ejemplar del tipo madrileño, asomó la cabeza una mocita más joven, menos guapa, desmedradilla, burlona, tan repeinada y empolvada como su hermana mayor. Mi tío entró con fueros de conquistador y amo. «A ver... inmediatamente... aquí todo el mundo... Hoy os traigo un pollo... cuidadito cómo me le obsequiáis». Diciendo así guió por el pasillo de desencajados baldosines a una salita estrecha, sin otro mobiliario más que un sofá y dos butacas resguardadas por camisones de percal, una barnizada consola de caoba, algunos cromos «de frailes», un

veladorcito donde se destacaban varios frascos de goma, platos desportillados, pinceles y tijeras. Por sillas, sofá, piso, consola y hasta creo que por el techo y las paredes, andaban esparcidos infinidad de retales de gró, raso y felpa, azules, morados, verdes, rosa, de todos los colores del arco íris, mezclados y revueltos con tiras de cartón, redondeles de lo mismo, recortes de papel dorado y plateado, esterillas y galones, cromos y estampas, florecitas y otros mil accesorios pertenecientes a la graciosa industria de cubrir y guarnecer cajas de dulces «para bodas y bautizos»: que este era el oficio *oficial* de aquellas barbianas.

Una mujer como de cincuenta años, ajada, sucia y de ojos muy tiernos, se ocupaba en decorar una especie de saquito de tafetán lila, pegándole en cada lado un ramo de azucenas y la cara de un ángel, que recortaba de una hoja de cromos, donde había por lo menos cinco jardines y diez legiones celestiales. Saludó a mi tío con un «felices» bastante seco y continuó pegando ángeles y azucenas. Entonces mi tío, volviéndose hacia las muchachas que nos seguían, las agarró consecutivamente por la barbilla y me las presentó. «La señorita Belén... La señorita Cinta...» Después, acercándose al velador, exclamó en tono chancero: «Está tan ocupado esto... Qué barricada... A ver si lo desembarazáis un poco, chicas. Hay que festejar a mi sobrino». Intervino la vieja, exclamando con acritud: «¡Eso; aire; a perder la tarde tocan! Cuando venga la de entregar la labor, le decimos al de la fábrica que hubo palique, ¿verdausté? Y sépase que de comer no hay aquí ná, sino una pobreza de almejas con arroz». Los labios de mi tío sufrieron aquella contracción especial que precedía a un gasto; pero fué instantáneo el estremecimiento, y sacando del bolsillo del chaleco algo que abultaba más que un billete, se lo puso en la mano a la mozuela, diciendo: «Cintita, súbete Jerez y pasteles... y también aceitunillas y naranjas». El argumento fué convincente para la vieja. «Amos, me largaré al otro cuarto con la música de pegar estos muñecos. Pa que desocupen el velador y estén ustés a gusto».

Vinieron los pasteles y la botella; aparecieron algunos vasos verdosos, traídos de las profundidades del antro de la cocina, y se animó la escena bastante. Belén descolgó una guitarra y se cantó no sé qué, con esa ronquera flamenca que recuerda el arrullo de la paloma, y con el salero de su belleza meridional, luciendo el pie tentador y curvo apoyado sobre las barras de la silla. Cinta trajo una pandereta, y se la puso a guisa de calañés, sacudiendo la cabeza, riendo a borbotones y divirtiéndose en arrojarnos cáscaras de

naranja: después desenterró de un cajón un viejo mantoncillo de Manila, con flecos y bordado charro, y empezó a hacer contorsiones declarando que quería *matar la culebra*. Hubo olés, empujones, carreras, butacas volcadas y recortes de seda volando por los aires; después nos obligaron a nosotros a rascar la guitarra y a jalear, mientras bailaban las señoritas. Armóse la juerga, y el Jerez corría que era una bendición de Dios. Por falta de sacacorchos, mi tío rompió la botella contra la arista del velador de mármol, y como el líquido desapareciese rápidamente, mandó a Cinta subir más. «Se me han acabado los cuartos», alegó la muchacha. Mi tío frunció algún tanto el entrecejo. «Si te dí cuatro duros...» Intervino la señorita Belén. «Galleguito, no hay que ser roñoso... Aquí estamos necesitando horror de cosas, y en la tienda no les da la gana de fiarnos por nuestra cara bonita... Cállese usted, cuentacominos, miserable». Entre regaños y monerías, aflojó el pagano otros dos pesos; y no nos faltó con qué remojar el gaznate. La cara de mi tío echaba chispas; por cada poro de la piel diríase que asomaba una gota de sangre; su lengua si no trabada del todo, se revolvía con dificultad; en cambio sus miradas relucían más que nunca, y una expresión de beatitud, el regocijo de la materia, se acentuaba en sus facciones. Yo también advertía los efectos del licor, que con no ser muy auténtico, se subía al piso alto, y entre esta excitación y otras muy naturales en la mocedad y en presencia de dos ninfas —la una arrogante y la otra picante y salada, pero ambas capaces de volver tarumba a un ermitaño, cuanto más a un estudiante—, encontrábame fuera de quicio.

No sería justo decir que me achispé. El innoble embrutecimiento por la bebida es un estado a que me había propuesto no llegar nunca. Con frecuencia había visto a Botello completamente beodo, tropezando aquí y acullá, ya tumbado, ya alborotado y frenético, y nunca olvidaba el espectáculo de aquella hermosa criatura convertida en bestia, profiriendo absurdos o llorando como un becerro. Luis Portal, el hombre del justo medio en el epicureismo, solía decir: «En las bromas, para sacar partido, hay que estar unas miajas alumbrado, pero nunca mareado: debe conservarse cierta sangre fría, y divertirse a cuenta de los borrachines». Observé esta máxima, y pude mantenerme en el límite de la animación sin embriaguez; hice disparates comprendiendo que los hacía, y saboreando el placer de hacerlos.

La juerga iba siendo redonda. Mi tío se corrió a soltar otros tres pesos; Cinta bajó distintas veces, ya por chuletas, ya por una ensaladita de

langostinos, ya por dulces, ya por fruta; a última hora, sangría nueva para café y licores; en fin, se juntó una apetitosa comida-cena. La vieja debió de engullirse sola, allá en la cocina, la cazuela de arroz con almejas que pensaban cenar todas, pues este plato casero no salió a relucir.

De aquella madriguera diabólica no nos evadimos hasta las tres y media. Por la mugrienta escalera nos alumbró la mamá, amparando con la mano un reverbero de petróleo, que sacaba flecha de apestosa luz: y cuando nos vimos en la calle, la primera bocanada de aire relativamente puro me sorprendió como el despertar de un sueño. En cuanto a don Felipe, se relamía. «¿Qué tal las gachís? ¿Eh? Son de lo que no se gasta por nuestra tierra. ¿Cuál prefieres? ¡Ah, claro, la Belén es de órdago! ¡Qué esto, y qué aquello, y qué lo otro tiene la indina! ¡Por supuesto, me figuro que tú eres un hombre formal, y... chitón! De estas pavas que uno corre por aquí no conviene que se enteren allá; son guasas inocentes, que a nadie perjudican. Hay que pasar el rato, chico, por lo mismo que va uno a entrar en otro estado muy diferente... Una cana al aire siempre gusta echarla. Y la Belén y la Cinta no son de las más exigentes, aunque si pueden, todo el día ha de estar uno chorreando pesetillas».

—¿Por qué no les dió usted desde luego un billete o dos? Mejor fuera eso que regatear el duro ahora y el duro después.

—¡Psstt! ¿Tú por lo visto eres algún príncipe ruso? Pues con estas pájaras, si abre uno la mano... Si acierto a enseñarles la cartera... Hasta me había pesado llevarla, porque, en estas historias puede ocurrir...

Se detuvo de repente, completamente disipados los vapores del Jerez, alarmadísimo, y echando con precipitación mano al gabán, exclamó:

—Pues... mi cartera... lo que es mi cartera no va aquí... ¡Demonios coronados! No está, no está... ¡Aquellas tías ladronas me la habrán cogido! Tres billetes de a cien nada menos... ¡Centellas! ¡Chispas! Que no está, te digo... ¡Vamos a sacársela!

—Mire usted bien... —murmuré disimulando a duras penas el asco—. Mire usted... ¡Robada! ¡Qué disparate! Por aquí se me figura que abulta el sobretodo...

Respiró profundamente: la cartera había parecido. La palpó gozoso y se detuvo bajo la luz de un farol para asegurarse de que el contenido estaba intacto. Recobrado el buen humor, y registrando en los rincones de la cartera añadió:

—Y para más, iba con el dinero el retrato de mi novia. Buena se armaba si me lo pillan. La Belén es muy capaz de picarle los ojos con un alfiler de a ochavo.

Me alargó la fotografía. Era chica, de tarjeta, y ví un rostro juvenil, un peinado sencillo, que descubría una frente ancha y convexa, y unos ojos vivos, con un rayo de pasión y voluntad que me sorprendió, pues yo me figuraba a la novia de mi tío apagada y dulce, sometida a todas las imposiciones por su pasividad. Lo que no la encontré fué tan fea como aseguraba mi madre. Tenía una de esas caras que, sin irradiación de belleza, atraen la mirada segunda vez.

Dejé a mi tío a la puerta de su hotel y me recogí a horas ya no muy distantes de la del alba. ¡Lo que me mareó Portal al día siguiente! Me olfateaba la ropa y luego me pellizcaba, exclamando: «¡Ah trucha, perdis, apunte! *¡Odor di femina!*» De repente soltó la carcajada. «¿Qué es esto?»

En la pierna izquierda de mi pantalón había pegadas dos cabecitas de angelote, una rosa, una vara de azucenas, y no sé qué atributos más. No hubo remedio sino cantar de plano y hacer una descripción fiel, circunstanciada y tentadora de las artistas en cajas de dulce.

VI

¡Con qué gusto emprendí el viaje hacia Galicia! En Madrid calor asfixiante ya, y en la tierra aire fresco, saturado de campestres aromas. Parecíame como si nunca lo hubiese respirado y mis pulmones resecos necesitasen, para funcionar en las condiciones fisiológicas normales, aquellas partículas de humedad deliciosa. No soy de los gallegos que sienten la *morriña*; sin embargo, el primer grupo de castaños que se perfiló en el horizonte me pareció un amigo que con acento de bienvenida me saludaba.

Mi madre estaba en la Ullosa, y allá fuí derecho, parte por el coche de línea, parte a pie, según exige la situación de la finca. Llegué a la puesta del sol; mi madre salió a esperarme al camino, y medio agarrados de las manos y medio de bracete, anduvimos el trecho que separa a la Ullosa de la carretera provincial. Cuando se hubo enjugado el rocío que siempre asoma a los párpados de una madre que ve a un hijo después de año y medio de ausencia, empezó el fuego graneado:

—¿Conque tu tío pone casa, eh? ¿Es verdad que la amuebla a todo lujo? Así hace el que puede y no el que quiere. ¿La cama dicen que es preciosa? ¿Y de alquiler, qué paga? De seguro una barbaridad, porque en ese Madrid todo está por las nubes. ¿Y sabes si ya tomó criada? Milagro será que no meta en casa una bribona. ¿Conque mucho de muebles majos? Aire, aire a los cuartos del Ayuntamiento. Para eso se hacen ciertas porquerías. No me digas que no, Salustiano, que me voy a poner fuera de mí.

—Pero mamá, ¿qué nos importa a nosotros eso? —exclamé cuando pude meter baza— ¿ni qué culpa tengo yo de que el tío se case?

—Como me escribiste que hacía bien... —me respondió deteniéndose para respirar y con los labios temblorosos, a la manera de los niños cuando les entra coragina.

—No parece sino que por lo que yo dijese iba a guiarse el tío. Es preciso que usted se conforme, mamá, y aguante lo que no es posible evitar. Creo que vale más proceder así, por todos estilos, hasta por conveniencia propia.

Mamá clavó los ojos en mí. Era mayor dos años que el tío Felipe y se conservaba muy agradable, gracias a su robusta salud, a la vida higiénica y

natural que llevaba casi siempre, y acaso a la falta de meditación profunda y de fatiga intelectual, a una movilidad de pájaro y a una facilidad para encolerizarse y aplacarse que le esparcía la bilis y fustigaba su sangre, aligerándola. Esta volubilidad, esta incapacidad de elevarse a la región de las ideas generales y abstractas, conservaban a mi madre toda su fuerza para la acción. Era su voluntad quien guiaba a su pensamiento, y el predominio del elemento afectivo y activo se leía en su frente lisa y angosta, en el mohín voluntarioso de sus labios, en la mirada inquieta y preguntona de sus ojos nunca distraídos.

Mi madre no se recogía a Pontevedra sino en tiempo de frío riguroso, o en Semana Santa y Pascua, para cumplir con la Iglesia. La huerta de la Ullosa la mantenía durante el año entero. Con tanto renegar de la estirpe de los Cardosos, mi madre tenía mucho de la adquisividad, la economía sórdida y el genio mercantil que caracterizan a la raza hebrea. ¡Lo que puede el cariño, y cómo enreda las nociones de la lógica! Estas condiciones, que en mi tío me repugnaban, parecíanme virtudes en mamá, y lo eran en efecto, si es virtud acomodarse a la necesidad. Con tristes ocho o nueve mil realitos, que a lo sumo y exprimiéndolo bien podría rentar nuestro patrimonio, era gran milagro vivir con cierto bienestar relativo, sufragar no pequeña parte de los gastos de mi carrera, y esconder en las vueltas de un colchón cuatro o seis onzas para un apuro. Quien esto consigue, no es una mujer cualquiera. Mamá vestía siempre de hábito del Carmen, por ahorrar trajes, claro está; del lino que producían sus heredades hacía tejer lienzo, ese lienzo gallego moreno y duro que nunca se ve roto, para camisas y sábanas; de una viña de uvas agrias sacaba vinillo clarete para dármelo a beber en las vacaciones; del centeno de su renta amasaba el pan que comía; con un par de cerdos, engordados en casa, armaba puchero para todo el año; criaba gallinas y conseguía huevos; recogía leña en una mota de bosque; tenía vaca y la revendía con ventaja en la feria cuando ya no daba leche; otros ganados los llevaba a parcería con sus caseros; del orujo de la vid destilaba aguardiente y en él ponía guindas en conserva; en fin, sacaba el jugo al dinero y a la propiedad, realizando esos prodigios de buen gobierno, frugalidad y orden de la mujer cuando vive sola. Obligada por su sexo a limitar la esfera de su actividad, se desquitaba no perdiendo ni el valor de un alfiler. Sana, animosa, infatigable, todas las horas del día las empleaba en algo útil, y hasta sospecho que en más de una ocasión bordó o cosió para fuera secretamente.

—El día que acabes la carrerita y salgas ganando ya tu sueldo, estaré hecha una reina —decíame cuando me admiraba de verla tan atareada y afanosa. Y yo estudiaba con gusto pensando que los últimos años de mi madre serían felices. Idea errónea; porque aunque mi madre apalease el dinero, había de agitarse lo mismo, dada su índole. Rebosaba tanta vida; era un sér tan lleno de energía y tan resuelto a sacar partido de la existencia, que lejos de infundir lástima, debía inspirar envidia a los que habitamos mucho en nosotros mismos y acabamos por hacer de nuestra imaginación cárcel celular. El carácter de mi madre es de los que constituyen a los individuos felices, fuertes y armados contra los rozamientos de la realidad. ¡Cosa rara! Cuando yo no veía a mi madre, la idealizaba, suponiéndole ciertas condiciones y debilidades propias de su sexo, a las cuales era muy ajena. Verbigracia: me empeñaba en suponerle ardientes convicciones religiosas, y algunas veces me sucedió contestar a las bromas impías de los compañeros o exclamar al exponer una opinión atrevida: «¡Líbreme Dios de que lo supiese mi madre!» Si comía carne en Semana Santa, o recordaba el tiempo transcurrido ya sin oir misa, pensaba: «¡Ay si mamá se entera!» Y el caso es que mamá, a pesar de su hábito del Carmen, se limitaba a cumplir lo más superficial de los mandamientos de la Iglesia, sin que le importase gran cosa el estado de mi espíritu.

No por eso carecía de creencias aquella gallega briosa. Sin duda por transmisión hereditaria de la rama israelita, la concepción religiosa más arraigada en mi madre era la de un Dios airado, rencoroso e implacable: el Dios bíblico que «visita la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación». Creía buenamente que Dios lo venga todo a rajatabla, aquí de tejas abajo; y se imaginaba además que esas venganzas y represalias celestiales, estaba el Señor dispuestísimo a ejercerlas contra todos cuantos le molestasen a ella, Benigna Unceta, por cualquier causa o en cualquier asunto. Gracias a aquella incapacidad suya de generalizar las ideas, presumía que sus agravios y resentimientos personales interesaban muchísimo a la divinidad. Tanto, que al detenerse en el repecho que nos separaba de la Ullosa, hubo de exclamar en profético tono, agitada con todo el sobrealiento de la subida y la vehemencia de su genio.

—Ya verás cómo Dios castiga a tu tío Felipe sin palo ni piedra: ya lo verás. Deja correr el tiempo. No se escapa.

Protesté contra tan peregrina suposición, y como si alguna voz descendida de otras regiones se uniese a mí para rechazar cuanto no fuese

perdón y caridad, sonó en la iglesia próxima el *Ángelus* con tristeza resignada y argentino y poético doble.

Mi madre se volvió bruscamente y me interrogó:

—¿Tú vas a la boda?

—Sí, señora, y usted también debiera ir. Es una campanada que usted no vaya.

—Déjame de historias, que no se me antoja presenciar semejante esperpento. Cosa más disparatada no se ha visto ni verá. ¡Quiera Dios que a tu señor tío no le nazca madera de aire!... y le nacerá; que eso busca. ¡A su edad casarse! ¿Estaría bonito que me casase yo ahora?

Bregué con aquella obstinación invencible, alegando que mi tío contaba muy buena edad para matrimoniar, y nosotros haríamos desairado papel enojándonos por acción tan justa y sencilla. «El viento —replicaba mamá furiosa—. Valiente mamarracho defiendes. Yo sé lo que digo, y sé también las palabras que se me dieron. Ya Dios le ajustará las cuarenta. No creas que estoy loca, no; él ha de caer... ¡Ya lo verás! Y la muchacha que se casa con él, te digo que no tiene vergüenza. A tu tío no le quería yo ni cubierto de oro, y si no fuese mi hermano...»

Dióme de cenar mi madre un plato regional que sabía me agradaba mucho. Eran *papas* o puches de harina de maíz con leche fresca. Sacaba las *papas* hirviendo, las dejaba enfriarse y formar costra, y abriendo un agujero en medio de la pasta, derramaba allí la leche riquísima contenida en un puchero de barro. Mientras yo despachaba este manjar de homérica sencillez, ella no cesaba de hablar, de preguntarme, y siempre volvía al punto inicial... mi tío.

—Ahora está metido en una, que no sé cómo va a salir... Una trifulca atroz, en que me parece a mí que le van a dar el escarmiento... Otro chanchullo más gordo que el de los solares y los ranchos... ¡y cuidado que aquel!... El de ahora es cuestión de la contrata de la plaza de abastos: dicen que tu tío va a medias con el contratista en las ganancias, y que le concedieron unas ventajas atroces y el hombre no ha cumplido ninguna condición, absolutamente ninguna, y el Municipio le pone pleito. Y hoy el Municipio no es lo que era el año pasado: tu tío no manda allí. Tendrá que ir en romería al Santo... Si don Vicente no lo saca de ésta, mal negocio. Con el gallo de la protección de don Vicente, que no sabe lo que pasa entre cortinas, hacen de esta provincia cuanto se les antoja. Como tu tío se larga a Madrid, le van a alquilar para el correo la casa suya de Pontevedra... Otro

guisado. Bonitos andamos. En estos tiempos es preciso que todo el mundo se despabile. Yo no soy hombre, que si lo fuese, iría también en peregrinación al Santuario. Esto te lo digo yo aquí; pero por fuera, cuidadito con lo que hablas... No conviene que te cojan tirria estos enredadores: con el tiempo te podrán servir.

Viéndola tan expansiva, la agarré por el talle, la besé en el pescuezo y las mejillas, y me determiné a decirla riendo:

—Mamá, para presentarme en el Tejo con un poquito de decoro, me es indispensable llevar un regalo a la novia de mi tío. Él será lo que gustes, y nos habrá jugado mil perradas, pero al fin está sufragando mucha parte de los gastos de mi carrera.

—Por algo lo hace. Chiquillo, ojo. Si fuésemos a reclamar nosotros lo que nos corresponde de derecho... Y a saber si hoy en adelante sigue pagando.

—Pues no importa, mamá; pues no importa. Aunque no pague. El regalito.

—¡Pero si no tengo un cuarto! ¿Tú crees que aquí se fabrica moneda? Sí, ¡para fabricar estamos! Caro me cuesta salir del día.

—Bueno —respondí con resolución—. Entonces no hay más que hablar: mañana voy a Pontevedra y empeño el reloj o las botas... Regalo ha de haber... No me dejes en vergüenza.

A la mañana siguiente mi madre entró a despertarme. Traía bajo del brazo un cesto de cerezas maduras, que puso sobre la cama para que me desayunase: y entre los dedos dos redondelitos brillantes que elevó a la altura de mis ojos. Eran dos monedas de a cinco.

—¿Qué te parece? ¡Cuántos trabajitos para juntar esto! Anda, vé y derróchalo; estrágalo, ya que te da por ahí... No quiero que digas que tu madre te deja mal, pudiendo dejarte bien, en parte ninguna.

La eché los brazos al cuello y la dí tres o cuatro besos *chilreados*, mientras ella se defendía mal exclamando: —Payaso... sobón... que te pego, insolente.

Con los diez duros adquirí en la metrópoli un imperdible o cosa parecida, que representaba dos áncoras cruzadas y en medio un cupidillo, con un rubí chico y dos perlas. Dijes chabacanos que inventa la moda y reprueba el buen gusto. Pero en fin, ya no iba a la boda con las manos vacías.

VII

De Pontevedra a San Andrés de Louza y a la quinta de Tejo, es jornada recreativa más bien que viaje. Atravesé la ría en una lancha alquilada en Pontevedra; desembarqué en la opuesta orilla, y me restaba andar a pie cosa de un cuarto de legua por la comarca más pintoresca que soñarse puede. Desde la playa, cuya arena finísima conserva la huella del pie y rodean grandes matas de áloes en flor, hasta los senderos cuajados de madreselva y los campos de maíz susurrantes al soplo del viento, todo me pareció un oasis, y mi espíritu se inundó de esa vaga felicidad que en la juventud nace de la excitación de los sentidos y de una especie de presentimiento inexplicable, nuncio del porvenir: presentimiento que sin augurarnos sucesos felices, nos anuncia emociones, derroches de vida.

Situada en un alto la quinta del futuro suegro de mi tío, la ví desde la misma ensenada donde desembarcamos. Por mejor decir: lo único que distinguí claramente fué la torre cuadrangular, almenada, y las ventanas cuyos cristales teñía de rojo y oro el sol poniente. El resto del edificio lo cubría una masa de verdor, como de arboleda. De todos modos, para orientarme bastaba con lo visto. Dejé mi maleta en el pueblo, advirtiendo que ya enviaría por ella a la mañana siguiente, y emprendí la caminata.

Subí por el sendero en cuesta, azotando con la vara que empuñaba los sonoros maizales y los zarzales, de donde volaban asustadas las mariposas; y a una vuelta del camino, sorprendióme extraordinariamente la vista de un hombre sentado en una piedra... La sorpresa no se explica al pronto, pero el caso es que el hombre era un fraile.

Por primera vez de mi vida veía yo un fraile en carne y hueso. Me admiré como si creyese que los frailes ya no podían encontrarse más que en los lienzos de Zurbarán. De pinturas del Museo y la Academia; de haber visto a Rafael Calvo, una tarde, representar el drama del duque de Rivas *Don Álvaro o la fuerza del sino*, se derivaban todos mis conocimientos en indumentaria frailesca. Comprendí que el fraile sentado en la piedra era un franciscano: el sayal se plegaba de un modo estatuario sobre sus piernas; la capucha la tenía caída, y en la mano uno de esos sombreros de abate francés, de alas abarquilladas, con el cual se abanicaba la frente sudorosa,

respirando fuerte. Luego depositó el sombrero en el suelo, y volviendo hacia fuera los codos y apoyando en los muslos las manos abiertas, se quedó meditabundo. Yo le observaba con ardiente curiosidad, imaginándome que por el hecho de ser fraile había de meditar aquel hombre en cosas o estrambóticas o sublimes. Él alzó la mano derecha, y deslizándola en la manga izquierda, sacó de la especie de bolso que formaba la joroba de la manga un pañuelo enorme, a cuadros blancos y azules, y se sonó ruidosamente. Después se incorporó, recogió su chapeo y rompió a andar, a tiempo que emparejé con él.

No sabía si ponerme a su lado, quedarme atrás, o adelantarme y darle las buenas tardes sencillamente. Me atraía aquel hombre sin motivo ninguno. De los frailes tenía yo dos ideas muy antitéticas que, sin embargo, coexistían en mi espíritu: por un lado el fraile de cromo de Ortego, picaresco, glotón, lascivo, beodo, «hombre sin vergüenza asomado a una ventana de paño», por otro el fraile de las novelas y los poemas, tétrico, exaltado, visionario, con la mente enflaquecida por el ayuno y los nervios desequilibrados por la continencia, huyendo de las mujeres, evitando a los hombres, lleno de flato, de tentaciones y de escrúpulos. Y quería saber a qué sección de estas dos pertenecía el caminante.

Como si me hubiese adivinado el pensamiento, al sentir mis pasos se detuvo, me miró cara a cara, y me dijo con acento imperioso:

—Felices tardes, caballero. Usted me dispensará que le haga una pregunta. ¿Viene usted por casualidad de San Andrés de Louza? ¿Va usted a la Torre de los señores de Aldao?

—Sí señor, allá voy —contesté un tanto sorprendido.

—Pues si usted no tiene inconveniente iremos juntos. Sé ir, porque estuve aquí otra vez. Me tomo la libertad de hacer a usted esta proposición, figurándome que en el campo no molesta...

—¡Molestar! Al contrario —respondí, agradado de la marcialidad del Padre.

Echamos a andar brazo con brazo, pues el sendero se ensanchaba, y permitía este lujo de sociabilidad. Entonces reparé que el fraile iba descalzo, con unas sandalias que sujetaban el pie por el empeine dejando libres los dedos, que eran bien modelados y carnosos, como los de las esculturas de San Antonio de Padua. Empezó a dirigirme preguntas.

—Ha de perdonarme usted; soy amigo de la franqueza y de que la gente se conozca. ¿Es usted acaso pariente de Carmiña Aldao?

—No, señor, de su novio. Nada menos que sobrino carnal.

—¡Ah! Ya sé. El que estudia para ingeniero en Madrid. El hijo de Benigna.

—Justo. ¿Cómo está usted tan bien informado?

—Diré a usted: la familia de Aldao me distingue con bastante confianza: por eso me encuentro al tanto de esos pormenores. ¿Y qué tal, qué tal de estudios? Ya sé también que es usted muy asiduo, y joven de gran porvenir. Tengo muchísimo gusto en conocerle; se lo digo de corazón; gasto pocos cumplimientos. ¡Ah! Y ahora caigo en la cuenta de que todavía no sabe usted mi nombre. Como un pobre religioso no necesita presentarse, que el hábito le presenta... Me llamo Silvestre Moreno, para servirle.

—Yo Salustio...

—Ya estoy, ya estoy. Salustio Meléndez Unceta.

—Veo que no hay cosa que usted ignore.

—Eso quisiera —repuso el fraile riendo de muy buena gana; y de pronto, deteniéndose bruscamente:

—¿No podría usted hacerme el favor de un cigarrito de papel?

—No fumo —contesté con cierta prosopopeya, que después me pareció ridícula.

—Hace usted bien: una necesidad menos... Pero yo ¡caramelo! estoy tan viciado, que... En fin, lo mismo da; hasta el Tejo, paciencia.

—¿Desde cuándo no ha fumado usted?

—¡Caramelo! Desde ayer por la tarde. En Pontevedra paré en casa de una señora anciana, muy respetable, viuda, sola, que, como usted comprenderá, no fuma, ni su criada tampoco. Por la mañana, cuando me afeité, me dí un par de cortes; tenía un serrucho por navaja; y la señora fué tan caritativa, que me compró una navajita inglesa que corta el pensamiento, finísima... aquí la llevo —añadió señalando a la manga—: no la he estrenado todavía. Ya ve usted que después de este obsequio, que debe de haberle costado algunas pesetillas, yo no iba a ser tan gorrón que le pidiese cuartos para tabaco...

—Pero —exclamé contagiado por la franqueza del fraile— ¿es que no lleva usted consigo un céntimo?

—Pues claro que muchísimas veces no lo llevo, ni medio tampoco.

—¿Y cómo es posible?

—¿Y el voto de pobreza, recaramelo, es guasa?

—Siento muchísimo no fumar —exclamé— para este caso tan solo.

—No se apure usted, amigo, que los frailes no nos apuramos tampoco porque nos falte una mala costumbre. Además que en cuanto lleguemos al Tejo... ya verá usted el señor de Aldao cómo se despepita a ofrecerme cigarros.

Dijo esto con alegre filosofía y emprendió el camino con buen ánimo y gentil determinación, andando más listo que un servidor de ustedes. Una pregunta me bullía en los labios y me resolví a formularla.

—¿No le molesta el ir descalzo?

Volvióse sorprendido el fraile.

—No, señor —contestó, recapacitando como para recordar si en efecto le molestaba la descalcez—. Al principio eché de menos, no los zapatos, sino las medias, y eso que no tenían nada de finas: mi madre me las calcetaba bien gordas, y yo nunca usé otras sino las calcetadas por mi madre. Digo, sí... acabo de usarlas no hace mucho... y de seda finísima; para que vea usted; no vaya a creerse que porque soy fraile no he gastado de esos lujos. Pero en fin, esto es capítulo aparte. Viniendo a lo de la descalcez, que es lo que usted me pregunta, y a que yo quiero contestar categóricamente, sepa que desde que voy descalzo, nunca tuve sabañones en los pies, ni callos, ni ojos de gallo, ni cosa parecida. —Al decir esto sacaba el pie, que, en efecto, era contorneado y sano, sin esa deformación de los dedos que produce la bota—. Y mire usted lo que puede la costumbre, caballero. Ya me parece que estoy más limpio así. Se me figura que las calcetas y el calzado no consiguen más que archivar las porquerías. Nadie que vaya descalzo lleva los pies realmente sucios, por mucho que trajine y mucho calor que haga, sobre todo si tiene la manía que tengo yo...

Diciendo y haciendo, se apartó diez pasos, y llegándose al regatillo que corría al borde del sendero, entre cañas y mimbrales, dejó en tierra las sandalias, remangó un tanto el hábito y metió un pie tras otro en el agua corriente. Después que hubo secado las plantas en la hierba, se volvió a poner sus sandalias y miró con aire victorioso. Yo sonreí impulsado por una idea, o más bien por un sentimiento cordialísimo, que podía traducirse en esta forma:

—¡Qué fraile más raro y más simpático!

—Vamos —me dijo—: adivino lo que está usted pensando, caballero.

—Puede ser. Diga usted y yo le diré si acierta.

—Pues, ¡caramelo! Usted piensa allá para su sayo... que los frailes gastamos pocos cumplidos, que somos muy democráticos y muy ajenos a

los estilos de la sociedad, y que en seguida entruchamos con la gente.

—No, señor, no era eso. Yo pensaba...

—Llámeme usted Padre Moreno o Moreno a secas, si le es igual. Lo de «señor» es demasiado lujo para un pobre fraile.

—Pues, Padre Moreno, lo que yo cavilaba... Pero temo que si lo digo le moleste.

—Nada de eso, nada de eso, yo me muero por la franqueza.

—Pues cavilaba en que los frailes no tienen fama de ser así... tan partidarios de la limpieza corporal como usted. —Al decir esto le miraba de soslayo, examinando con rápida ojeada sus manos, sus orejas, su cogote, todo lo que delata los hábitos de pulcritud—. Hasta creí que condenaban ustedes por pecado el cuidar de la persona. Dicen que el mérito de algunos santos ascetas consistía en poseer un millón de habitantes y llevar el pelo y la barba... colonizados.

En vez de enojarse por tan irreverente supuesto, el Padre soltó la carcajada más sincera que he oído salir de humana boca.

—¿Conque usted creía eso? —me dijo cuando la risa le permitió hablar —. Y usted que parece un joven tan instruído ¿no sabe lo que decía la gloriosa Santa Teresa? Pues se lavaba muy bien, y luego exclamaba: «Señor, mi alma como mi cuerpo.» ¿De modo que para ustedes todos los frailes éramos unos solemnes gorrinos? Entonces, buen susto habrá pasado al verme. ¿Usted ha tratado más frailes que este su servidor y capellán?

—A la verdad es usted el primero que veo en mi vida, es más; pensé que no existían ustedes. Una tontería, porque sé muy bien que en España se están repoblando los conventos de varias Órdenes; pero francamente, me figuraba yo que los frailes sólo se encontraban en los cuadros, en los retablos de las iglesias, y así... Nada, aprensiones.

—Pues ya los ve usted en realidad. Entre los frailes sucede igual que en el siglo, porque hay genios y gustos muy diferentes, aunque se rijan por una misma regla. Unos son descuidados; otros se acicalan más; pero como usted conoce, nuestro santo hábito no nos permite andarnos con muchas agüitas de olor y tarretes de esencias y de pomadas. Estaría bonito un religioso usando la *velutina Fay* y el *Kananga* o *ganga*... o como recaramelo se llame ese perfume que ahora se estila tanto.

—¡Vaya que está usted enterado, padre! —exclamé riendo a mi vez.

—Es que yo trato a señoras muy elegantonas y muy majas... Y no extrañe usted que quiera vindicarme y vindicar a los pobrecitos frailes de la

mala fama que usted les cuelga. Figúrese que nuestro Santo Patriarca era tan aficionado al agua, que hasta compuso en alabanza suya unos versos preciosos, diciendo que es casta y limpia. Yo le hablo a usted con el corazón en la mano; me gusta la gente aseada; pero ciertos extremos de pulcritud que hacen ciertos hombres, me parecen empalagosos. ¡Caramelo! Eso de que un señorito pierda media hora en recortarse y pulirse las uñas... pase en las mujeres; lo que es en quien peina barbas...

Diciendo esto cruzóse de brazos el fraile y se volvió hacia mí como queriendo respirar y descansar un poco. A la luz rojiza del poniente, que tanto entona las figuras, noté que la suya guardaba armonía con aquella profesión de fe viril. Era membrudo sin llegar a grueso, y de aventajada estatura sin pasarse de alto. Su tez tostada y cetrina revelaba complexión biliosa y curtientes fatigas de viajero por regiones de sol. Los ojos los tenía vivos, alegres, negrísimos, bien delineados y abiertos sobre el alma de par en par. Su cuello, descubierto por la tonsura del cerquillo, indicaba vigor, y lo mismo las manos, grandes, ágiles y robustas, manos que así servían para elevar delicadamente la hostia como pudieran empuñar, caso de necesidad, la azada, el garrote o la carabina. Las facciones no desmerecían de las manos: acentuadas como por el palillo de hábil escultor, tenían la mezcla de calma y de firmeza que se advierte en ciertas esculturas de retablo. Entre la boca y la nariz, así como en la meseta de la barbilla, existían dos hoyuelos indicadores casi siempre de un fondo de bondad llamada a templar la fuerza del carácter. Por fijarme, hasta en las orejas me fijé, notando que eran como de confesor, de ancho conducto y casi movibles; unas orejas con mucha fisonomía, según suelen tenerlas los eclesiásticos.

—¡Caramba con el fraile, y qué terne parece! —discurría yo sorprendido.

Seguimos avanzando. Ya debía de estar muy próxima la quinta de Aldao, pero no llegaríamos antes de entrada la noche, que caía plácidamente. Eran más penetrantes los olores de la madreselva; los perros, asomándose a las paredillas de las heredades, nos ladraban con mayor furia; oíase en lontananza la queja del mochuelo, y el bicornio de la luna, fino como un trazo de pincel, asomaba hacia la parte de la ría. El fraile manifestó con una exclamación trivial que sentía la belleza del sitio y de la hora.

—¡Vaya una tarde! ¡Cuidado que es lindo este país! Cuanto más se ve más hermoso parece. ¡Y tan fresco! Para mi gusto ya es demasiado; prefiero el clima del África.

—¿Ha estado usted mucho tiempo en África?

—¡Toma! Pues si soy medio moro.

—¿Y ha viajado usted por el desierto?

—¡Ya lo creo! Y sin tiendas de campaña, ni caja de provisiones, ni escolta, ni otras monsergas de esas que llevan los exploradores al uso. ¡Sobre un mulo y con un par de gallinas atadas al arzón de la silla; bebiendo el agua de los charcos y durmiendo bajo el pabellón de las estrellas, he rodado yo más por aquellos arenales y me han sucedido más lances y más aventuras!

De buena gana le hubiese preguntado sobre las correrías africanas: pero otra curiosidad mayor me punzaba, cuyo recuerdo despertó en mí el ver blanquear la cerca del *Teixo* y negrear sobre la cerca y bajo la torre la que me parecía mancha enorme de arbolado. Quise contrastar la exactitud de las noticias de mi madre, consultando a una persona que ya se me figuraba por todo extremo imparcial y sincera.

—Diga usted, Padre Moreno, ¿usted conoce a la futura familia de mi tío? ¿Cómo es la novia? ¿Qué tal persona es el papá?

—Claro es que les conozco —respondió el fraile aplicando sobre su abierto rostro una máscara de discreción absoluta—. Es una familia muy apreciable y la novia de su tío de usted... una señorita muy buena.

—¿Y... es bonita?

No se espantó el fraile de la pregunta, antes respondió con desahogo:

—Yo soy mal juez: acaso me equivoque. Confieso que no me parece... así... ninguna cosa de quedarse admirado. No la llamaré fea, pero tampoco... Y no crea usted: aunque digo que soy mal juez, no es que me falten motivos para entender: porque allá en Tánger, Tetuán y Melilla hay judías y moras que pasan por guapas; y asómbrese usted: tengo moros tan amigos, que alguno me enseñó su harem... Le advierto que entre ellos es una prueba de estimación grandísima.

—¡Ah!... —murmuré sin poder reprimir una expresión maliciosa—. ¿Conque franca la entrada del harem?

—Sí —afirmó alardeando de naturalidad el fraile—. Y ¿quiere usted que le cuente cómo estaba la mora favorita, vamos, la predilecta de este moro amigo mío, que era un ricachón de allí?

—¿A ver cómo estaba? ¿Muy tentadora?

—Ya le he dicho que soy mal juez: yo sólo puedo describirle exterioridades... y usted opinará. El traje era de una seda riquísima, abierto

en el pecho y éste adornado con unos collares de perlas gordas y de diamantes y pedrerías: dos o tres collares lo menos tenía la mujer. En los brazos unas ajorcas como las que pinta Cervantes en la novela del *Cautivo*... ¿no la ha leído usted? Pues así. Luego cojines, cojines y más cojines; unos debajo de los brazos, otros debajo de las caderas, otros detrás de la cabeza: y los cojines eran para impedir que se rozase, porque la mujer estaba reventando de gorda, que es el secreto de la hermosura entre las moras. Esta no se podía menear. ¿Y sabe usted con qué la engordaban? Pues con bolitas de pan, que ya no se puede llamar engordar a una mujer, sino cebarla. Fumaba por un tubo largo así..., y tenía delante un veladorcito, incrustado de nácar, con dulces y bebidas.

—¡Ah socarrón de fraile!— discurrí yo—. Te finges muy corriente y muy sencillo, y eres más tuno y más ladino que todas las cosas. Me estás mareando con tantos infundios moriscos, por no soltar prenda respecto a mi futura tía. Yo te apretaré, aguarda. Y en voz alta exclamé—: Padre Moreno, usted que tan perfectamente describe a las moras, mejor sabrá retratar a una cristiana. Bien puede usted decirme, al menos, si la novia de mi tío está cebada con bolas de pan, o si tiene un talle como la palmera del desierto. Vamos Padre...

Subíamos por el sendero peñascoso que linda con la cerca del Tejo. Allí no cabíamos bien los dos de frente. El fraile se volvió y se encaró conmigo para responder. Ya no le alumbraba el último reflejo del sol, como antes, pero aun entre la media obscuridad chispearon sus ojos cuando me respondió con inexplicable mezcla de donaire chancero y solemnidad entusiasta:

—Caballero, usted le ha de perdonar a un pobre fraile que se exprese como lo manda el hábito que viste y la regla a que obedece. De una mora, de una infiel, yo puedo describir el cuerpo, porque si Dios se lo ha concedido hermoso, será lo único que se pueda alabar en ella, ya que el alma está envuelta en las tinieblas del error. Pero usted mismo ha dicho que la novia de su tío es una cristiana. Y a mí me consta que merece ese nombre tan... dispense si me expreso con demasiada vehemencia... iba a decir ese nombre tan sublime. De una cristiana, lo primero y acaso lo único que merece ensalzarse es el alma, y en mi boca sonarían mal otros elogios. ¡Un cuerpo que encierra un alma redimida con la sangre de Cristo! ¡Caramelo! No se lo voy a alabar a usted con palabras bonitas ni con flores retóricas.

Con asegurarle a usted que su futura tía es en efecto una cristiana... he dicho cuanto tengo que decir.

—¿Tan buena es, padre Moreno?

—Excelente, excelente, excelente.

En tono con que el fraile triplicó el adjetivo, no dejaba lugar a insistencia. Por otra parte, habíamos llegado a la puerta. Sin embargo, cuando el Padre agarró la aldaba, no pude menos de soltarle otra preguntita insidiosa:

—¿Y usted, padre Moreno... viene a la boda por pura amistad?

—¡Naranjas! —exclamó con el tono recio que suele darse a las interjecciones más castizas—. ¡Si vengo a echar las bendiciones!

VIII

Se abrió la portalada. Estábamos en un patio, todo poblado de arbustos y tupido de enredaderas que trepaban por la fachada del caserón, sin dejar adivinar mucho de su arquitectura. Enredaderas y arbustos estarían cuajados de flor, porque allí olía a gloria, a ese perfume divino, inaccesible a la ciencia del químico y que únicamente destila en sus misteriosos alambiques la Naturaleza.

Sentadas en bancos de piedra y sillas metálicas, tomando la luna, vimos a unas cuantas personas que se levantaron al entrar nosotros y vinieron al encuentro del Padre con exclamaciones de júbilo. Como sólo a él hicieron caso en los primeros instantes, pude enterarme bien de la composición del grupo. En primer término, mi tío, vestido de dril claro, próximo a una señorita de mediana estatura, de silueta elegante y airosa, que al ver al Padre exhaló un chillido de gozo. A la izquierda un señor ya machucho, calvo, con bigotes... el suegro; un curita sumamente joven, casi un niño; una muchachona espigada como de diez y seis años, y una chiquilla que no pasaría de doce. Todos se apiñaban alrededor del Padre, dándole la bienvenida. Por fin se acordaron de mi existencia, y mi tío hizo la presentación:

—Señor de Aldao, el hijo de Benigna, mi sobrino... Carmiña, Salustio...

La futura tiíta me miró distraídamente. Absorbía toda su atención el Padre. Sin embargo, pasados algunos momentos, se volvió hacia mí para preguntarme «si vendría Benigna, que ella lo deseaba mucho». Disculpé lo mejor que supe la ausencia de mi madre, y la señorita de Aldao porfió en obsequiar al fraile. «¿Quería agua, naranjada, cerveza, Jerez? ¿Una copa de leche? ¿Chocolatito?»

—¡Hija! —gritó el Padre empujándola familiarmente, como quien se sacude una mosca—. ¡Si quieres darme algo que estime... caramelo! dame medio cigarrito, aunque sea de paja.

Chac... Rissch... Dos petacas, la del suegro y la del novio, se abrieron a la vez, e inmediatamente se encendieron varias cerillas. Se llevó la palma un habano de mi tío.

—Puede usted fumarlo con satisfacción —advirtió éste, que era muy dado a encomiar lo que regalaba—. Procede nada menos que de don Vicente Sotopeña...

—¡Ah! Pues ese los tendrá de rechupete... ¡naranjas con él!

—¡Siéntese usted, siéntese usted para fumar! —suplicaron todos.

Sentado ya, y con su puro entre los labios, empezó a satisfacer al pregunteo. Querían saber cuándo había salido de Compostela, y cómo quedaban los otros padres, y qué ocurría por allá. Yo me situé un poco aislado del grupo, vencido por una distracción rara, especie de embriaguez psíquica. Recostado en un banco, percibí que a mis espaldas se tendían como tapiz de seda verde las ramas de una enredadera magnífica, la *datura o trompeta del juicio final*; no se requería imaginación muy poética para comparar sus gigantescas flores blancas a copas llenas de esencia fragantísima. Entretejido con la datura se esparcía por la pared un jazmín doble. Aquellos olores, columpiados por el vientecillo suave, me subían hasta el cerebro, hacían bullir la savia de mis veintidós años y me inspiraban furioso apetito de amor, pero de un amor muy superfirolítico, muy delicado y profundo, exclusivo y resuelto a atropellar las leyes humanas y divinas.

Cuando mudamos de residencia —aunque nuestra suerte no cambie—, cuando penetramos en un círculo de gente nueva y desconocida, se nos exaltan la fantasía y la vanidad, y aquellas personas ayer indiferentes nos interesan de pronto, preocupándonos mucho la opinión que de nosotros pueden formar y los sentimientos que les inspiramos. El empleado, el militar a quien destinan a lejana provincia lleva una idea vaga del lugar donde va a residir: apenas sienta el pie en él, lo pasado se borra y lo presente le domina, con la poderosa fuerza de lo actual y el estímulo de la novedad y de lo ignorado. Así yo, excitado por los nuevos horizontes, algo mortificado porque mi presencia pasaba totalmente inadvertida, me figuraba que de aquella gente, apenas entrevista, extraña para mí pocos momentos antes, tenía que salir algo decisivo para mi corazón.

Empecé por creer que en el seno de aquella familia pacíficamente reunida *tomando la luna*, se desenvolvía un drama moral muy extraño, cuyo secreto poseía de seguro el fraile. «En todas partes —fantaseaba yo borracho de esencia de jazmín— hay sus dramitas de entre bastidores y su crónica secreta. Allá en Madrid, en casa de la Josefa Urrutia, el drama tiene aspecto grotesco, pero no por eso deja de ser drama. Con la suerte y la vida

de Botello se puede hacer el gran sainete dramático. Aquí, el conflicto, si existe, lo conoce el Padre Moreno. ¿Por qué se casa esta señorita, que parece tan distinguida, con el antipático de mi tío? ¿Será verdad que la maltratan? No; mi misma madre, cuando la apremié, confesó que eso es un dicho sin fundamento. Y estas mocitas que veo aquí ¿qué papel componen? Y la concubina del señor de Aldao ¿por dónde anda? Y en esa pareja de futuros esposos, reunidos en un sitio tan propio para excitar la fantasía y los nervios, ¿hay amor? y si no hay amor, ¿por qué hay boda?»

De estas reflexiones me sacó repentinamente el joven curita, que acercándose me dijo en tono pueril y con dejo gallego que desempedraba:

—Perdone la curiosidad... ¿Es el hijo de doña Benigna?

—El mismo.

—¿Uno que estudia para *electroimántico científico*?

Como yo no comprendiese al pronto este conato de chiste, el curilla rectificó:

—Para ingenioso, digo, para ingeniero.

—¡Ah! sí.

—Pues cuénteme entre sus servidores. ¿Quiere algo? ¿Está cansado? ¿Fuma?

—¿Y usted, es el párroco de San Andrés de Louza? —le pregunté a mi vez, por decir alguna cosa menos incoherente.

Con la más injustificada familiaridad, el curilla me puso una mano sobre la cabeza, y forzándome a bajarla hasta tocar con las rodillas, chilló:

—Bájese... bájese vuecencia... ¡Párroco! ¡Ay! Con clérigo *contentaverit mihi*... No he pasado por ahora de aprendiz, es decir, de recluta en la milicia sacra.

Sentóse a mi lado y comenzó a referirme mil insulseces, a que presté muy poca atención, porque, a la verdad, pensaba en otras cosas bien distintas; y entretanto fué llegándose la hora en que la caída insensible del rocío y la humedad que impregna la atmósfera hacen desagradable en Galicia permanecer al raso; y el amo de la casa, levantándose, nos mandó entrar y subir a una sala muy adornada de cortinajes de cretona, de donde pasamos al ancho comedor, en que nos esperaba la cena, servida por dos criados, el uno con trazas de gañán, el otro algo más pulido, bajo la dirección de una vieja obesa que arrastraba los pies y que se me figuró, a pesar de su ruinoso físico, la odalisca del señor de Aldao. Las dos

muchachas entrevistas en el patio, se habían evaporado: no aparecieron en la mesa ni en la sala.

Sentado frente a la novia, cuyo rostro iluminaba de lleno la luz de la lámpara, satisfice ansiosamente la curiosidad de mirarla: bebí su rostro. Al pronto dí la razón al Padre Moreno: ni era fea ni bonita. Su cuerpo, elegante y cimbrador, valía más que su cara, de las que se llaman de perfil acarnerado, desprovista de ese esplendor de la tez y esa corrección de facciones que son elementos primarios de la belleza. Pero al cuarto de hora de examen, ya me inclinaba a votar, si no por la hermosura, al menos por el inexplicable encanto de la novia. Al abrir sus ojos negros, de mirar apasionado; al sonreir; al volverse para contestar a una pregunta, la movible faz se animaba, la vida corría por aquellas facciones que yo imaginé plácidas y frías, a pesar de haber visto ya en su retrato, a la luz de un farol madrileño, reflejos del alma. Carmiña Aldao se reía poco, y, sin embargo, no parecía triste; había en ella la animación de la voluntad. Hasta extremosa me pareció cuando, terminada la cena, y sacando yo del bolsillo el estuche con mi fineza, se deshizo en elogios de la pobre joya.

—¡Ay... qué cosa de tanto gusto! Papá, mire usted... Felipe... Es una monada. ¿Y la escogió usted mismo? ¡Un estudiante! Vamos, que ya se le pueden hacer encargos. Nada, es precioso.

También el Padre Moreno metió su cucharada en lo del imperdible.

—¡Hombre! Bonito de veras. Así hacen los poderosos. Los frailes no nos atrevemos a correrno tanto: nuestros obsequios son más sencillos...

Diciendo así fué a buscar un saco de camino, su único equipaje, que había traído un muchacho desde San Andrés de Louza, y extrajo de él una cruz de nácar, de esas de Jerusalem, que, aunque modernas, tienen tallada con cierta rigidez bizantina la figura del Crucificado. Mediría media vara de altura.

—Es lo único que puedo darte, hija. La cruz viene tocada a la piedra del Gólgota, donde plantaron la de Nuestro Señor.

Nada respondió la novia: con movimiento rápido se inclinó y besó ardientemente no sé si el regalo o la mano que se lo ofrecía. El fraile iba extrayendo del saquillo variedad de rosarios, unos de nácar, otros de huesos negruzcos, pasados por un cordel, sin engarzar todavía.

—De los olivos del monte Olivete —dijo desenredándolos y repartiéndolos a los que estábamos presentes. Cuando llegó mi turno debí

de hacer algún movimiento de sorpresa, porque el fraile me preguntó con hidalga cortesanía:

—¿No lo quiere usted? Las cosas se toman como de quien vienen; nosotros somos pobres de oficio, y no podemos ofrecer dádiva de mayor valor material, caballero D. Salustio.

Guardé el rosario, algo sonrojado de la lección. Había venido gente de San Andrés para ayudar a pasar la velada y hacer la partida de tresillo: el párroco, el boticario, el ayudante de Marina. Me brindaron con el cuarto lugar en la mesa, pero rehusé: temía perder y encontrarme sin dinero en casa extraña. Mi tío, sentándose al lado de su prometida, pegó la hebra; el Padre Moreno se retiró a rezar horas, y yo volví a encontrarme entregado al aprendiz de clérigo.

—¿Dónde está mi cuarto? —le pregunté—, ¿usted lo sabe? De buena gana me recogería.

—No lo *sabo*... pero el que tiene lengua va a Roma. Véngase usted. Agárrese a mi dedo meñique.

Cruzamos el comedor. La lámpara ardía aún, y la vieja presenciaba la operación de alzar los manteles, trasegar vasos y platos y recoger postres. Volví a fijarme en la sultana retirada. En otro tiempo de fijo pasaría por buena moza: hoy el pelo escaso y gris, la tez erisipelatosa y el exceso de obesidad la hacían abominable. Parecía laboriosa, regañona y al par humilde resignada con su papel de escalera abajo. El curilla, para dirigirla una pregunta, apretó su brazo.

—¡Ay! Serafín, estése quieto... ¡Qué chanzas gasta más indecentes!

—Mulier, en usted se puede pellizcar sin reparo, que usted es ya contra toda tentación... ¿Dónde está el cubículo, alias dormitorio de este señorito?

—Mismo al lado del de usted... Dios le dé paciencia al infeliz para aguantar bobadas... ¡Candidiña, Candidiñaá! Una luz... alumbra a estos señores...

Apareció, palmatoria en mano, la mozuela espigada de antes, fresca, rubia, de facciones inocentes y aun algo bobaliconas, como de querubín de retablo, pero de ojuelos maliciosos, parleros, que ella procuraba entornar para que no la delatasen. Echó delante, y haciéndonos subir una escalera bastante pina, nos condujo a nuestros cuartos, situados en la parte alta de la torre, y separados uno del otro por un pasillo estrecho. Estas habitaciones, a las cuales no había alcanzado la recomposición general dada por el señor de Aldao a la quinta, tenían aspecto de vetustez, y probablemente en

circunstancias normales sólo servían para almacenar la cosecha de calabazos y castañas. Los muebles se reducían a la cama, dos sillas, una mesita y un palanganero. La mozuela, dejando la palmatoria sobre la mesa, advirtió:

—Allí Serafín y aquí usted. Bien anchos están.

—Aún cabes tú, muliércula —advirtió desvergonzadamente el aprendiz de clérigo. La muchachuela pestañeó y soltó la carcajada, amenazando con la mano a Serafín; pero instantáneamente, volviéndose a mí, adoptó continente modesto y preguntó en tono humilde si mandaba algo. Contesté que deseaba recado de escribir, y dijo que iba volando por un tintero. Como se llevó otra vez la palmatoria, me quedé casi a obscuras, alumbrado sólo por el reflejo de la luna.

Me asomé a la ventana. En primer término ví extenderse enorme masa obscura, especie de lago vegetal, que parecía un solo árbol, aunque lo hiciese dudar su magnitud. A lo lejos la ría brillaba como falda de raso gris salpicada de lentejuelas de plata; el creciente se multiplicaba en su seno y el ruído imperceptible del manso oleaje se confundía con el del viento nocturno que estremecía las ramas próximas. Un aire húmedo y refrigerante acariciaba el rostro. Candidiña interrumpió mi contemplación colándose sin pedir permiso, trayendo en una mano el tintero, que casi rebosaba de tinta; en otra, además de la luz, papel, sobres, un cabo de pluma, un cucurucho de arenillas.

—Dice tía Andrea que tiene que dispensar, que todo viene así... cachifollado. Dice que mañana sin falta le dará la salvadera. Dice que en la aldea hay que perdonar.

Empecé a disponer lo necesario para escribir a Luis Portal; pero la muchacha, en vez de marcharse, quedóse allí plantada, contemplándome como si mi persona y mis actos fuesen cosa muy curiosa. Cuando se inclinó por encima de mi hombro para fisgonear cómo disponía yo el papel, diciendo con asombro casi infantil y dejo gallego ribereño muy dulce: «¡Ay, y va a escribir ahora, tan tarde como es!», me cruzó a mí por la imaginación un capricho y por los nervios una corriente que reprimí con el esfuerzo relativo que cuesta desechar las sugestiones puramente físicas: «Cuidadito, Salustio... Hoy estás muy alborotado... Ándate con pies de plomo...» Por decirle algo a la mozuela, pregunté:

—¿Es un solo árbol eso que se ve desde la ventana?

—¿Pues no sabe que es el Teixo?

—¡Un tejo sólo esa inmensidad! ¡Santa Bárbara! Cogerá media legua de circuito.

—¡Media legua! ¡Ay qué risa! No sea ponderativo. Media legua aún no la hay de aquí a San Andrés. Pero mire, tres pisos los tiene.

—¿Tres pisos un árbol?

—¡Ay! sí, ya lo verá. En uno se baila; en otro se toma café; desde el otro se ve muchísima tierra... y la ría y todo.

IX

Copia de una carta a Luis Portal:

«Chacho: aquí estoy a tus órdenes en el Teixo, quinta del papá de la novia de mi tío... ¡sopla! que se llama así, no el tío, sino la quinta, á causa de un tejo colosal que, según fama, tiene tres pisos, tantos como la mejor casa de Orense. Acabo de llegar: no puedo decirte aún lo que opino de la novia y gente que la rodea: esta gente es el papá, una vieja que tuvo que ver con el papá, y dos niñas, hijas ó sobrinas de esta vieja, una de ellas ya en sazón, y que aunque se llama Cándida..., punto y aparte. La futura tiíta es una señorita de aire elegante, con una cara que agrada si se mira despacio: los ojos buenos, y hasta buenísimos. No sé si está enamorada, pero se muestra bastante cariñosa con mi tío. Hijo, vuelvo a mi tema. ¿Concibes tú que una mujer honrada y decente (dicen que lo es mi futura tía) se case así, por casarse, con tal sujeto? ¿No habrá allá en su corazoncito una historia secreta? ¿O es que en fuerza de su pureza misma, se figurará que casarse con un hombre se reduce á salir con él del brazo?

»La cosa me preocupa, porque en poquísimo tiempo he formado de Carmiña Aldao una idea particular, gracias a informes que tomé de un fraile... ¡Admírate! he viajado con un fraile, un fraile de verdad, un franciscano descalzo y todo. Y puso a mi futura tía en las nubes. Me dijo, que era el modelo de la mujer cristiana. Esto, en boca de un fraile...

»¡Si vieses qué tipo curioso es el tal Padre Moreno! Hombre más corriente, más llano, más simpático, no lo ha echado Dios al mundo. Me tiene atónito. Ni se asusta de nada, ni es intolerante, ni rehuye ninguna conversación de las admitidas en sociedad, ni le trata a uno despóticamente, ni incurre en piadosas gansadas, ni hace cosa que no resulte discreta y oportuna. Por esto te digo no creas que el fraile me la pega. Lo que es pegármela... Al contrario, me escama terriblemente ese mismo don de captarse las voluntades, empezando por la mía. Le estudiaré y poco he de poder si no le arranco la careta. ¿Qué se

propondrá ese tío? ¿Catequizar mejor? Porque no hay duda que con modales como los que gasta, se adquieren amigos. ¿O tal vez disimular propensiones no muy conformes con el sayal? Porque o es un santo o es un hipócrita, aunque de distinto corte que los hipócritas conocidos hasta el día. ¿Te crees tú, chacho, que un hombre puede vivir rodeado de *sirtes* y *escollos* y sin tropezar en ellos? Pase el voto de pobreza, porque he visto que en efecto no llevaba ni con qué comprar un pitillo: pase el de obediencia porque también los militares obedecen a sus superiores; pero lo que es el de castidad... ¿Verdad que no cuela?

»Ya supondrás que mi tío está todo lo amartelado que puede. A decir verdad, la novia me parece una ganga para él. Este señor de Aldao no tendrá mucho parné, porque dicen que es amigo de figurar, y que la quinta le consume dinero, y que el hijo casado le da sangrías; pero así y todo, siendo mi tío quien es, me parece que ha logrado lo que nunca pudo prometerse.

»La boda será pronto: el día del Carmen. Mi tío duerme en la casa del boticario de San Andrés: yo, como no soy el novio, tengo hospedaje en el Tejo. Ya te contaré lo que ocurra. Escríbeme, holgazán. Ahí estarás rumiando tus oportunismos y tus componendas con todo Dios y hasta con el diablo. ¡Eres más trucha! Se me olvidaba. Rompe esta carta... aunque con tus hábitos de prudencia ya habías de hacerlo sin que yo te lo encargase.»

Había terminado, y hasta cerrado el sobre, por fortuna, cuando se metió campechanamente en mi dormitorio el aprendicillo de clérigo. A no mediar ciertas circunstancias que ya saldrán a relucir, no recordaría yo con tanta exactitud la fisonomía de aquel eclesiástico *in fieri*; pero conviene decir que tenía una especie de hocico de roedor, boquilla sin labios que al reir descubría los dientes careados y mal puestos, nariz roma y menuda como pico de garbanzo, unos ojos sorbidos hacia el meollo (el cual debía de ser poco mayor que el de un gorrión), tez blanca y salpicada de anchas pecas, rostro imberbe, cabellera, cejas y pestañas rojas. Podía clasificarse su tipo físico entre el del bobo de comedia y el mico malicioso. Dudaba yo si era cara de simple o de trasto. Al mismo tiempo había en él algo de persistencia de la infancia, que impedía tomar por lo serio sus palabras ni sus acciones.

—¿Se baña? —me preguntó hablando en impersonal, según costumbre.

—¿Que si me baño?

—En el mar, señor. En San Andrés. Porque yo bajo todos los días a la playa, y puedo acompañarle.

—Bien, convenido; nos remojaremos.

—Ya me parecía a mí que le iba a petar eso del baño. Su tío también se remoja todas las mañanas. Hace como el bacalao. Ni por esas está más fresco. ¡Guí, guí!

—Lo malo es que no tengo traje de baño.

—¡Ay! Yo *tampuerco*. Si es tan melindroso... Con irse a un rinconcito detrás de unas peñas...

—¡Hombre!

—O con llevar unos calzoncillos de repuesto...

—Vamos; así, pase.

A todas estas el cleriguín (mejor le llamaría el monago), se arrellanó en la silla con trazas de no irse en toda la noche. Comprendí que era preciso hacer como si no existiese, y desnudándome rápidamente, me deslicé en la cama.

—¿Hay *soneca*? —preguntóme Serafín arrimándose al lecho y pegándome, con la mayor confianza, un pellizco monjil en un hombro y una sobadura en los carrillos. Chillé y por instinto devolví un coscorrón formidable, lo cual le hizo estallar en convulsiva risa: «¡Gui guiíi, gui guiíi!» Empeñóse después en averiguar experimentalmente si yo tenía cosquillas, y también si tenía mimo, para lo cual me apretó fuertemente el dedo meñique. Aquella extraña familiaridad, más propia de criatura de seis años que de hombre, y particularmente de hombre que aspira al sacerdocio, ejerció sobre mí el irresistible contagio de un desprecio cómico, y en el fondo indulgente, y amenacé al monago con tirarle una bota si no se estaba quieto. La amenaza surtió efecto; Serafín se calmó, y echándose como un perrillo, atravesado a los pies de mi cama, me dijo que no tenía sueño, que lo que apetecía era charlar un poco. Le autoricé a que charlase, y nunca se cumplió programa alguno más al pie de la letra. Salió de aquella boca un río de tonterías y despropósitos, de inocentadas ridículas, mezcladas con golpes de ciencia teológica y rasgos de malicia grosera tan certeros a veces, que me sorprendían, dejando planteado el problema de si aquel tipo era rematado imbécil o astutísimo truhán.

—Conque de Madrí... ¡Ay, qué gusto será Madrí! Yo no fuí nunca. No hay cuartos para el *ferrancho ferril*. ¡Cuartos! ¡Quién los viera! Límpiate

Serafín, que estás de huevo. ¿Y en Madrí las calles son... así... como las de Pontevedra? ¡Cá! El *empiedrado* será de *marmole*... Bueno, ¿allí también se va la gente al otro mundo rabiando o cantando, verdad? Pues entonces no les tengo miga de envidia a los madrileros. Ante la muerte todos iguales, señorito. ¿Y usté para qué estudia? ¿Para esos que hacen *ferriles* y *viraductos* y *tunantes*, digo *toneles*? ¡Ah! Entonces tenemos que darle vucencia. Será ministro de la ministración y me hará a mí canónigo electoral. Aunque yo sirvo mejor para penitenciario, porque soy una penitencia. Y usted, aunque llegue a ser más ingeniero que el que discurrió la condenada ingeniería, no hará la carreriña de su tío. ¡Hacer!... No, su tío sabe: es peje. Nadie le saca a D. Vicente Sotopeña la nata como él. Los solares ya fueron buena tajada, y ahora le alquilan la casa para correo y le pagan de alquiler un millón de duros... ¡gui, gui! Luego, cuando hay *eleuciones*, nos viene a jonjabar a los cerdotes... bueno, a los que seguimos la sacrosanta carrera del sacerdocio... Pero lo que le dijo un cerdote amigo mío: ¡Arre allá, *vade retro exorciso te*, que el liberalismo es pecado, y al que lo dude le paso por las narices la doctrina fundamental *de fide*, expuesta por el santo Concilio Vaticano! Aquí no somos de esos paladares estragados por salsas mestizas. ¡Gui, gui, gui!...

—¿Y tú cómo piensas en política? —pregunté resolviéndome a tutear al monillo eclesiástico.

—¿Yo? ¿En pulítica? No cabe en pechos nobles más que una opinión...

—Sepamos qué opinión cabe en pechos nobles.

—Pues lo diré por boca del que supo lo que se decía: *Nequit idem simul esse et non esse*: ¿lo quiere más claro? Yo no soy partidario de la Iglesia liebre en el Estado galgo. *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.*

—Habla en cristiano o siquiera en gallego. ¿Eres carcunda?

—*Ego sum qui sum*; es decir, ¡ojo con las mesticerías y los distingos y las transaciones! A su señor tío D. Felipe se lo canté muy claro; y también a don Román Aldao, que es un valiente farolón y anda lampando por el título de Marqués del Tejo o al menos por una gran cruz. Dicen que el yerno se la trae de regalo de boda. *Vanitas vanitatis*, gori, gori. También el hermanito de Carmiña pide teta: ese quiere la chupandina de la Administración del Hospital... creo que engordan mucho las cataplasmas...

—Cállate, que me revuelves el estómago.

—No las catará, que el cuñado le tiene tema. No hará el caldiño con harina de linaza, ni les echará en el puchero a los pobres enfermos gallinas

de boj, para figurar. El tío Felipe es de recibo. Sirve. Y vergüenza, ni tanta. Con ir a casarse y con todo, aún corre detrás de Candidiña por la era. ¿Piensa que no? Candidiña también es doctora. Ya sabe más que muchas viejas. *Ne attendas fallaciæ mulieris.*

—No calumnies a mi tío, miquín —exclamé impulsado por la curiosidad, pues se me figuraba que aquel bufón, en bastantes ocasiones, no dejaba de dar en el clavo—. ¿En la misma presencia de su novia iba a andar siguiendo chicuelas?

—Sí, sí, fíese... Si viese a otros vejestorios que ya no pueden con los calzones ir detrás de la monicaca... *Vinum et mulieres apostatare faciunt sapientes*, como dijo el otro. La Cándida les da cuerda: y no piense que es por gastar tiempo. Le digo yo que Cándida sabe dónde echa el anzuelo. A Carmiña le va a salir de detrás de una berza una madrastra.

Me incorporé sorprendido.

—¿Pero y esa Candidiña, no es... no es hija de...?

El monago pegó un chillido.

—¡Gui, gui! pensaba que... (hizo ademán de juntar las yemas de los dedos índices). No, hombre, no... Ni Candidiña ni la otra pequeña son *higas* de la higuera de doña Andrea... Son sobrinas... Yo conocí a su papá, que era general... digo, cabo de carabineros. La vieja cargó con ellas porque se murieron los papás. Y a fe que la rapaza... acuérdese que se lo dice Serafín Espiña... no se va tras los amoríos por la *concupiscentia carnis*... Esa quiere arrastrar un rabo de seda... Si vivimos hemos de ver milagros.

X

A la mañana siguiente nos bañamos en la preciosa playa, nos paseamos por San Andrés, dándonos tono, pues nuestra presencia era acontecimiento en el pueblecito, visitamos la iglesia parroquial, cogimos lapas, nácaras y bocinas, y a las nueve estábamos en el Tejo, dispuestos a despachar el chocolate. El Padre Moreno no nos había acompañado: prefería el baño por la tarde, pues no le gustaba prescindir de su misa. Mi tío no se había presentado aún, ni vendría hasta la una, hora de comer; y Carmiña, libre de la obligación de charlar con su novio, me prestó atención, y hasta me dió indicios de confianza y afecto.

—Anoche se retiró usted temprano porque se aburría. No sabemos realmente con qué divertirle, y si usted no procura buscarse entretenimiento... En el campo...

—No se apure por eso, Carmiña. El campo me gusta muchísimo. Nunca me aburro en él. Este sitio es precioso. Hoy tomé un baño más rico...

—¿Y esa ingrata de Benigna? ¡Cuánto siento que no venga! Es muy simpática su mamá de usted, y yo siempre la quise. Ahora... con más razón.

—Ya ve usted... A mamá no la es fácil moverse. Nunca falta que hacer por allá...

Después de estos lugares comunes, mi futura tiíta y yo nos quedamos sin saber qué decirnos. Ella, al fin, discurrió un acto de cortesía y amabilidad.

—Como me trajo usted una fineza tan mona... ¿quiere ver las demás que he recibido? Las tenemos en una habitación aparte, porque si no, las chiquillas son tan curiosas y tan amigas de revolver, que... Por aquí.

Echó a andar y yo tras ella: en el bolsillo de su traje, al compás de sus pasos, sonaban varias llaves, haciendo una musiquilla graciosa, familiar. Sacó el manojo, y abierta la puerta misteriosa, descorridas las cortinas, brotaron en todo su esplendor las magnificencias del equipo.

Cuando digo magnificencias, no hay que entenderlo en sentido absolutamente literal, porque bastantes objetos olían a provincia, y otros, aunque de origen madrileño, no eran de exquisito gusto, al menos según puedo yo juzgar de estas materias. La novia iba explicándome todo. Aquel vestido de raso, con bordados de azabache, era regalo del novio, como

también los pendientes de la perlita rodeada de brillantes. El papá se había despilfarrado con un traje azul marino, de seda rica y muy buena combinación de brochado; y por allí andaban los sombrerillos correspondientes. Otro traje me pareció muy lindo: de seda blanco hueso, lucía delante una sutil red que imitaba perlas, se alargaba en majestuosa cola, y se adornaba con azabaches. Este —declaró Carmiña— era una inutilidad, un capricho de la señora de Sotopeña, encargada en Madrid de la elección de galas, y que se había empeñado en que la novia no podía estar sin un traje de sociedad. Las joyas ofrecidas por el papá eran arreglo de un aderezo antiguo: había un hermoso broche y no sé qué otras menudencias. La familia Sotopeña había contribuído con un abanico riquísimo, la Vicaría de Fortuny, varillaje de concha. El hermano de la novia, un brazalete feo. Después una serie de joyeros, álbumes, cacharros, las mil fruslerías inútiles, que sólo se compran o venden a pretexto de santos y bodas. Detrás de ellos, en un rincón, como avergonzado, descubrí un objeto rarísimo: una ratonera enorme...

—¿Pero quién le ha regalado a usted eso? —pregunté sin contener la risa.

—¿Quién había de ser sino Serafín? —respondió acompañándome en mi hilaridad.

—¿Pero es posible?

—Y venía tan ufano. Quisiera que usted le viese, con su ratonera enarbolada, diciendo: «Esto al menos de algo sirve».

—¿Pero ese Serafín es tonto, o loco, o qué es?

—En mi opinión no ha pasado de chiquillo. Su corazón no es malo, y a veces tiene dichos de persona lista. Pero a los dos minutos se le va el santo al cielo, y habla mil simplezas. Acertará por ejemplo, en un punto de teología o de moral —esto lo sé porque lo dice el Padre Moreno— y en cambio es tan romo para las cosas más sencillas, que una vez que le pusimos delante unas despabiladeras encargándole que despabilase una vela, las cogió, las estuvo mirando, mojó los dedos con saliva, despabiló con ellos, y abriendo las despabiladeras metió dentro el pábilo, diciendo muy ufano: «¡Bien te entiendo, cajetilla!».

Nos duraba la risa de esa anécdota cuando salimos al jardín. La futura tití me enseñó las dependencias, el gallinero, los establos y la huerta, convidándome a probar la fruta del cerezo dulce, a coger flores y a ensayar los trapecios y el columpio. Por allí se apareció el Padre Moreno, reposado,

comunicativo, y aun bromista. Me interpeló acerca de ciertas personas que habían preferido remojarse a oir misa frailuna; de Serafín, que no había sido para hacer de acólito; de nuestro paseo triunfal por San Andrés. A su vez, no tardó en presentarse el señor de Aldao. Venía atusado, engomado, con los bigotes teñidos, el cráneo luciente como una bola de billar; pero se me figuró una ruina, bajo la sombra verdosa del quitasol abierto. Preguntóme si «lo había visto todo» con el tono de un Médicis que se informa de si un extranjero ha visitado detenidamente sus palacios y galerías. Y en seguida añadió:

—¿Qué me dice usted del Tejo? ¿El Tejo famoso?

—¡Ah! cosa magnífica, sorprendente.

—¡Oh! el año pasado estuvo aquí un marino de la escuadra inglesa... entusiasmado, empeñado en fotografiarlo. Se llevó más de diez fotografías, tomadas de distintos puntos. D. Vicente Sotopeña me ha asegurado que Castelar, en el discurso de los Juegos florales, al hablar de las bellezas y maravillas de Galicia, también sacó a relucir el Tejo... Gran orador Castelar ¿eh? Florido, sobre todo, florido.

El señor de Aldao me pareció una de esas personas que llevan la vanidad (algo escondida en los demás hombres) por fuera y completamente a la vista. Supe después que en efecto, siempre había pecado de vanidoso, y puesto la vanidad en las cosas más vacías. Cuando joven presumía de buen mozo, del género empalagoso, con bigotes retorcidos y cejas tiradas a cordel. Luego le picó la tarántula de la nobleza, y durante una larga temporada le dió por usar a cada repiquete el uniforme de maestrante de Ronda y soñar con el marquesado del Tejo. A tal marquesado le hizo una corte platónica, arrimándose mucho a los gobernadores civiles cuando lo deseaba de Castilla, y a los obispos cuando lo quería pontificio. Este conato de haitianismo se frustró enteramente. Ya llegado a la vejez, el dominio absoluto que ejercía sobre la provincia y sobre mucha parte de la región gallega don Vicente Sotopeña, habían hecho comprender al señor de Aldao que en nuestra época la importancia social no se funda en pergaminos más o menos rancios. «En el día la política —solía decir él— lo absorbe todo. El que puede repartir con la derecha confites, latigazos con la izquierda, es el verdadero personaje». Esta apreciación había influído bastante en la buena acogida que mereció al papá de Carmiña Aldao la candidatura matrimonial de mi tío. Vió en ella el asidero por donde agarrarse a una puntita del faldón del gran Santo galáico, y satisfacer multitud de ambiciones que guardaba en

conserva años hacía y que ya iban avinagrándose; lo de la gran cruz, la despertadura del expediente de una carretera que dormía el sueño de los justos, y no sé qué otras menudencias relacionadas con la Diputación Provincial y la contrata.

Por mucho que descendamos a bucear en ese abismo laberíntico llamado el corazón del hombre, jamás lograremos desentrañar la causa de ciertos inconfesables sentimientos. La envidia, la competencia y la emulación, exigen, al parecer, alguna analogía, y no se comprende que estas malas pasiones se desarrollen cuando no existe la menor paridad entre el envidioso y el envidiado. ¿Ha de envidiar a la Patti una tiple de zarzuela, a la reina una modesta señora de la burguesía? Pues las envidian, no cabe duda; y desde la penumbra en que viven tratan de echar un rayito de luz que compita con el del astro. Así don Román Aldao, caballerete de provincia, poseedor de una renta mediana, se permitía a veces sus pujos de competencia... ¿con quién? con don Vicente Sotopeña, el renombrado político, la lumbrera del aula de Derecho, el famoso Santo, el gran cacique de Galicia, el jurista abrumado de negocios, el poderoso, el millonario, la influencia universal. ¿Y en qué terreno quería don Román eclipsar a Sotopeña? Pues en el de la residencia de verano. Don Vicente poseía en las inmediaciones de Pontevedra una especie de sitio real, descanso de sus fatigas y solaz de sus contados ocios, y cada vez que el señor de Aldao oía hablar de la soberbia villa, de su vega de naranjos, de su bosque de eucaliptos, de sus estatuas de mármol, de su capilla de estalactitas, de su magnífica verja, y de otras mil preciosidades que el Naranjal luce, torcía el gesto, se contraían sus labios con el mohín de la vanidad mortificada, y preguntaba a sus interlocutores: «¿Qué le parece a usted del Tejo? ¿De mi Tejo? Un marino de la escuadra inglesa, entusiasmado, empeñado en fotografiarlo...» etc., etc.

Embellecer su finca, a imitación del Naranjal, constituyó la aspiración irrealizable de don Román Aldao. La naturaleza era cómplice de este ensueño, porque además de haber criado aquel Tejo gigante y único, desplegaba en torno de él los hechizos del rincón de paraíso llamado las Rías Bajas. El sol, el mar, el cielo, el clima, las playas, la vegetación de comarca tan espléndida, hacían que el Tejo, sin poder compararse al Naranjal en lo que depende de la mano del hombre, fuese un oasis. Puede el arte ostentarse en el campo, pero el mayor atractivo de una quinta pende siempre de la naturaleza. Don Román no lo entendía así. Del campo, no

sentía la inefable dulzura y reposo que infunde olvido de la vida social, sino al contrario, la apariencia y el bullicio, las glorias de propietario y anfitrión, y el pugilato con don Vicente. Claro está que Aldao no intentaba copiar esplendores como la famosa capilla de estalactitas, tan ensalzada por cronistas y viajeros; pero si en el Naranjal se alzaba, pongo por caso, un amplio merendero emparrado de jazmín, ya estaba don Román ideando un *chocolatorio* raquítico todo cubierto de madreselva. ¿Que en el Naranjal colocaban estatuas preciosas? Pues el señor de Aldao salía con sus bustos de yeso, sus «cuatro Estaciones» o su grupo de «amorcillos» y me los plantificaba en mitad de un prado. ¿Que en el Naranjal instalan una estufa caliente, con sus gomeros, sus helechos, sus orquídeas? Cátate al señor de Aldao adquiriendo de lance en Pontevedra la mayor cantidad posible de vidrieras de desecho, para armar un invernáculo barato, atestado de las ya insufribles y acartonadas begonias. ¿Que en el Naranjal había mesas y bancos rústicos traídos de Suiza? Pues el señor de Aldao enseñaba al carpintero de su aldea a aserrar por la mitad las piñas y a armar con troncos de pino cada asiento y cada mueble. ¡Y por último... el árbol colosal!

El primer día de mi estancia en el Tejo vino a comer gente de Pontevedra: Luciano, hijo mayor del señor de Aldao, con su niño, que podría tener entonces cosa de cuatro años de edad, y un Diputado provincial llamado Castro Mera, a la sazón el mayor amigote de mi tío, jefe de la fracción que representaba su política en el seno de la Asamblea pontevedresa: porque todo es relativo, y en Pontevedra había *los* de mi tío, y la «política propia» de mi tío, gobernada por los rígidos principios que el lector supondrá. Acudió asimismo el director del *Teucrense*, periodiquito afecto a mi tío entonces, aun cuando seis meses antes le tiraba a codillo; pero para tales cancerberos hay tortas mágicas. Hablóse mucho de la consabida política local, tan menuda, que rayaba en microscópica.

El café se tomó en el árbol. Con este motivo fijé la atención en aquel respetable patriarca de los vegetales, llamado a ejercer alguna influencia en mi destino. El tronco, enorme, rugoso, caprichosamente veteado de musgo y con la corteza, a pesar de los años, viva y sana, soportaba bien el peso de la majestuosa ramazón del gigante de la Ría, según le llamaban en estilo poético los revisteros de Helenes y los corresponsales de diarios madrileños cuando venían a veranear. La manera de crecer y extenderse aquel ramaje, su intenso y obscuro verdor, tenían algo de bíblico y solemne. Era

imposible mirar al Tejo sin profunda veneración, como símbolo de la naturaleza exuberante y maternal que había producido tan soberana criatura.

Enamorado el Océano de la gentileza de Galicia, la ciñe amoroso con sus olas, la besa y orla con sus espumas, la rodea, la acaricia, y tiende hacia ella una mano azul, ávida de palpar las suaves redondeces de la costa: las Rías son los dedos de esta mano. En las Rías el aire es más puro, tibio y fragante; la vegetación más lozana y meridional. Aquel Tejo, rey de los otros árboles, solo al borde de una Ría, y en terreno fecundo por ella, pudo desarrollarse con tal señorío y pujanza. Él era el verdadero monumento de la región. Daba nombre a la quinta; servía de faro a los lancheros y pescadores, cuando dudaban al orientarse hacia San Andrés; desde lo alto de su copa se dominaba la perspectiva, no sólo de los pueblecitos ribereños, sino del grupo de islas, las famosas Casitérides de los antiguos geógrafos, y la extensión ilimitada de un mar casi helénico por su serenidad y belleza. Para construir en el Tejo los tres miradores sobrepuestos que lo adornaban, no se había requerido gran habilidad ni ciencia arquitectónica, bastando con aprovechar la gallarda horizontalidad de sus ramas y construir sobre tan robusto apoyo unas plataformas circulares, que guarnecía alrededor ligero balaustre.

La escalera, de caracol, encontraba natural sostén en el mismo tronco del gigante. La espesura del ramaje era tal, que desde el suelo no se distinguía a los que tomaban café o refrescaban en el segundo piso, ni a los que danzaban en el primero; y quien se encaramase al tercero, necesitaba asomarse al mirador practicado entre las ramas para admirar la perspectiva. Cada piso tenía su nombre. El primero se llamaba «el salón de baile», el segundo «el cenador», el tercero «Vistabella». Y en casa de Aldao se oía a menudo preguntar: «¿Subiste a Vistabella?» «No, me quedé en el salón de baile». A la verdad, el salón de baile —preciso es reconocerlo, aunque el señor de Aldao se desazone— no asombraba por su magnitud. Con todo, se podía bailar desahogadamente un rigodón, a los ecos del piano que para estas solemnidades era llevado al jardín. Y no carecía de encanto danzar bajo el toldo verde, entre paredes verdes también, que apenas filtraban la luz solar. El salón retemblaba mucho; semejante ejercicio era bailar y columpiarse.

XI

Aquel día, cuando subimos a tomar café al «cenador», donde ya a prevención había sillas, bancos y veladores rústicos en cantidad suficiente, el Tejo estaba más atractivo que nunca. Una brisa fresca, procedente de la Ría, hacía ondular ligeramente las ramas; el sol, hiriendo de lleno su copa, la doraba y arrancaba del árbol ese perfume penetrante y algo resinoso que aumenta en nuestro corazón la embriaguez de la vida. La altura a que nos hallábamos suspendidos podía persuadirnos de que éramos aves; a mí se me ocurrió que los pájaros tenían bien grata morada en el seno del coloso; y de repente, como si la Naturaleza se complaciese en infundirme uno de esos deseos imposibles de satisfacer con que ilude a los mortales, me entraron ganas, mejor diré ansias de volar, de perderme en aquellos espacios azules, puros e inmensos que veíamos al través de las aberturas que siempre ofrece el ramaje. Cuando noté que estaba envidiando a las gaviotas que allá a lo lejos descendían sobre los peñascos de San Andrés, me acusé de insensato y, haciendo un esfuerzo atendí a la conversación.

Llevaba la batuta, como no podía menos de suceder, el Padre Moreno, afirmando una vez más a su auditorio que él se había encontrado siempre mejor en Marruecos que en España; mejor entre moros que entre cristianos «de estos de por acá».

—No crean ustedes —apresuróse a añadir— que en África hacemos vida regalada los frailes. Si allí me hallo más a gusto, es que aquella pobre gente se desvive por uno y le manifiesta gran respeto. Yo aprendí el árabe, aunque no como mi hermano en religión el Padre Lerchundi, lo bastante para entenderme. ¡Pues si viesen ustedes qué útil me fué! Para aquellos infelices es una recomendación el hábito. Nos llaman, en su idioma, santos y sabios... ¡Lo mismito que por aquí!

—Más claro no puede decir el Padre que le agradaría pasarse al moro —advirtió don Román.

—Moro, ya lo fuí —respondió con viveza el fraile—. Es decir —rectificó en seguida—, ya supondrán ustedes que no me hice mahometano, ni yo digo mahometano, esto es, sectario de Mahoma, sino moro, que significa hijo del África; mauritano.

—Bien entendemos que usted no renegó —exclamó mi futura tía con el acento de apacible y tierna broma que adoptaba siempre al dirigirse al Padre.

—No, hija, renegar no: por la misericordia divina no llegué a eso.

—Pues cuéntenos cómo fué moro.

—¡Anda! ¡Pues apenas tiene que contar! Es una historia muy larga... Si hasta anduvo en periódicos: la *Revista Popular*, de Barcelona, insertó sobre eso un artículo.

—¡Ay, cuente, por Dios!

No deseaba otra cosa el fraile, a juzgar por la complacencia con que se avino a narrar su historia. Echó mano al pañuelo que llevaba en la manga, y se limpió los labios del anisado que acababa de beber.

—Pues, verán ustedes... Era poco antes de la Restauración, cuando andaban aquí más desatadas las cosas políticas y la República traía revuelta a toda España. Yo estaba en Tánger, contento, porque, como les he dicho a ustedes, África me gusta muchísimo. Pero somos hijos de la obediencia, y cátate que me encuentro con la orden de tocar tabletas para España... nada menos que a Madrid. Y el caso es que no se podía venir con el hábito: ¡bonitos estaban los tiempos para hábitos, señores! Ea, Moreno —dije yo para mí—, ahora tocan a desenfrailar (por fuera) y convertirse en un caballerete... Ya saben ustedes que allí nos dejamos siempre la barba, lo cual ayuda mucho para la esencia del disfraz, porque una de las cosas en que más se conoce al eclesiástico vestido de seglar es en la rasuración. La corona la teníamos bastante descuidadilla: de modo que con abandonarla enteramente los días que precedieron al viaje e igualar el resto del pelo, estábamos corrientes. La vestimenta se encargó al mejor sastre. Y los accesorios... porque el traje de caballero tiene mil accesorios... de esos se ocuparon las señoras que yo trataba, y en especial las del Cónsul inglés. Estas damas me querían muchísimo, y eran personas que entendían los perfiles de la elegancia, y cómo se emperejila un señor. Ellas me prepararon calcetines, ¡de seda, bordados y todo!, corbatas, camisolas y hasta pañuelos marcados con mi cifra. Todo el pío era verme puestas las galas. «Padre Moreno, después de vestido vendrá usted a enseñarse... Padre Moreno, es preciso que nosotras le demos la última mano, si no irá hecho una visión... No nos quite usted ese gusto, Padre Moreno.» Yo me cuadré. «¿Soy algún mico para andar luciendo las habilidades? A otra puerta, lo que es del fraile no se han de reir. No me verán vestido. Si lo quieren así, bueno, y si no

perdemos las amistades.» Llega el día y me arreglo de pies a cabeza; no me faltaba ni el más pequeño detalle, incluso gemelos en los puños, que hasta eso me habían regalado. Me visto en el convento, y por calles excusadas salgo a tomar un barquichuelo que me lleva a bordo. ¿Pues creerán ustedes que así y todo aquellas buenas señoras consiguieron verme? Al saber que iba a zarpar el vapor, se plantaron en los balcones muy armadas de gemelos marinos, y como yo estaba tan descuidado sobre el puente, me contemplaron. Dicen que les parecía otro... ¡Claro! ¡pues si llevaba mi cazadora, y mis pantalones grises, y sombrero ladeado, y guantes!

Hubo una explosión de risa en el auditorio, al figurarse al Padre Moreno en semejante atavío.

—¿Y después? —preguntó la novia interesadísima.

—Desembarqué en Gibraltar... ¡menuda rabia que me dió ver flotando allí el banderín inglés! Volví a embarcarme con dirección a Málaga. No me ocurrió cosa de mayor importancia. De Málaga me fuí a Granada, y ¡zás! me encuentro un conocido, un juez a quien trataba yo allá en Canarias, y que se me queda mirando ¡claro está! sin dar crédito a sus ojos. Me fuí hacia él, y no tuvo más remedio que convencerse. Nos explicamos, me convidó al café, y quedamos citados para ver juntos la Alhambra en unión de algunos compañeros suyos de fonda. Encargué que no supiesen que yo era fraile. Lo prometió, y verán ustedes que aún hizo más de lo prometido. En efecto, cuando nos reunimos a la mañana siguiente, venía él acompañado de tres militares, dos médicos *in fieri* y un sacerdote; y al divisarme desde lejos, pónese a gritar fingiendo sorpresa: «¡Hola, Aben-Jusuf! ¿Usted por aquí?» «¡Yo mismo!» respondí comprendiendo el objeto de mi amigo. «Por Alá, que al salir de Tánger no esperaba tan buen encuentro.» Los compañeros ya alborotados le preguntaban al oído: «Pero, qué, ¿este caballero es moro?» Y él por no mentir contestó: «Bien lo conocerán en el nombre. Aben-Jusuf le he llamado.» «¿Y es amigo de usted?» «Sí, le conocí en Canarias.» «¡Hombre! convidarle a ver la Alhambra por ver qué dice.» «Corriente.» Acepté el convite, por supuesto: como que lo tenía aceptado desde la víspera. Mi amigo, acercándose a mí, me tendió la mano y me dijo: «Aben-Jusuf, yo le convidaría a venir con nosotros a la Alhambra; pero temo causarle impresiones dolorosas.» Respondí que, en efecto, había de ser triste para un hijo del desierto la vista de monumentos erigidos por sus antepasados y que ya no pueden habitar;

pero que por no desairar su compañía y la de aquellos señores, iría de buena gana...

—¿Y seguían teniéndole a usted por moro? —preguntó al señor de Aldao.

—¡Vaya! Por morísimo. Yo representaba mi papel con toda seriedad. A uno de los acompañantes le oí que decía: «Buen tipo de raza tiene este moro.» En cada puerta, en cada ajimez, en cada patio, me detenía como entristecido, pronunciando frases entrecortadas, gruñidos de pena: en fin, lo que imaginaba que un moro debía expresar allí. Una vez me eché mano a la barba...

—¡Ay, Padre Moreno! —exclamó mi futura tía—. ¡Quién me diera verle con barba!

—¡Naranjas! ¿Verdad que no me has visto? —exclamó el fraile moro soltando el hilo de la narración—. Aguárdate, mujer... Espera... —Y rebuscando en la joroba de su manga, sacó una cartera desflorada y pobre, y de ella una tarjeta fotográfica que en un momento recorrió toda la sociedad reunida en el segundo piso del árbol. Las mujeres lanzaban gritos de admiración, y Candidiña exclamó con maliciosa bobería: «¡Qué buen mozo era, Padre Moreno!» Cuando me llegó mi turno, no pude menos de convenir en que efectivamente resultaba buen mozo. La longitud del cabello y lo poblado de la barba acentuaban el carácter siempre franco y varonil de la figura del fraile, el cual, terminado el incidente del retrato, prosiguió:

—Pues yo me eché mano a esas barbazas que ven ustedes ahí, y con gran formalidad exclamé: «Si España continúa por el camino que ha emprendido desde hace algunos años, Alá volverá a conducir los caballos africanos a estas llanuras, que aún recuerdan en medio del desierto.» Y luego me volví hacia los presentes y les dije: «Perdonen, señores, a un hijo de África; estos conceptos se me han escapado sin yo poderlo remediar...» ¡Vería usted a aquellos hombres entusiasmados con mi salida! «No, no, que nos parece muy bien; ole los moros simpáticos...» El apuro fué cuando empezaron a hacerme preguntas sobre las que ellos creían mi religión y las costumbres de mi supuesto país. A uno se le ocurrió interrogarme: «si era cierto que la ley de Mahoma autoriza para casarse con muchas mujeres:» y entonces otro, oficial de caballería por más señas, saltó diciendo... «¡Ajo! eso es lo mejor que tiene la ley de Mahoma...»

Algazara general provocó esta parte del relato. Mi tío se apretaba la frente; el señor de Aldao la cintura; Serafín hipaba; Carmiña reía de muy

buen corazón y yo le hacía el dúo.

—Oigan ustedes —prosiguió el fraile cuando se hubo calmado la hilaridad—. Me puse serio, y les dije en un tono así... muy natural: «Señores, aunque nos llaman bárbaros y fanáticos, sabemos reconocer los defectos de nuestra legislación. He viajado mucho, he estudiado la constitución íntima de muchas sociedades, y puedo asegurar que nada me encanta tanto como una familia de un solo varón y una sola mujer, consagrados a amarse mutuamente y a protejer al fruto de sus amores. Ni el corazón del hombre, ni el reposo y tranquilidad de la familia, ni la dignidad de la mujer se realzan y consolidan con la poligamia.»

—¡Bravo, padre!

—¡De primera! ¿Y qué respondieron ellos?

—Se quedaron de una pieza. El Oficial me miraba, y abría una boca de a palmo. ¿Por dónde dirán ustedes que salió así que pudo recobrar su aplomo? Pues se encaró conmigo y me preguntó muy formal: «Y usted, Aben-Jusuf, ¿cuántas mujeres tiene?»

El auditorio rió de nuevo.

—¡Ay qué lance!

—¡Arre, ese se iba al bulto!

—¿Y usted qué contestó?

—A la verdad me quedé parado. Pero se me ocurrió una idea. «El señor (señalando a mi amigo) conoce mis gustos. Soy hombre que no quiere sacrificar su afición a los viajes y su independencia a la obligación de sostener una esposa y una familia. Quiero ser libre como el ave y por eso he formado, desde muy antiguo, la resolución de no casarme nunca.»

—¿Y se dieron por satisfechos? ¿No preguntaron más?

—De eso nada —respondió el fraile—. La conversación cesó de girar sobre mujeres. Se habló de política, y ahí tenía yo el camino más expedito aún. Los mediquillos y dos de los militares, que eran más liberales que Riego, empezaron a ponderar los beneficios de la revolución. Entonces les dije que ese concepto de libertad acaso lo entendía yo, moro, de distinta manera que ellos. «Dispénsenme, que al fin soy extranjero aquí, y explíquenme cómo es que habiendo tanta libertad para todo el mundo, me han asegurado que no consienten ustedes a unos hombres a quienes respetamos mucho por allá; una especie de santones cristianos que llevan túnica parduzca; los pies casi descalzos... y se llaman... se llaman...» Chilló el oficialito: «¡Frailes! Buenos peines están... Entre moros, que los dejen

entre moros...» Sin hacerle caso, continué: «Allá en Marruecos se les respeta, y contribuyen a infundirnos cariño a esta tierra española que consideramos nuestra segunda patria... Me admiro de que aquí (según refiere la historia de ustedes que he leído, porque soy amigo de leer) les hayan degollado bárbaramente... ¿Estoy equivocado o fué así? Esto no lo ejecutamos en Marruecos con gente inofensiva dedicada a rezar y hacer penitencia...» Ellos callados como difuntos. Uno dió al otro un codazo y le oí que decía: «¡Ves qué ilustrado es el morito!» «Nos ha jeringado.» —replicó el otro. Así dijo: jeringado.

—¿Y al fin en qué paró todo eso de la morería?

—¡Bah! Pueden ustedes suponer en lo que paró. Al regresar a Granada y meternos por las callejuelas tortuosas, cerca ya de mi posada, me volví hacia aquella gente, y dije con mucha seriedad: «Señores, lo de moro ha sido una broma. No soy sino un pobre fraile franciscano, que gracias a la libertad reinante ha tenido que disfrazarse de moro para venir a su país natal. En mi verdadero ser saludo a ustedes.» Dí media vuelta y me largué dejándolos aturdidos.

Salimos del cenador cuando ya casi anochecía. Iba la novia tan radiante de animación, comentando tan alegremente el relato del Padre, que cruzó por mi mente una sospecha respecto al Abencerraje con sayal. Procuré desecharla; pero se formuló así:

—Del padre no será, pero lo que es del futuro... tampoco, tampoco.

XII

Esta convicción se me impuso, y no sé si me fué dolorosa o grata. Sé que hizo en mí una especie de revolución interna, renovando aquel sentimiento de repugnancia invencible que me inspiraba mi tío, y reforzándolo con todo el desamor que creí notar en la novia. A la vez me preguntaba con rabiosa curiosidad: ¿Por qué se casa esta mujer?

Tres o cuatro días bastaron para convencerme de que sólo mi madre podía imaginar que en su casa trataban mal a Carmiña. Doña Andrea apenas componía papel, como no fuese el pasivo de un ama de llaves muy antigua, versada en los misterios domésticos, y bastante esclava de su trabajo. Creo que el único privilegio que disfrutaba doña Andrea en calidad de odalisca retirada, era el de sostener conversación más frecuente de lo debido con la bota del vino añejo del Borde o con la damajuana del aguardiente. Por lo demás, hablaba cariñosamente a la señorita de Aldao, y ella, a su vez, mostraba confianza e indulgencia a la criada antigua. Doña Andrea no se salía jamás de su esfera propia, el gobierno interior de la casa, ni aparecía en el salón, ni manifestaba otras pretensiones más que las compatibles con su oficio. Allí la única persona fuera de su lugar me pareció Candidiña. Ni era señorita que pudiese alternar con la hija de D. Román Aldao, ni fregatriz que viviese entre los pucheros: algo tenía de lo uno y de lo otro, y no se explicaba bien su presencia y su ambigua personalidad admitida en la sala y excluída de la mesa. Su hermanita pequeña ocupaba situación distinta, del todo humilde, sin que la diferencia se justificase.

Era evidente que la novia de mi tío no llevaba vida de Cenicienta, ni al contraer matrimonio obedecía al deseo de emanciparse, de reinar en su casa, que impulsa a tantas solteras a acoger bien al primero que las dice algo de amores. ¿Pues entonces a qué? Probablemente sería a la desahogada posición, al porvenir indiscutible de mi tío. No podía menos. Se casaba aquella muchacha, si no precisamente por cálculo, al menos porque no es razonable desdeñar una ventajosa situación. Aunque el modo de proceder de la señorita de Aldao no se pasaba de sublime, tampoco era lícito censurarlo.

Por otra parte, y creyendo adivinar el verdadero móvil de los actos de mi futura tía, yo notaba en ella, al observarla diariamente, en la intimidad del

próximo parentesco, la similitud de edades y la vida del campo, algo que contrastaba con los fines razonables y prácticos que le atribuía. Carmiña tenía ráfagas de vehemencia y rasgos de sentimiento que delataban su natural apasionado. A ratos brillaban sus ojos, palpitaban las ventanas de su nariz, y una firmeza singular destellaba en aquel rostro soñador de ascéticas líneas. A mí se me figuraba que debajo de la superficie debía de haber fuego, y mucho fuego, oculto.

Como no soy novelista, no he menester preparar hábilmente las transiciones; y como tampoco soy hipócrita, he de consignar algo que no sé si ha declarado algún observador o moralista. Y es que casi siempre la primer mirada de un hombre a una mujer —hombre en mis circunstancias, mozo y en disponibilidad amorosa— es mirada de curiosidad amorosa también: mirada que dice: «¿Me querría esta mujer a mí? ¿Cómo sería si me quisiese?» Esto no es un alarde de cinismo, ni hacer a la humanidad peor de lo que Dios la hizo: es indicar solamente que el instinto sexual, como todos los instintos, no descansa, aunque lo reprima la razón. Si profesase a mi tío cariño y respeto, hubiese acallado sin pérdida de tiempo la voz confusa del instinto. Pero sucedía lo contrario: mi tío me irritaba, me sublevaba el alma secretamente; y al creer advertir en su novia gérmenes de sentimiento análogo, me sentía atraído hacia ella, por una fraternidad psíquica que iba derecha hacia el enamoramiento.

Sin que hubiese en mí un minuto de duda, sin que la cosa me sorprendiese lo más mínimo ni yo vacilase cinco minutos en confesármelo a mí propio (confesión siempre más fácil que la auricular), deseé y me propuse insinuarme suavemente con Carmiña. La tentación se apoderó de mí con tanta mayor facilidad, cuanto que no habiéndose realizado todavía el matrimonio, ni aun se libró en mi alma el breve combate interior, entre el deseo y las conveniencias.

Para decir la estricta verdad, lo que yo me propuse no fué seducir a la futura ni desbancar al futuro. Sobre que el verbo *seducir* indica una fatuidad que no padezco, no soy capaz de combinar en frío lo que Luis Portal llamaba drama de familia. Lo único a que aspiré fué a averiguar si eran ciertos mis barruntos, si la novia detestaba al novio, y si a mí podía verme con tierna indulgencia. De buena fe creí que, conseguido esto, se calmaría mi inquietud.

La vida en el Tejo se prestaba a estrechar intimidades. De vuelta del baño tomábamos el desayuno dónde y cómo quería cada cual; libertad

sumamente propicia a encontrar a la novia en grato aislamiento, por el huerto o por el jardín. Costábame mucho trabajo, para lograr este propósito, desembarazarme del monaguillo, que me había cobrado afición y se me agarraba como una lapa. Quedábase él tumbado leyendo periódicos, o jugando a las damas con don Román, o cogiendo cerezas y fresas con Candidiña, y yo me escurría en busca de Carmen. Generalmente la sorprendía al salir de la capilla, donde había oído la misa del Padre Moreno. Al hacerme el encontradizo, la ofrecía flores y la daba palique. Hablábamos lo que se puede hablar con una muchacha soltera: de si Pontevedra es un pueblo animado, de las fiestas de la Peregrina, de los bailes del Casino, del paseo, de los amoríos y noviazgos de las amigas, con otras insulseces semejantes. Tuve ocasión para piropearla disimuladamente, ya elogiando lo bien que la sentaba su traje o lo bonito de su pelo, ya convidándola a que se apoyase mejor en mi brazo para andar, alegando que no podía fatigarme tan grata pesadumbre. A estas insinuaciones mi tía no opuso jamás la *cara feroce* de la virtud. Acogía los requiebros con graciosa sonrisa de malicia, como si dijese: «Bueno, quedamos enterados: es muy amable mi futuro sobrino.» A los ofrecimientos respondía apoyándose en efecto, sin recelo alguno, con una cordialidad decorosa. Ante el airecillo melancólico que adopté un día por variar de registro, dió ella en suponerme enfermo y cuidarme con atención, ofreciéndome toda clase de remedios físicos, cuando yo afectaba solicitar uno moral. En realidad, no encontraba brecha abierta por donde atacar aquel corazoncito.

Analicé su actitud con mi tío. Mientras conmigo, hecho ya el conocimiento, se manifestaba alegre y cordial, al novio le demostraba, al par que sumisión y solicitud complaciente, formalidad y corrección excesivas, que podían tomarse por encogimiento o púdica modestia, pero que a mí, vistas a la luz siniestra que alumbraba mi alma, me parecieron síntomas de frialdad absoluta.

Cuando creí hacer este descubrimiento, percibí un impulso de simpatía hacia la casta novia. Si en efecto sentía por su futuro el mismo desvío que yo, ¿cuál lazo más fuerte podía atarnos? «La repugna. Acaso ella misma no se da cuenta, pero la repugna. Esto prueba su buen gusto, su delicadeza de epidermis. Ya decía yo...» Después, la eterna pregunta: «¿Y entonces, por qué se casa con él? ¿Por qué se casa?»

Mientras me proponía este enigma, continuaba mi respetuoso asedio. Parecíame que lo único indispensable para lograr mis propósitos era el

tiempo: se acercaba el día de la boda, y era evidente que aspirando a merecer, no ya la ternura, sino solamente la amistad entera de aquella señorita, necesitaba frecuente y asiduo trato, en que cada hora diese su fruto, poco a poco, como se entreabren, al impregnarse de agua el tallo, las arrugadas y plegadas hojas de una rosa de Jericó. «Naturalmente,» discurría yo al verla tan amable, pero tan reservada en cuanto toca a los asuntos del corazón, «esta mujer no va a entregarme de buenas a primeras la llave del tesoro. No es fácil que yo sepa de su boca las razones que tiene para aceptar al tío.»

Entretanto, la obsequiaba, me tomaba libertades corteses, procurando ganar algunas pulgadas de terreno. La primer broma fué llamarla *tiita*. Al principio no le cayó en gracia, pero luego se resolvió a tratarme, chanceándose también, de *sobrino*. Así que oí de sus labios un nombre que ya suponía cierta familiaridad, pedí permiso para llamarla *titi Carmen*. Estos dos nombres, el primero tierno e infantil y más aún el segundo con su fragancia de juventud y belleza me parecieron encantadores, y desde aquel momento los vinculé en la señorita de Aldao, a quien no volví a llamar de otra manera.

Hubo un momento en que imaginé que titi Carmen había entrado ya en ese período en que deliberada o indeliberadamente reflejamos algo del ajeno sentir, y por contagio experimentamos el mal que a nuestro lado se padece. Fué una tarde en que mi tío no estaba en San Andrés, sino en Pontevedra, manejando y tocando aquel teclado de la política al menudeo que tan perfectamente afirmaba conocer. Para distraernos, don Román dispuso que saliésemos a pescar *panchos* en las aguas tranquilas de la ría. Esta pesca se hace en días serenos, dejando ir la embarcación muy despacio, y echando anzuelos cebados con carnada de *miñocas* o lombrices de tierra. Es en realidad un paseo por mar, a la hora más dulce que se puede disfrutar en el campo. Nosotros ocupábamos una lancha. Titi, sentada a mi lado, me embromaba porque en mi *liña* no se sentía jamás el nervioso tironcillo del pez, mientras la suya no cesaba de atirantarse y traer a la superficie pesca menuda. Propúsele cambiar de liña, y aceptó el cambio, pero los peces no se dejaron engañar y siguieron desairándome. Aprovechándome de que Candidiña se peleaba con Serafín, y el Padre Moreno, cuya perspicacia me infundía temor, pescando se divertía y gozaba como un chiquillo, me atreví a decir a la titi no sé qué boberías y expresivos rendimientos. Ella respondió sonriendo y mirándome fijamente, con mirada

que yo no sabré explicar sino diciendo que parecía hecha de una mezcla de luz y angelical travesura. Si aquello era burla, sería burla adobada con miel, adornada de rosas y sazonada con la dulce sal de la cariñosa risa. De repente, me pareció que los ojos de gloria se velaban con profunda tristeza; que de aquel pecho salía un suspiro... suspiro hondo, el cual no expresaba ni podía expresar más que esto: «Muy bien, futuro sobrino, pero yo por desgracia ya estoy ligada al antipático de tu tío y resulta que no podemos entendernos. Déjate de niñadas, o tendré que decirte *tarde piache*.»

Puso fin a la pesca el venir la noche. Regresamos al Tejo a pie, por el camino ya conocido. Hacía luna, esa luna que vista en el campo parece más argentina, más triste, mayor que cuando alumbra las ciudades. Titi iba delante, apoyándose en Candidiña, y algunas veces se volvía para hablar con el Padre Moreno o conmigo. Para acortar, atravesamos por sembrados, y hasta nos metimos en una era, arrostrando la furia de un mastín que quería probar el sabor de nuestra carne.

Al llegar al Tejo, y entrar en la sala donde alrededor de la gran lámpara giraban multitud de mariposillas y falenas, que entraban por las ventanas abiertas de par en par, titi lanzó una exclamación: «¡Ay! ¡Al pasar la era me he llenado de *amores*!» Comprendí perfectamente el sentido de la frase: era que se habían pegado a sus faldas esas florecillas, o por mejor decir, plantas erizadas de ganchos que se adhieren que no hay modo de desprenderlas. Al punto me arrodillé y empecé a quitar amores por aquí, amores por allí. Los condenados se agarraban al paño de mis ropas; sin variar de postura, alcé los ojos hacia la novia murmurando: «Se me pegan». Mi actitud debió de expresar mucho. Hay movimientos que delatan la pasión.

De allí a poco cruzó la ventana un bicho negro, un murciélago alevoso. Volando con el aleteo torpe y fatídico propio de tales avechuchos, giró varias veces por la sala, apareciéndose en los rincones, donde menos contábamos con él, y batiéndose contra las paredes o cayendo, cuando más descuidados estábamos, sobre nuestras cabezas. Risa va y grito viene, nos armamos todos de lo primero que encontramos: pañuelos, cubiertas de las sillas... y dimos caza al feo monstruo. Serafín fué el primero que le puso la mano encima. A pesar de los agrios chillidos que exhalaba al verse preso, el monago le sujetó, pidió dos alfileres y extendiéndole de punta a punta las alas membranosas, lo clavó contra la madera de una ventana. Después le introdujo en el hocico un cigarro hecho de un rollo o flecha de papel, encendiéndolo con un fósforo; y mientras el animal se estremecía

agonizante y convulso, su verdugo le hacía mil visajes. Era una escena grotesca, para desternillarse de risa, y yo me entretenía en saborearla, cuando oí a la novia preguntar impaciente:

—¡Cándida! ¿Dónde está Cándida?

La muchacha no parecía. Entonces Carmen, asomándose a la ventana, exclamó:

—¡Papá, papá! Sube... Ven a ver el murciélago que hemos cazado...

Desde el jardín contestó «voy» la voz de D. Román Aldao, y el vejete entró en la sala echando chispas por los ojos, animadísimo. El suplicio del murciélago le hizo mucha gracia. Pero la novia intercedió por la víctima.

—¡Serafín, deja al pobre animal. Matarlo, bueno; pero atormentarlo no... No seas judío!

XIII

Después de la pesca, todas las tardes vino mi tío a hacer la corte a su futura, y se desvanecieron aquellas vislumbres, acaso imaginarias, de inteligencia entre ella y yo. La boda se acercaba, y notábase en la casa la fermentación que precede a los grandes acontecimientos domésticos. Una mañana fué mi tío al Naranjal con el fin de conseguir que Sotopeña honrase con su presencia la ceremonia; pero el Santo andaba molestado de unos cólicos biliosos, y cabalmente se preparaba a salir para las aguas de Mondariz, sin que la multiplicidad de sus asuntos e importantes ocupaciones le permitiese diferir o modificar sus planes ni veinticuatro horas. Fué esta negativa un parchazo para mi tío, cuya influencia en la provincia crecería al recibir pública muestra de amistad del tutelar de la región, del hombre que alcanzaba popularidad hasta entre sus conterráneos de las Antillas y la América del Sur. El señor de Aldao, en cambio, se tranquilizó cuando supo que no les visitaría D. Vicente. ¿Qué opinión formaría el dueño del Naranjal acerca de las mejoras y ornato del Tejo? El instinto de conservación de la vanidad (que lo tiene, y muy grande) le dictaba a D. Román el recelo de que Sotopeña pudiese reirse, allá en su interior, de las bolitas tornasoladas donde se reflejaba el paisaje, de los bustos de yeso, de los cristales de colorines de la capilla, del gran escudo de boj que dibujaba las armas de los Aldaos, del invernáculo hecho con vidrieras, y, por último, de todo pormenor y requisito de la boda y convite.

A medida que se acercaba el día solemne, y llegaban regalitos de amigos y parientes, y el novio usaba y abusaba de su privilegio de dar conversación a Carmen, yo me encontraba más separado de ella por barreras inaccesibles.

En cambio advertía ya claramente la frialdad glacial de la tití hacia su futuro. Lo que es en esto sí que no podía equivocarme, como se equivocaría otra persona menos interesada en la observación. Dos o tres veces percibí movimientos de desvío, gestos de impaciencia nerviosa, en momentos en que el rostro de la mujer, sentada cerca del que quiere, se ilumina de alegría. Noté también que la novia no revelaba mayor complacencia y ternura al hablar con su padre o con su hermano. Era respetuosa, cordial, afable; pero nada más: faltaba la efusión. Y esta efusión, imposible de ocultar, porque la

delatan los ojos con su luz y la voz con sus inflexiones, la mostraba tití al hablar con el Padre Moreno: en vista de lo cual hice desvergonzados soliloquios. «El frailecito no me engaña a mí. Con esos ojos tan negros, ese aire tan resuelto, ese carácter tan explícito y esos retratos barbudos... ¡Ay, ay! El tal Aben-Jusuf...»

Confirmé estas sospechas al cerciorarme que entre el Padre moro y mi tití se cruzaban alguna vez ojeadas significativas, ya rápidas, ya largas y llenas de sentido. Diríase que el fraile y la novia trataban de ponerse de acuerdo, con algún grave propósito. Una vez, en la huerta, oí que cambiaban ciertas palabras quedito. «¿Se verán de noche?» me atreví a pensar. Estudiando la distribución de la casa, comprendí que era imposible. Al padre Moreno le habían dado la mejor habitación, exceptuando la destinada a los novios; este dormitorio del Padre comunicaba con el del señor de Aldao, de manera que no podía el fraile rebullirse sin que D. Román lo sintiese. Al lado de mi tití dormían Candidiña y su hermana; ¿cómo intentar escapatoria nocturna que no fuese sabida? Por este lado tampoco encontró mi bárbara malicia terreno firme. Y sin embargo, no podía quedarme duda de que *se entendían* el fraile y la señorita de Aldao, y andaban a caza de una ocasión de reunirse clandestinamente. Me dí cuenta en distintas ocasiones de estos proyectos de cita: ví a los culpables, que después de haber tomado el café intentaban escurrirse al jardín; noté que por la mañana, a la hora del chocolate, procuraban secretear en algún rincón de la galería. Siempre interrumpían su coloquio, o intervenciones mías, o jugarretas y travesuras de Candidiña, o majaderías de Serafín, o faranduladas obsequiosas de don Román. Era visible la contrariedad en el rostro de la muchacha. El Padre disimulaba mejor.

Reflexionando en lo que haría yo en el caso de ellos, vine a comprender que sólo les quedaba una hora hábil para verse de ocultis: la madrugada. Con un madrugón resolvían el problema. En efecto, cuando el Padre decía su misa tempranito, la mayor parte de los habitantes de la quinta se quedaban repantigados en la cama. En espera de que a mis dos reos se les ocurriese este ardid, empecé a darme los grandes madrugones. Me acostaba a las nueve, no sin luchar a brazo partido con el aprendiz de clérigo empeñado en charlar hasta las altas horas. Aún no clareaba la luz del día cuando dejaba yo las ociosas plumas; y mal despabilado me lanzaba al huerto, que a decir verdad estaba delicioso de frescura, regado por el rocío nocturno, lleno del estremecimiento misterioso del follaje al despertarlo la

aurora, y embalsamado por los ligeros olores venidos del jardín de daturas, resedas y heliotropos. El ruidito de la fuente era más que nunca melodioso, dulce y alternativo, como si cayese del cielo en un tazón de cristal. Todos estos encantos me predisponían a soñar y hasta me hacían olvidarme de mi acecho. A la segunda mañana que lo practiqué, ya era para mí secundario, y madrugaba por gusto, temiendo que no conseguiría averiguar nada y que mis hábiles emboscadas no me producirían sino el recreo de ver el huerto tan deleitable. No obstante, continué madrugando, y la cuarta mañana, al respirar con delicia la primer bocanada de aire puro, se me ocurrió cuán bonito sería subir al *Teixo* y presenciar desde allí la salida del sol en el mar. Dicho y hecho. Trepé por la escalera, pasé del salón de baile, ascendí hasta el cenador, y de allí a Vistabella.

Me detuve sorprendido ante el panorama que se desarrollaba a mis pies. Delante de mí, muy cercana, la gentil ladera donde se asienta San Andrés de Louza; bosquetes de castaños, maizales, praderías, algunos molinos salpicados por las vueltas del riachuelo, a manera de broches de perlas en un collar de brillantes, que el sol no hacía resplandecer aún. Apenas asomaba, como reflejo delator de una vasta hoguera, sobre la parte del horizonte en que se confundían mar y cielo y se dibujaba la mancha negruzca de las Casitérides. Era una luz difusa, semejante a la primer mirada incierta de unas hermosas pupilas que se entreabren. La niebla la velaba todavía. Cuando los primeros rayos del globo rojo empezaron a encender el mar prodigiosamente sereno, sacudida misteriosa estremeció la superficie de las olas, que se tiñeron de opulentos colores, como si la mano de algún mago esparciese en ellas oro, zafiro y derretido carmín. Al mismo tiempo el paisaje se animaba, espejeaban ya las aguas del riachuelo, y las playas de San Andrés y Portomouro surgían blancas y pulcras, como lavadas por el oleaje, con el plateado tono de sus arenas finísimas y el festón verde de sus algas. Las matas de grandes áloes en flor lucían, sobre la pureza del cielo, sus penachos amarillos. El rojo de los tejados podía compararse a pulido coral. De repente, como ave que sacude sus alas para ensayar el vuelo, la vela latina de una lancha sardinera brotó del infinito azul de la ría, al pie de San Andrés, y tras ella fueron saliendo otras muchas, apiñadas como bando de palomas. Me quedé embelesado.

No sé qué aviso interior hizo variar la dirección de mis miradas, convirtiéndola hacia el huerto y la quinta, muda y cerrada a tal hora. El escudo de armas de recortados bojes, las canastillas y arriates de rosas,

pensamientos y petunias, el bosquecillo de frutales, el pilón, parecían, desde Vistabella, dibujos de un jardín geométrico, trazado sobre el fondo de un tapiz. Los cristales de la silenciosa casa rebrillaban. De improviso...

Un suceso muy previsto por la imaginación y que racionalmente nos parece inverosímil, causa viva emoción, aunque en el fondo no pueda importarnos. A mí el corazón se me apretó y se me enfriaron las manos cuando ví salir por dos puertas diferentes de la casa y casi a un tiempo al Padre Moreno y a la tití. Indudablemente competían en exactitud; habían convenido en una hora fija, y ni la saboneta de Carmiña ni el cronómetro cebolla del Padre, regalado por la señora del Cónsul inglés, discrepaban un minuto.

La señorita y el fraile, al verse, se acercaron aprisa, como personas que desde hace tiempo aspiran a encontrarse a solas y tienen algo muy importante que decirse; mi tití se inclinó, besando la manga del Padre. Luego parecieron discutir un momento acaloradamente, serios y animados; y de repente el Padre extendió el brazo y señaló al Tejo.

Yo sabía que no podían verme. Por instinto de prudencia me había agazapado detrás del ramaje. Así es que comprendí el significado de aquella mímica. «En el Tejo es donde estaremos mejor y podremos charlar tranquilos.» Hacerme cargo de esto y tener súbita inspiración fué todo uno. Lo quería, lo necesitaba; ansiaba oir aquella conversación criminal o inocente, pero de seguro interesantísima para mí. Adiviné que lo primero que harían, antes de hablar sin recelo, sería registrar el árbol, aunque a tales horas no podían suponer razonablemente que estuviese habitado. En consecuencia, miré alrededor buscando un escondrijo. El ramaje del Tejo era, a más de tupido, sólido, cerrado y adecuado para recatar a una persona; pero hacia la copa se clareaba. No ví medio de ocultarme sino bajando de nivel, es decir, poniéndome al del cenador. Donde quiera que el Padre y la señorita se colocasen a aquella altura yo podía oirlos y verlos. Bajé, pues, y salvando la barandilla y perdiéndome entre las sombrías ramas, cabalgué en la más fuerte y resistente. Crujieron muchas, rompiéronse dos o tres pequeñas, gimió la espesura, y algunos pajarillos salieron azorados y revoloteando para huir de mi supuesta agresión. Por fortuna el fraile y la novia pasaban entonces bajo las calles cubiertas del espaller, y ni era posible que mirasen hacia el Tejo, ni que viesen aunque mirasen. De otro modo, notarían el oleaje de las ramas, comparable al de un estanque cuando cae en él la cáscara de nuez de un botecillo. Aún susurraban y se

estremecían, cuando sentí por la escalera el taconeo de tití y las reverendas pisadas del Padre Moreno.

Sentáronse muy cerca el uno del otro. Se habían colocado tan bien en lo alto del mirador, que les veía de frente, aunque un poco de abajo arriba; y el estar ellos en plena luz y yo en relativa oscuridad, me permitía sorprender mejor la expresión de sus caras. Oía hasta el sobrealiento de la subida en el pecho de Carmen Aldao, y el crujido del asiento de madera al caer en él todo el peso del Padre. Él fué quien habló primero, celebrando la acertada elección de sitio y el acuerdo de refugiarse donde era imposible que nadie sorprendiese su diálogo confidencial.

—Verdad —afirmó la señorita satisfecha—. También a mí me parecía que aquí o en ninguna parte podríamos hablar con libertad completa. En la huerta se descolgarían Serafín o Salustio, se nos pegarían, y ya imposible. Aunque les dé la manía de madrugar, es bien seguro que al Tejo no se les ocurre venir. ¿Y ha visto usted qué pesados son?

XIV

—Particularmente tu futuro sobrino —respondió el Padre—. No sé qué tripa se le ha roto a ese caballero, que hasta parece que nos espía. A veces me entran ganas de mandarle al caramelo doble. Porque si no nos atisbasen él y todo bicho viviente, maldita la necesidad que teníamos de estos tapujos, que no me agradan, hija, no me agradan; porque pueden dar lugar a interpretaciones maliciosas, y no basta ser bueno; hay que parecerlo también.

—Es cierto; pero yo, si no desahogaba con usted, creo que me moría. En el confesionario no se pueden explicar bien ciertas cosas.

—Corriente; esperemos que Dios nos saque con bien de este fregado... Chiquilla, abre el corazón y dí lo que quieras; aquí está el padre Moreno para oirte y aconsejarte, no ya como confesor, sino como amigo. Lo soy muy de veras... y me conoces, y basta de exordio.

—Pues padre, yo tampoco tengo más amigo que usted: mi mala sombra es tal, que ni con mi padre ni con mi hermano es posible que consulte, porque no hay unión de las almas... El asunto de mi consulta creo que ya usted se lo sospecha.

El padre se cogió la barbilla con la diestra, reflexionando.

—Según me dijiste te casas por evitar mayores males... Se me figura que he comprendido...

—No, padre, no es eso... Mire usted: los males que aquí sobrevengan, no puedo evitarlos ya: he puesto de mi parte cuanto he podido; me he convertido en guardia civil, en policía, en esbirro, en todo lo que una puede convertirse... papel bien desairado a veces... pero estoy convencida de que a la mujer que no quiere guardarse, nadie la guarda, y que los caprichos de los señores mayores son más difíciles de combatir que los de los niños. Mi...

La tití vaciló un poco.

—Mi papá —dijo al fin con resolución— está como en sus quince. Ciego por la tal muchacha, ciego siguiéndola, aguantándole las burlas y cayéndosele la baba si ella le hace un gesto tonto. A mí esto bien sabe Dios que no me importaría, si... al fin y al cabo...

—Tú querrías que se casase...

—Naturalmente. Que no condene su alma el que me dió la vida... y a todo lo demás me resigno. Ya sabe usted la campaña que sostuve en favor de doña Andrea. Mientras ella y mi padre vivieron... así... yo aspiré únicamente a que se casasen. Tendría por madrastra a la doncella de mi madre; pero papá viviría en gracia de Dios. Doña Andrea es una infeliz, créame usted, de pasta excelente; no me ha dado nunca lo que se llama una desazón; me ha cuidado con un cariño que no lo puedo pintar; sólo que no tiene... ¿cómo diré?

—Sentido moral.

—Eso. Es buena de suyo; pero no distingue lo malo de lo bueno.

—A eso llamo yo —dijo el padre— ser idiota de la conciencia.

—Justo. Pues así que comprendió que estaba vieja y hecha una calamidad, le pareció lo más natural del mundo traer a casa a esa chica, con propósito sin duda de recobrar la influencia que ejercía sobre mi padre, o de que un individuo de la familia heredase puesto tan honorífico.

—Chiquilla, como vas a casarte... es mejor hablar claro para que nos entendamos. Antes, tu padre vivía maritalmente con doña Andrea, y ahora... ya no.

—Cabal. Ahora no.

—Pues entonces... no importa mucho que se case o no se case con ella tu papá. Si cesó el pecado... Verdad que como vive en la misma casa, el escándalo continúa.

—No señor. Digo, se me figura. Doña Andrea está tan horrible, que no escandaliza a nadie—. Advirtió con sonrisa graciosa y un tanto maliciosa la tití.

—Mejor, mejor... por más que, hija, la gente para escandalizarse no mira si las caras son bonitas o feas.

—Padre, por desgracia, aquí hay o habrá muy pronto otra piedra de escándalo. No crea usted que se le pasa por alto a la gente nada... Ni tanto así. Se me sube a la cara la vergüenza, cuando noto que alguien repara en ciertas cosas...

—Tú no tienes de qué avergonzarte, hija. Las vergüenzas, para ti no se han hecho —murmuró el fraile con acento tan halagüeño y cariñoso, que mi tía se ruborizó un poco, creo que de placer.

—No lo puedo remediar —balbució—. Es tan sagrado un padre, que usted no sabe cuánto se sufre al comprender que no podemos respetarle

como corresponde y como manda Dios. Yo por fuera no le he perdido el respeto a papá; pero interiormente... No, no es posible vivir de esta manera: hay momentos en que imagino volverme loca.

—¡Tururú! —exclamó festivamente el fraile—. ¡Loca nada menos! Te lo he dicho; esa cabeza tuya es un volcán. Ea, sigue. ¿De modo que Candidiña...?

—Sí, señor. Anda tras ella lo mismo que un cadete. Yo no sé a qué santo encomendarme. Estos días, por la gente y los huéspedes, se domina; pero cuando estábamos solos, era un desbordamiento. No doy detalles; hasta feo me parece: bástele saber que un día ví tal escena que a la noche me eché de rodillas a los pies de papá, rogándole por Dios y por la Virgen que o se casase de una vez con la chiquilla o la enviase fuera a servir.

—Y la chiquilla, ¿le da cuerda?

—Sí, señor. Cuerda sí: pero al mismo tiempo... en las cosas graves... se defiende, se defiende, y me lo deja chasqueado. En fin... yo no estoy obligada a mirar por ella. Bien la he persuadido, bien la he regañado, bien la he aconsejado; la tengo en mi propia habitación: su madre no hiciera más. Lo que me horroriza es que mi padre... Y créame usted: no sabe por dónde anda. Se ha vuelto loco, loco de remate. Perdido por la chica. En eso me fundaba yo para rogarle que se casara; pero me sale con el mundo... y la gente... y su categoría... ¡Ah, Padre, yo no puedo resistir más! No puedo.

—¡Válgame Dios! —suspiró el fraile—. Qué ceguera... y permíteme la frase, ¡qué estupidez! ¡caramelo! ¡A su edad! ¡A su edad!

—Figúrese usted que ha llegado al extremo de decirme: «No me caso porque es un desatino; pero si Cándida sale por una puerta saldrás tú por otra...» Y con un tono y un aire, que... Más lágrimas lloré entonces que si mi padre se hubiese muerto. ¡Si se hubiese muerto en gracia! ¡Ojalá! ¡Mil veces verle de cuerpo presente y no así, enlodando sus canas!

Al decir esto la señorita de Aldao me pareció hermosísima. Sus ojos centelleaban y el entusiasmo y la indignación hacían palpitar las alas de su nariz. Su seno se alzaba y deprimía a intervalos. El fraile la miraba consternado.

—¡Tienes razón que te sobra! —exclamó al fin—. ¡Cuánto mejor sería morirse que encenagarse en asquerosos pecados! Morir es la ley natural: todos hemos de pagar ese tributo... pero chiquilla, al menos no paguemos otro al demonio, para que se ría de las indecencias con que nos engaña... ¡Qué poca cosa es el hombre, hija, y por qué cochinadas se pierde! El

pecado de Luzbel era la soberbia: mal pecado es, pero siquiera no es sucio y nauseabundo... ¡eff! y el fraile hizo el movimiento del que retrocede viendo un bicho asqueroso.

—Por desgracia —añadió la señorita, tratando de serenarse—, aquí hay de todo, y la soberbia toma mucha parte en el asunto. Si no fuese por la soberbia, papá se casaría con esa chiquilla que le sorbe el seso, la gente se reiría un poco, es decir, mucho... pero no habría delito ni vergüenza: no vería yo a mi alrededor lo que tan amargos ratos me ha costado... y además... no tendría...

Aquí titubeó, decidiéndose al fin.

—No tendría necesidad de casarme yo.

La revelación entrañaba tal gravedad, que el fraile se quedó suspenso, moviendo la cabeza y apretando los labios, como el que dice para sí: «Malo, malísimo».

—De modo que tú... Sin empacho, Carmiña, que aquí en cierto modo estamos en el confesonario. Tú no te casas gustosa.

—Sí, señor; me caso gustosa porque lo he resuelto, y cuando yo resuelvo las cosas... Formé la resolución el día en que mi padre me dijo que si Candidiña salía, saldría yo también. Todo, menos oir y ver lo que tengo oído y visto. No puedo protestar de otra manera: el respeto filial me ata las manos, y hasta la lengua. Pero la sanción de mi presencia... ¡eso no!

—¿Y tu hermano? —preguntó vivamente el fraile.

—Mi hermano... Mi hermano tiene cada año un hijo... Necesita dinero... mi padre se lo da... Ese cierra los ojos a todo... y hasta me ha regañado muchas veces porque doy a papá ciertos consejos. Me llama necia porque busco madrastra. Alguna vez pensé recogerme a casa de mi hermano; pero su mujer no me quiere allí, ni él tampoco... No he de meterme donde no tienen gana de mí.

El Padre se quedó un rato mudo, con el entrecejo fruncido y las manos ocupadas en dar tormento a los nudos del cordón. Su fisonomía revelaba la mayor ansiedad, y tosió y respiró fuerte, antes de resolverse a tomar la palabra, como si lo que iba a decir fuese sumamente importante y decisivo.

—Pues chiquilla... —pronunció al fin—, mi consejo aquí no puede ser otro sino el que te daría cualquier persona de mediano criterio. El casarse no es broma, ni se hace para un día. No, hija: es el paso más decisivo de la vida entera de una mujer honrada, como eres tú; por la misericordia de Dios. La verdad, ¿ese hombre... te repugna?

—Repugnarme...

Hubo otro momento de silencio, bastante largo. Yo contenía hasta la respiración. Las asperezas de las ramas del Tejo se me incrustaban en las carnes y la mano con que me agarraba al árbol empezaba a dormirse.

Al fin se oyó nuevamente la voz alterada de la novia.

—Repugnarme... No sé. Lo que sé es que no siento por él ni cariño, ni nada de ese entusiasmo... No se asuste, Padre; yo no digo entusiasmo... amoroso. A ver si me explico o si hablo tonterías. Yo quisiera, al casarme, considerar al marido que he de recibir delante de Dios, como a una persona digna de la estimación de todo el mundo... Padre, ¿usted cree que don Felipe es... así?

—Hija, con el corazón en la mano... No he oído contar de él ningún crimen; pero tiene una fama mediana en lo tocante a manejos políticos... y goza de pocas simpatías... Ya que preguntas... te lo he de decir.

—Lo de las pocas simpatías —advirtió con rara sagacidad la novia— no será por lo de los manejos políticos, porque, Padre, en eso el que menos y el que más... A mí se me figura que es por otra cosa... ¿Ha reparado usted la cara de Felipe?

—Sí, la he reparado... Es... ¡Caramelo, qué apuro!

—Es *de judío* —afirmó terminantemente la novia—. Le parecerá a usted extraño que lo diga... No me atrevo a decirlo sino a usted. Es de judío; sí; clavada. Por eso, al preguntarme usted si me repugna... me he quedado indecisa. Esa cara... me ha costado bastante trabajo acostumbrarme a ella. Ni le llamo feo ni bonito: ni eso me importaría gran cosa, si no fuese...

Oía yo con toda mi alma, cuando, por una circunstancia ajena a la conversación, se apoderó de mí verdadera angustia. Es el caso que creí sentir que la rama en que a horcajadas me sostenía empezaba a crujir con lentitud, como avisándome de que no estaba hecha a soportar aves de mi tamaño. No obstante, seguí atendiendo.

—Pues, mujer —decidió el Padre—, con esa antipatía o repulsa, porque en realidad me parece que lo es, no debieras casarte; no. Al menos, consulta tus fuerzas... Medita bien lo que es el estado de casada. Considera que el marido que tomes, agrádete o no, es el compañero de toda tu vida, el único hombre a quien te es lícito querer, el que va a ser contigo en una carne; así, así dice la Iglesia: en una carne. Él será el padre de tus hijos, y le debes, no sólo fidelidad, sino amor... ¿entiendes?: te lo voy a repetir: ¡amoor! Chiquilla... reflexiona, ahora que todavía estás a tiempo. No te apures: ya sé

que sería un alboroto deshacer el casamiento; pero mientras no exista indisoluble lazo... ¡pch! son cosas que dan pábulo a las lenguas de los necios un par de días, y luego se las lleva el aire. Lo otro, hija... la muerte, sólo la muerte de uno de los consortes lo remedia. ¿Tú te haces cargo de lo que significa el sacramento del matrimonio? ¿Sabes lo que es un esposo para la mujer cristiana? Quiero que te fijes bien. No digas luego que tu amigo Moreno no te avisó.

Al llegar aquí un sudor frío, sudor de congoja, empezó a asomarse a mis sienes. No era aprensión: la rama crujía. No bastaba el peligro de una caída desde tan alto para asustarme en aquel momento: más me fatigaba la vergüenza de ser sorprendido en indiscreto e indigno espionaje. Porque entonces veía claro que el espionaje era indigno, mi curiosidad una ofensa, y mi emboscada una mala acción. Los crujidos de la madera seca, aquel sordo y agonioso ¡crrraá! ¡crraá!, me decían en su lengua obscura y truncada: «Impertinente entrometido, novelero, mamarracho.» Y creía escuchar la voz recia y despreciativa del Padre, abofeteándome con estas palabras categóricas: «Ya le había yo calado a usted. Ya noté que usted nos espiaba. Necio, creyó usted que todos éramos esclavos complacientes de la materia, y que esta señorita y yo... Habrá usted visto con rubor que existen personas decentes.»

Renunciando a oir lo que faltaba del diálogo, probé a escurrirme por la rama abajo, cabalgar en otra, y, de rama en rama, descender hasta el salón de baile, y de allí a tierra. La operación, como gimnasia, no era difícil; pero imposible realizarla sin hacer ruído, y un ruído que tenía que llamar la atención de los dos interlocutores y delatar al punto mi acecho. Ya los tanteos y ensayos que practiqué para medir la distancia causaron un susurro prolongado entre el ramaje. Único arbitrio: tener calma, aguantarse, no respirar, encomendarse a Dios y esperarlo todo de la firmeza y complacencia de la rama... Con este propósito hice por no apoyarme fuerte, y me quedé medio en el aire, en posición sumamente violenta. Lo que me desesperaba era no poder atender bien a la conferencia, entonces más animada que nunca. No sé si habré oído bien la última parte: se me figura que así, poco más o menos, habló la novia:

—Claro que no podemos prescindir de la gracia de Dios: pero creo que no es vanidad el asegurarle que he de cumplir con los deberes que me impongo. ¡Si usted supiese, Padre, cómo me suena a mí eso del deber!... Con toda la verdad de mi alma, si me figurase que había de faltar a él

andando el tiempo, quisiera morirme mil veces antes. Ni mi padre, ni mi marido, ni Dios han de tener nunca queja de mí. Así viviré... o moriré contenta. De otro modo... ¡me ahogaría! Me caso a sabiendas... las circunstancias me ponen en esta situación especial... pues a sabiendas seré buena. No quiero disculpas anticipadas. Seré buena... aunque se hunda el mundo.

Ríase el lector: estas palabras me volvieron loco de entusiasmo, hasta hacerme olvidar mi posición difícil. Me levanté como para aplaudir, tendiendo las manos hacia la titi angelical. Cuando por inevitable movimiento descendí pesadamente sobre la rama, oyóse un estallido formidable, que me sonó como el fragor de la más desencadenada tormenta; y sin dilación comprendí que caía, que caía despacio, sirviéndome de paracaídas el extenso y tupido ramaje, pero causándome contusiones y arañazos sin número los picos de las ramas menudas y los *gallos* de las gruesas. La caída se me figuró que duraba un siglo: y en medio de mi trastorno, creí oir arriba, en lo alto del árbol, exclamaciones, gritos, clamoreo confuso.

Al fin mi bajada se aceleró, desgarróse no sé qué prenda de mi ropa y me aplané, la faz contra tierra, sobre el césped. No sé cuál fué más pronto, si dar en el suelo o rebotar lo mismo que una pelota de goma y echar a correr como ciervo perseguido. Lo que yo pretendía era esconderme, desaparecer, encubrir si era posible mi delito y mi ridículo fracaso. Y este pensamiento me espoleó, me dió alas y hasta creo que aguzó mi instinto llevándome a meterme en la calle de frutales, entoldada toda, refugio el más seguro, pues no me verían desde el Tejo. De allí al bosquecillo no había un paso: y del bosquecillo al merendero de madreselva, cortísima distancia. A él me subí, y sin reparar en mis ensangrentadas y arañadas manos, sin notar las consecuencias de la caída, excitado, loco, me descolgué por el muro, y fuera ya de la huerta, no me creí salvado hasta que, por atajos y veredas, a escape, llegué a la playa. «Coartada segura... Yo estaba bañándome.»

Y me desnudé en un periquete.

XV

El día de la boda, dos después de este episodio, me desperté con la impresión de sentir allá dentro, dentro, en el fondo de la caja torácica, el molimiento del batacazo. A fuerza de aplicarme paños del árnica que compré secretamente en la botica de San Andrés, había conseguido que no se marcasen las contusiones y erosiones que tenía en la cara y manos. De mi ropa se había rasgado tan sólo el forro de la americana; menos mal. Los dos únicos testigos de la escena sin duda se habían puesto de acuerdo para callar; pero me miraban de vez en cuando, y yo sentía desagradable impresión al encontrar la mirada de Carmiña, triste y severa, o los ojos del franciscano, en que me parecía notar mezcla humillante de enojo y desdén.

Por eso lamentaba tener el cuerpo tan quebrantado, «¿A que me he resentido o roto alguna cosa» pensé «y ahora se descubre el pastel por fuerza?» Con el decaimiento físico se enlazaba un estado espiritual de bastante lirismo, según demostrarán algunos párrafos de mi nueva carta a Luis:

> «Chacho, no sé cómo decirte lo que me sucede. He sorprendido los secretos de mi futura tía, por casualidad, y me he convencido de que es un ángel, un serafín en figura de mujer. Con razón aseguraba el fraile que Carmiña realiza el tipo de la perfecta cristiana. Es indudable que en una mujer así hay algo que impone veneración, algo de celestial. Hice mal en dudarlo y en imaginar siquiera que no fuese una santa. ¡Y si vieses qué desgraciada, qué abnegación la suya! Te referiré lo que sucede... y me dirás si cabe mayor heroismo, ni más dignidad. Estoy absorto desde que he penetrado los móviles de su conducta...»

Se los explicaba largamente, encomiando la resolución admirable de tití, y añadía para concluir de descargar mi conciencia:

> «También el fraile me parece bueno... Me voy inclinando a que cumplirá todos sus votos. Nada, chico: los cumplirá. Existe la virtud,

¡cuidado si existe! Aún hay patria... No sé lo que siento: no sé si desde que veo claro quiero más a la tití, de un modo allá muy refinado, o si ya no me importa como mujer. Lo seguro es que mi tío no merece el tesoro. ¡No encontraré yo mujer semejante, si llego a casarme andando el tiempo!»

Esta epístola la escribí la víspera del día fatal. Al amanecer éste, me encontré, según iba diciendo, molido y con los huesos hechos harina, y unas ganas incontrastables de quedarme así, tumbado boca arriba, sin moverme, ni pensar, ni resollar siquiera. Pero el maldito monaguillo entró en mi cuarto y vino derecho a alzar las sábanas.

—¿Qué tiene? —preguntaba—. Está como los gatos cuando se tumban al caerse de los tejados. ¿Qué le duele al señorito? ¿Le doy unas friegas?

Me enderecé penosamente, y amenazándole con el puño cerrado, exclamé:

—Como hables de caídas...

—Bueno, hablaremos de lo que usía disponga... *¡Ne in furore tuo arguas me!*

—Voy a argüírte con un zapatazo si no callas...

—Ey... no vale arrimar piñas. Arribiña, que ya están poniéndole cascabeles a la novia... ¿No oye la orquesta del teatro Real, Imperial y Botánico? Pues toca que se las pela.

En efecto, del patio subían notas ligeras, campesinas, que parecían danzar con alegría pastoril. Eran los gaiteros afinando y preludiando la alborada. Aquella música fresca, jubilosa, me oprimió el corazón. Haciendo un esfuerzo me levanté. Parecíame notar en el pecho una especie de malestar depresivo, como si tuviese allí una piedra de mucho peso, un malestar intolerable. De mala gana me lavé, me vestí lo mejor que supe, y bajé a desayunarme. Otro tanto hacían la mayor parte de los convidados a la boda. Noté que el señor de Aldao estaba inquieto, y supe que su inquietud provenía de una carta recién llegada del Naranjal. Escribíala, en nombre de don Vicente Sotopeña, su ahijado y protegido Lupercio Pimentel; el cual, después de muchas y muy corteses felicitaciones y grandes protestas de amistad hacia mi tío se declaraba comisionado por don Vicente para asistir en su nombre, ya que no a la ceremonia, a la comida. Y aquí de los apuros de don Román, temeroso de que no hubiese todos los perfiles que requería la presencia de tan importante persona. Casi hubiera preferido Aldao tener

que habérselas con el mismo Santo. Este al fin era la quinta esencia de la llaneza, y en dándole platos regionales y bromas en dialecto, en ninguna falta repararía. En cambio el ahijado... ¡Dios sabe! Joven, elegantón, acostumbrado a los festines de la corte...

Despachado el chocolate entramos en la sala, se oyeron en el pasillo voces femeniles, exclamaciones, y apareció la novia rodeada de varias amiguitas pontevedresas convidadas a la ceremonia y seguida de Candidiña, de doña Andrea, de la chiquilla, que se atropellaban por contemplarla mejor.

Carmiña Aldao venía pálida y ojerosa: sus ojos negros tenían el cerco cárdeno que pintan las noches de insomnio. Lucía el traje blanco de red de perlas, mantilla negra sujeta con joyas, un ramito de azahar natural en el pecho, rico pañuelo, guantes largos, devocionario y rosario de nácar. Después de saludar a su novio, que le dió los buenos días algo cohibido, y de sonreir a los demás, se quedó sin saber qué hacer, plantada en mitad del saloncito; pero cuando el señor de Aldao, a un movimiento de cabeza de mi tío Felipe, contestó diciendo «Vamos», la señorita se adelantó y con sencillez y viveza se acercó a su padre: «Perdóname si en algo te he ofendido», le dijo en voz vibrante aunque contenida, «y dame tu permiso, para que sea feliz.» Al pronunciar estas palabras, clavó en su padre una mirada elocuente, profunda, casi terrible a fuerza de concentración. El señor de Aldao volvió la cabeza murmurando un «Dios te bendiga». Creo que noté en sus pupilas cierto brillo... Hay cosas que crispan las nervios. Las amiguitas se dedicaron a arreglar a la novia los volantes, a recoger las perlitas del bordado, algunas de las cuales andaban por el suelo ya. Y sin darnos el brazo, en formación desordenada, nos encaminamos a la capilla.

Esta estaba fragante de flores, toda tapizada de helecho y anís, iluminado el altar con infinitos cirios. La ceremonia fué larga, porque se casaron y velaron a un tiempo. Escuché el claro *sí* de la esposa y el opaco del esposo. Oí leer la que todo el mundo llama epístola de San Pablo, aunque no lo sea. Allí el marido era asimilado a Cristo, la mujer a la Iglesia; y en confirmación de esta superioridad viril, la bordada estola cayó sobre la cabeza de la novia a la vez que sobre el cuello del novio. Carmiña Aldao, cruzando las manos sobre el pecho, inclinó la frente sometiéndose al yugo.

Había entre el concurso de espectadores aldeanos y aldeanas, venidos por curiosidad, y que se empujaban, con murmullo respetuoso, a fin de ver algo por encima de las cabezas del señorío. Cuando se hubo terminado la misa, estallaron los cohetes, las gaitas del país dejaron oir su ronquido

característico, y la gente se agolpó, saliendo en tropel, la novia rodeada de sus amiguitas, que pellizcaban pétalos y gromos de azahar y la besuqueaban. Fué un momento embarazoso. ¿A dónde ir, qué hacer, con qué entretener a la reunión? Castro Mera, que era joven y animado, propuso que nos trasladásemos al Tejo, que sacasen el piano al jardín y que armásemos baile, mientras los novios y el Padre Moreno se desayunaban, pues por la misa y la comunión no habían podido hacerlo.

Se aceptó la idea. Aún no había empezado el baile, cuando volvió a aparecer la novia, ya sin mantilla; había tomado un sorbo de chocolate y venía a cumplir sus deberes de sociedad. El primer rigodón lo tocó ella, desde el jardín. El segundo una señorita pontevedresa, y Castro Mera lo bailó con la que ya puedo llamar mi tía. Después, una señorita de San Andrés propuso un vals de vueltas. Yo había bailado los rigodones arrastras, sólo porque no cayesen en la cuenta del molimiento y dolor de mis costillas; pero apenas oí vals, me pasó por la mente un verteriano relámpago. «La abrazaré antes que la hayan tocado los brazos de su novio». Y levantándome con ímpetu, olvidado ya de la caída, la propuse el vals. Se negaba sonriendo, pero las amiguitas la empujaron, y entonces, haciendo un gesto que podría significar «así como así ya es la última vez», colocó su brazo izquierdo sobre el mío y dejó que con el derecho rodease su cintura.

Al estrecharla comprendí por repentina intuición que estaba prendado de aquella mujer, irremisiblemente ligada ya a otro hombre. El tenerla así enlazada —en aquel camarín vegetal, aromático, espolvoreado de oro por el sol que a veces, colándose entre las ramas, lanzaba una juguetona estrellita de luz al pelo o a la frente de la novia— me volvía loco. Notaba las delicadas líneas del cuerpo airoso de Carmiña; sentíame bañado en su aliento, y la disparatada idea se convirtió en sentimiento tan vehemente, que necesité reprimirme para no estrechar a mi pareja, haciéndola daño. Mi arrebato era, no obstante, de lo más puro y elevado que se ha visto en esto de transportes amorosos. Sentía una ilusión celestial (si me es dado expresarme así), una ilusión divina, noble en su origen y en su desarrollo. Lo que me exaltaba era pensar que tenía allí en mis brazos a la mujer más santa y pura de la tierra, y que esta mujer, aunque perteneciente a otro, estaba todavía virgen, intacta, como el cáliz de una azucena, como el propio azahar que llevaba prendido aún en el pecho, y que al empezar a marchitarse despedía aroma fuerte y embriagador.

Girábamos con gran suavidad, y entre vuelta y vuelta, creo que la dije: «Ya somos parientes; ¿puedo tutearte?».

—Naturalmente: sólo faltaría que me dijeses de usted con mucha política.

—¿Te enfadarás?

—No. ¿Por qué?

Guardé silencio. Los pliegues de su traje de seda me acariciaban las rodillas, y sentía el corazón, agitado por el movimiento del vals, latir fuertemente.

Entonces, con impulso invencible, ascendió la verdad a mis labios.

—Titi—murmuré—, perdóname; yo me he portado mal contigo. ¿No sabes? Fuí un indiscreto... ¡Pero me alegro tanto, tanto! Porque ahora conozco todo lo que vales tú... y mira, porque lo conozco, estoy fuera de mí. ¿No lo ves?

—Calla, bobo —articuló ella, algo acortada de respiración por el movimiento del vals—. Si fuiste indiscreto... ¿qué quieres que te diga? Hiciste muy mal. ¡Muy mal!

—Ya lo sé —respondí compungido—. Por eso te pido que me perdones. Anda. ¿Me perdonarás?

—Bueno —murmuró ella como el que accede al antojo de un niño.

—¡Qué santa eres! —exclamé con delirio en voz baja y honda.

Dimos algunas vueltas. Nos mareábamos de girar en aquel sitio tan estrecho. Ella se detuvo un instante. Entonces la pregunté:

—Titi, ¿piensas bailar más en tu vida?

—No. Este es el último vals. Las casadas no bailan.

—¿El último?

—De seguro.

—Pues dame, por Dios y por la Peregrina, ese ramito de azahar. Dámelo.

—¿Para qué lo quieres?

—Dámelo... Si no, haré cualquier estupidez.

—¡Toma, sobrino! —exclamó deteniéndose— y no vuelvas a esconderte en los árboles.

Guardé el ramo como el ladrón la robada presea, y miré a mi titi, calando la mirada hasta el fondo de los ojos. No me pareció notar en ella severidad ni cólera al hacerme aquella franca declaración de haber sorprendido mi diablura. Un poco de pudor alarmado se veía, sí, en sus pupilas; pero este continente grave lo templaba la media sonrisa y la animación de su rostro,

encendido por el movimiento del vals. Por mi gusto, el tal baile no se concluiría nunca. Silencioso ya, porque la fuerza de mis sentimientos me ataba la lengua; arrebatado al quinto cielo, incapaz de reprimirme, debí de apretar convulso la delgada cintura... pues de improviso se detuvo mi tití, y con rostro demudado y voz firme, pronunció:

—Basta.

XVI

No nos sentamos a la mesa hasta las tres de la tarde. En el comedor apenas se cabía; lo ocupaba casi todo la inmensa mesa en forma de herradura, guarnecida por simétricos jarrones con flores y ramilletes de dulce. Yo no sé cómo había ido reuniéndose gente y más gente en la boda: los convidados pasábamos de treinta. Había allí mucho señorío de San Andrés, mucho cura, mucho médico, el ayudante de Marina, dos o tres propietarios rurales, alcaldes, caciquillos, señoritas, amigos políticos de mi tío, y hasta el buen D. Wenceslao Viñal, que se colocó a mi lado por gusto de tener a quien hablar de sus chifladuras arqueológico-históricas.

Lupercio Pimentel, el ahijado de D. Vicente Sotopeña, ocupaba el puesto de honor a la derecha de la novia. Era apuesto, correcto, bien hablado, cordial y bromista al modo que lo son los políticos de este período actual, que reemplazan la influencia de las ideas y los principios con la de las simpatías personales que suman incesantemente. Desde que empezó la comida, noté que no perdía ripio, que trataba de atraerse a aquel auditorio, a aquellos *elementos*, como diría él. Tendió la vista en derredor, e inclinándose hacia mi tío por encima del hombro de la novia, le oí que murmuraba:

—Y el alcalde de San Andrés, ¿cómo no está aquí?

—Verá usted... —respondió mi tío—. Le tenemos tan de esquina con nosotros...

—Por lo mismo, por lo mismo. Conviene que luego el amigo Calvete le ponga entre los convidados —añadió señalando al director del *Teucrense*, que se inclinó lisonjeadísimo.

Después de reflexionar un momento, añadió Pimentel:

—Que vayan a buscarle dos... Que lo traigan por fuerza si es preciso. Con que llegue a los brindis...

Levantáronse dócilmente Castro Mera y el ayudante de Marina, y bajo un sol abrasador salieron camino de San Andrés, a fin de traernos el *elemento* refractario.

Mientras servían la sopa, el ahijado del Santo hablaba a media voz con el novio, pero de manera que sus palabras produjesen impresión en el público.

—Cánovas se ha hecho imposible... Tiene contra sí a la opinión sensata... La Regencia no es viable con él... Una situación conservadora no sería viable...

Se me figuró, no sé por qué, que algunos de los presentes no comprendían el sentido de la palabra *viable*; pero en fin, se daban cuenta de que no ser viable era cosa mala y perjudicial en grado sumo para Cánovas; y cuando Pimentel dijo que los de Pí eran un partido *utópico*, eso sí que lo entendieron muy bien y hubo murmullos de aprobación a la redonda.

Yo apenas oía. Estaba en el Tejo, valsando, sintiendo a cada vuelta cimbrearse el piso y temblar con prolongado susurro el ramaje verde... Al segundo plato fué preciso salir de mi abstracción, porque el aprendiz de clérigo, sentado a mi izquierda, salió por el registro de pellizcarme, empujarme el codo y oprimirme el pie a cada palabra que Pimentel decía. No sé qué hierba habría pisado el tal Serafín: acaso los dos vasitos de rico tinto del Borde que se atizó al tragar la sopa, estimularon su empobrecida sangre y le sacaron de su infantil sosera, convirtiéndolo en satírico mordaz: lo que afirmo es que al par de los codazos y pisotones, dió en soltarme observaciones tremendas, dignas de un Juvenal con sotana.

—Mire —me decía pasito—, ¿qué le parece, Salustio? ¿Qué me dice de la poca vergüenza que tenemos los gallegos? Dejamos desierto el templo del Señor, y adoramos al becerro de oro... *¡Fecerumque sibi deos aureos!* No van en Romería a Nuestra Señora de las Nieves... y van al Santo de las naranjas por mamar destinos, por chupar turrón... Van todos, ni uno falta... Quien no va de vivo irá de muerto... Usted no escapa. Ya le rezará al Santiño milagroso. Y si no le reza... más que invente *puentes imánticos* o *carreteras eléctricas*... maldito el caso que sus paisanos le han de hacer. ¿Quién le manda no ser Santo también, tonto?

Afortunadamente la extensión de la mesa, el número de los convidados y el zumbido de las conversaciones impedían que se oyesen los disparates que ensartaba el mico eclesiástico; pero yo no pude contener la risa al notar el azoramiento de D. Wenceslao Viñal, colocado a mi derecha. Acababa el Santo de obrar uno de sus milagros con el bienaventurado arqueólogo, otorgándole un sueldecillo de bibliotecario de la Diputación, y el terror más profundo se pintaba en sus espantados ojos. ¡Si Pimentel oía aquellas barrabasadas y se las atribuía a él! A pesar del habitual sonambulismo de los ratones de biblioteca, Viñal aguzaba las orejas advirtiendo el riesgo horrible que corrían sus benditos seis mil reales...

—Salustio —suplicó angustiado—, haga callar a ese majadero... Está poniéndonos en evidencia... Por las benditas ánimas...

La excitación de mis nervios me impulsó a llevar la contraria al pacífico erudito. Yo también me sentía inclinado a la censura agria y pesimista. Lo que me irritaba era el aspecto de mi tío, rebosando satisfacción, haciendo la corte a Pimentel más que a su novia; brindándole la función, «¡Gente rastrera! —pensaba yo—, si queréis inclinaros, inclinaos enhorabuena ante el Padre Moreno, que representa el sacrificio de la vida en aras de una idea; ante esa recién casada, que personifica la virtud y el deber, pero no ante el que reparte la sopa boba... También a mí me entran ganas de desahogar. Serafín no va descaminado.»

No sabiendo cómo desahogar mi impaciencia, y sin hacer caso de Viñal, que me tiraba de la manga, aproveché la primer coyuntura para contradecir a Pimentel. Creo que fué a propósito de Pí, de las utopías y de las cosas *viables* o no *viables*. Causó general asombro el que me atreviese a alzar la voz de tan inconsiderada manera, y mi tío me miró con una expresión que redobló mis bríos.

—¿Que no es *viable* la república aquí? ¿Y por qué, vamos a ver? Lo que no puede prolongarse es la anarquía mansa en que vivimos... Padecemos los inconvenientes de la monarquía, y no gozamos sus ventajas. No hay cohesión, no hay unidad, y las costumbres políticas han llegado a relajarse de tal modo, que el hombre de Estado que aspira a dar ejemplo de moralidad, se pone en ridículo, y el que tiene convicciones, ídem.

Pimentel se volvió hacia mí, respondiéndome con calma y cortesía:

—Lo que usted desea, y que en el fondo todos deseamos, en otras razas, en razas del Norte, ¡pssch! podría ser; pero aquí, con la sangre árabe que llevamos en las venas y nuestra eterna indisciplina... ¡oh! imposible, imposible...

Nadie más ardiente defensor de las libertades que él, conocidos eran sus sacrificios... (todo el mundo asintió) pero no confundamos, señores... no confundamos, señores, la anarquía y la licencia con la libertad justa, racional, viable. Los países del Norte producen hombres de Estado porque las multitudes están educadas ya para las libertades políticas, es una transmisión hereditaria, digámoslo así; hereditaria. Y si no, vean ustedes las teorías de Thiers, la opinión inglesa...

No sabiendo por dónde salir, me agarré a Thiers como quien se agarra a un clavo ardiendo.

—Será la opinión francesa, señor mío. Porque usted no ignorará que Thiers...

Hice de propósito una pausa durante la cual mi adversario me miró con cierta ansiedad.

—Que Thiers era francés.

El cura de San Andrés, desde un rincón, lanzó tímidamente:

—Claro que era francés. Como que fué el que pacificó a Francia después de la Commune.

Dirigiendo la vista alrededor para juzgar del efecto de mis palabras, ví el rostro del señor de Aldao que expresaba desaprobación y sorpresa; el de mi tío, sofocado de cólera, y el del Padre Moreno, alegrado por una picaresca sonrisa. Pimentel replicó:

—Desde luego que era francés... No se trataba de eso, me parece... Decíamos que la opinión inglesa... porque no hay duda, Inglaterra es el país del *self*... del *self governement*, como demostró con mucho acierto el distinguido Azcárate... y nosotros... nuestra idiosincrasia... Implanten ustedes aquí lo que en naciones más... No resultará viable: porque todo gobernante ha de tomar muy en cuenta las tendencias ingénitas de la raza...

—Todo eso es palabrería —argüí—. Generalidades que nada prueban. Concretemos, si usted gusta. No tratamos de razas. Se habla de la república española, con la cual el que más y el que menos de los que hoy mandan tenía adquiridos compromisos, y que entregaron por treinta dineros como Judas. ¿Harían otro tanto si la Restauración no les hubiese abierto el presupuesto de par en par?

Sólo comprendí la impertinencia de mi agresión al oir a Serafín que, batiendo palmas, exclamaba con destemplado chillido:

—Por ahí, por ahí... Gui guii. ¡Por ahí duele!

Pimentel, limpiándose el bigote con la servilleta, se volvió hacia mí, y en lugar de responder enojado, me dió la razón sonriendo.

—Es muy cierto, señor Meléndez. El tacto de la Restauración al aceptar los elementos revolucionarios, ha hecho viable lo que acaso en otras circunstancias...

Interrumpió el período la llegada del alcalde de San Andrés; a quien traían medio arrastras los dos comisionados del joven personaje. Todos debían de haber subido muy aprisa la cuesta, porque venían sofocadísimos. El alcalde sudaba a chorro y se limpiaba las mejillas con un pañuelo enorme. Tartamudeó algunas frases para decir que él «no se consideraba

llamado a sentarse en tal banquete», y Pimentel, hecho un azúcar, le apretó la mano, le buscó sitio a su lado, no perdonando medio de captarse la voluntad del adversario político.

Yo no sabré decir cómo era el *menú* de aquella pesada comida. Me parecía que iban saliendo todos los platos que en libros de cocina figuran, y que la torpeza de los criados, su inexperiencia en servir, prolongaban el convite indefinidamente. Lo más difícil de sujetar a inventario serían los postres, los licores, los vinos, los infinitos pasteles, los amazacotados dulces de Pontevedra, las tartas enviadas por Fulanito y Menganito, allí presentes, y a quienes no se podía desairar.

Bebí cinco o seis copas de champaña; pero no me produjeron otro efecto sino un recrudecimiento del espíritu batallador que me había inducido a provocar a Pimentel. Me sentía guerrero, agresivo, quijotesco, deseoso de armarla con todos y contra todos. Y bajo aquella efervescencia singular, notaba el latido sordo de una pena muy recóndita, especie de nostalgia de algo que me parecía haber perdido. No acertaría a explicarlo: era de esos sentimientos sutiles y punzadores que a veces no corresponden a las necesidades profundas de nuestra alma, sino a ciertos antojos de la fantasía, defraudados por la realidad. La novia —a quien miraba de cuando en cuando a hurtadillas— tenía el semblante abatido y fatigado; probablemente no era sino cansancio del largo festín, pero a mí se me figuraba que era tristeza, la amargura del cáliz, el antesabor de las hieles del trago... ¿Y por qué no? ¿No existía la conversación en el árbol? ¿No me constaba que mi tío le inspiraba repugnancia indefinible, y que sólo por cumplir un deber moral, el *imperativo categórico* de su fe, se había acercado al ara, verdadera ara de sacrificio? Yo quería a toda costa penetrar en su alma, ver por dentro aquel espíritu doliente. ¿Qué pensará? ¿Qué esperará? ¿Qué temerá la blanca novia?

Entretanto el champaña, que a mí sólo me había exaltado la imaginación, surtía sus efectos por la mesa, y no faltaban caras sofocadas, ojos que echaban chispas, voces algo descompasadas e injustificadas locuacidades, excesivas y vehementes, risotadas de alto diapasón y efusiones sin causa. Castro Mera estaba empeñado en defender las excelencias del derecho; un señorito de San Andrés desafiaba a otro de Pontevedra a quién se bebía más curasao; el ayudante de Marina disputaba con el alcalde sobre aparejos de pesca prohibidos; Serafín reía convulsivamente, porque Viñal sostenía con gran tesón que él poseía documentos comprobantes de cómo Teucro había

fundado a Helenes, y hasta se jactaba de conocer el sitio en que Teucro podía estar enterrado. El señor de Aldao determinó levantar la sesión diciendo a los convidados que no se molestasen, que él iba a enseñarle a Pimentel la finca y a tomar un poco el fresco. Fuéronse la novia del brazo de Pimentel y el novio y suegro muy compinches.

Con su marcha, la animación de la mesa subió de punto, y la algarabía fué tal, que allí no se entendía nadie. Unos disputaban, otros reían, otros argüían descargando puñadas sobre el mantel, ya manchando de vino y salpicando a trechos del huevo hilado que se caía de las tartas o de pedazos de fruta en dulce. En los platillos se derretían fragmentos de queso helado, mezclados con ceniza de cigarro. No se comía; sólo se bebía, haciendo gasto extraordinario de licores y vinos dulces. El señorito de San Andrés, el de la apuesta, había tenido que asomarse a tomar el fresco en la ventana, y en cambio el de Pontevedra, impávido a pesar de la prodigiosa cantidad de copas sorbidas, se entretenía ahora en sacar de sus casillas a Serafín. Ya le había hecho beber cantidad de anís del Mono, y ahora se entretenía en echarle, por un barquillo puesto a manera de embudo, Jerez y Pajarete, todo mezclado.

El monago protestaba unas veces, tragaba otras y en su rostro pálido y desencajado notábamos los efectos del alcohol. Hubo un momento en que se formalizó, y gritando con voz becerril: «No más, no me da la gana, cebolla, piñones, *quoniam*, ¡que no soy esponja!» rechazó la mano y el Jerez vino a caerle sobre el pecho, empapándolo. De repente su palidez se convirtió en rubicundez apoplética, y subiéndose encima de la silla, dió en perorar.

—Señores, hago muy mal en estarme aquí. Bien empleado que me ahoguen con Pa... Pajarito... o con otro veneno liberal. Ustedes son liberales; la primera se prueba *per se... per se...*

—¡Per *só*! —chillaron Castro Mera y el ayudante.

—El ser liberal constituye un pecado mayor que ser homicida, adúltero o blasfemo... Esta segunda lo pruebo con Sardá y los Padres de la Iglesia en la uña... Luego yo, que bebo Pajarito con ustedes... ¡estoy incurso en excomunión mayor *latæ setentiæ*! ¿No sabéis lo que dijo un pájaro gordo en la jerarquía eclesiástica? ¿No lo sabéis, piñones? ¡Gui, gui! Pues dijo: «*Cum ejus modi nec cíbum sumere*». ¿Eh? Me parece que bien claro lo cantó. «*Cum ejus modi nec Pajaritum su... sum...*»

Yo le miraba con curiosidad. No podía dudar que por momentos aquel escuerzo era sincerísimo en sus alharacas, y que salía de su pecho a borbotones un sentimiento real. Se creía el monago nada menos que un apóstol y hablaba amenazándonos a todos con los puños cerrados. Sus gritos fueron haciéndose muy roncos; su garganta se apretó, y sus ojos, como dos bolas blancas, salieron de sus órbitas. Después de una gesticulación frenética, pasando de la elocuencia que demuestra a la violencia que contunde, enarboló la botella que tenía delante y nos amenazó con tirárnosla a la cabeza. Lo que encendía su furor eran ciertos proyectos de procesión cívico-política de Pimentel. Aquello le sacaba de quicio. ¡Extraños efectos de la *curda*! Tan borrego como parecía el pobrete aprendiz de teólogo cuando se encontraba en su estado normal y libre de la influencia de los espíritus parrales, tan belicoso y propagandista se volvía bajo el influjo del alcohol. Nos dijo a todos horrores y se desató principalmente contra Sotopeña. Ví el instante en que todo aquello se iba a poner feo; porque Castro Mera, algo alumbradillo, también, emprendió a voces y manotadas la defensa de las ideas políticas que atacaba el cleriguín; y como éste respondiese con desaforadas invectivas, o por mejor decir, injurias manifiestas, de repente le ví espumar por la boca, oí su risa timbrada por la insensatez, y noté que sus puños se crispaban y que sus dedos errantes buscaban al través de platos y copas un arma, un cuchillo. Refrené a Castro Mera, diciéndole por lo bajo: «Es un ataque de epilepsia como una casa.» En efecto, Serafín se retorcía ya entre los brazos de los que pretendían sujetarle. Con fuerza hercúlea, o más bien con formidable tensión nerviosa, momentánea virtud del aura epileptiforme, a patadas, a mordiscos, a puñadas, defendíase lo mismo que una fiera, y hubo momentos en que creímos que podría más que todos nosotros juntos. Al fin logramos atarle las manos con una servilleta; le inundamos de colonia, de agua fría, de vinagre; le cojimos por los pies y por los hombros, y no sin trabajo le subimos a la torre y le echamos sobre su cama, sumido, al parecer, en una modorra que interrumpían a veces cortos espasmos.

XVII

Bajamos al jardín: la tarde caía ya, y no venía mal la brisa para despejar las cabezas acaloradas. Yo creía no tener ni sombra de lo que por borrachera se entiende: y sin embargo, atribuí el extraño peso que notaba en el corazón, la infinita melancolía que se apoderó de mí, a los efectos del vino, que a veces producen ese doloroso tedio, cayendo en el alma como piedras en la hondura de un pozo. Aquella gente alborotada, alegre, bromista, que tomaba la boda por fausto acontecimiento, me producía fastidio y aborrecimiento inexplicable: parecíame no haber tropezado nunca con personas tan antipáticas. Se esparcieron por la finca gozando y riendo, y yo procuré quedar a solas con mis negros pensamientos y mis lúgubres ideas. La imaginación se me ponía más turbia cada vez, cual si enorme desventura pesase sobre mí. Dirigíme por instinto a lo más retirado de la huerta, y abriendo la puertecilla carcomida que comunicaba con el soto, la crucé con ímpetu, hambriento de silencio y soledad. Una voz clara y enérgica pronunció: «¿Adónde va usted, caballero Salustio?» Por voz y frase conocí al Padre Moreno. El fraile estaba sentado en un banco de piedra, apoyado contra la tapia, y leía en un libro, ocupación que suspendió al verme.

—Aquí me vine —dijo— buscando sitio a propósito para hacer mis rezos de costumbre. Ya estaba concluyendo. Y usted... ¿se puede saber si también sale de la huerta para rezar?

—No —contesté en uno de esos ímpetus de franqueza súbita que suelen proceder de haber envasado algunas copas de vinos fuertes entre pecho y espalda—. He venido porque me aburría tanta gente, tanta bulla, tanto regocijo y tanta necedad; porque me levantaba jaqueca la alegría bestial y sin motivo.

—¡Bravo! Señor mío, ahora digo que le sobra a usted razón. A mí también me hastiaban el comedor y la comida. Es un barullo insoportable, nada tiene de particular que a un fraile le asuste; pero a usted...

—Padre Moreno, crea usted que hay días en que, convicciones aparte, le entran a uno ganas de meterse fraile y echar a rodar el mundo.

El fraile me miró, clavando en los míos sus ojos poderosos, serenos y perspicaces.

—¿De veras se le ocurre a usted eso? Pues no extrañará usted si un pobre fraile le responde que en mi opinión, ya está usted a la entrada del camino de la sabiduría, y aun de la felicidad, hasta donde cabe en la vida del hombre. Buscar la paz y el desasimiento no es virtud: es egoismo y cálculo. Crea usted, caballero, que yo no envidio a nadie... y en cambio compadezco a mucha, a muchísima gente.

El orgullo laico no se me encabritó al oir tales palabras. Después he reflexionado en que a mí debiera enojarme la compasión del fraile, compasión probablemente irónica, pues, dadas mis ideas, mi manera de pensar y sentir en cuestiones religiosas y la significación absurda que para mí tenían los votos monásticos, era yo quien debía compadecer a Moreno, y como se compadece a las víctimas del absurdo y del sacrificio inútil. Únicamente se explica mi extraña aquiescencia a las palabras del Padre Moreno, suponiendo que existe en el fondo de nuestro espíritu una tendencia perpetua a la abnegación, a la renunciación, por decirlo así, tendencia que se deriva del subsuelo cristiano sobre el cual reposa nuestro racionalismo superficial. Se me ocurría en aquel momento de depresión: «¿Cuál es mejor, Salustio? ¿Seguir estudiando, acabar la carrera, ejercerla, casarse, cargarte de hijos, sufrir las impertinencias y los rozamientos de la vida, aguantar todo lo que forzosamente ha de traer consigo, dolores, desengaños, conflictos y peleas, o pasártela como éste, que en un día de boda coge su libro y se viene a rezar al bosque?»

—Sí que compadezco a muchos —prosiguió el Padre cogiéndose de mi brazo con familiaridad y llevándome, al través del soto, hasta un pradito que limitaba un vallado vestido de parietarias y flores silvestres—. A las gentes que juzguen... así, nada más que por la superficie, les parecerá que hoy, en medio del bullicio, puedo experimentar algo de envidia, considerando mi estado, tan diferente del de los casados ¿eh?... Pues le aseguro (y usted no creerá que le digo una cosa por otra, pues ya sabe que mi carácter es muy franco) que más bien parece como si me inspirasen los novios una especie de lástima, al pensar en... vamos, los trabajos que les esperan, por más felices que usted me los suponga: aunque Dios les reparta a manos llenas cuanto se entiende por dichas.

Los sentimientos del fraile estaban en aquel momento tan conformes con los míos, que le hubiese abrazado de buena gana. Y cediendo por segunda vez al prurito de desahogarme, indiqué sentándome en el vallado:

—A mí, Padre Moreno, esta boda me parece un puro disparate; o mucho me engaño, o va a traer consecuencias funestísimas. Carmiña es un ángel, una santa, un sér excepcional; y mi tío... ¡Qué sé yo!... Tengo mis motivos para conocerle.

Mudó repentinamente de aspecto la cara del Padre. Sus ojos se tornaron severos: su entrecejo se frunció: recogióse su boca pasando de la amabilidad a la seriedad, a la austeridad casi. Ví en su fisonomía una expresión que tenían rara vez: era el hábito saliendo a la cara: eran el fraile y el confesor que reaparecían bajo el hombre afable, cortés, comunicativo, humano.

—Habla usted con ligereza —declaró— y perdone que le ate corto. Tal vez crea tener algo en qué fundarse, y a la verdad, siento que me obligue a recordar *eso*... Quería olvidar que fué usted más imprudente y curioso de lo que corresponde a una persona, que por su educación y el objeto científico de su carrera debe dar ejemplo de seriedad a todos. Ya sabe usted que no aludí a este asunto... Si usted mismo me presenta la ocasión no la desperdiciaré. Creo que obró usted así por aturdimiento natural en los pocos años; que a ser otra cosa... ¡caramelo!

—¿A qué se refiere usted? —dije sintiendo despertarse mi amor propio y mirando al fraile con aire de desafío.

—¡Bah! Como si usted no lo supiera. Pero no soy amigo de medias palabras. Me refiero al árbol... al Tejo. ¿Más claro aún? Al batacazo que usted se chupó por escuchar lo que no le iba ni le venía.

—Cuidado, Padre... Los hábitos no dan derecho a todo... Yo...

—Usted nos escuchaba. ¿Sí o no? Nada de retóricas.

—Sí, ya que lo quiere usted saber. Sí; pero con ánimo...

—Con ánimo de oir la conversación.

—No, señor... Aguarde usted; déjeme explicar... Me podrá usted vencer en prudencia, Padre Moreno, y en esta ocasión lo reconozco; pero en pureza de intención y en altura de propósitos... ¡Lo que es en eso...! Con todos sus votos no me gana usted, lo juro a fe de hombre honrado.

—Admito, y no es poco admitir —murmuró reposadamente el fraile—, que eso sea verdad; y lo admito, porque me ha sido usted simpático desde el primer momento, porque me ha parecido conocer y discernir bien su carácter, y no veo en usted malicia diabólica, ni corazón dañado, ni perversidad ninguna. Vamos, no dirá que no le hago justicia. Pero en el caso de que tratamos, se me figura que adolece usted de un romanticismo

impertinente, que le lleva a desfacer entuertos como D. Quijote, y de ese prurito de curiosidad malsana que nos induce a meternos en lo que no nos importa, ni nos ha dado Dios misión de arreglar.

—Es que la boda de mi tío...

—Podrá preocuparle a usted por lo que afecta a sus intereses; pero si por Carmiña va a ser feliz o desgraciada, o es buena, o es mala... En eso tiene usted tanto que ver como yo en los asuntos del Emperador de la China. Igualito, señor don Salustio; y no parece regular pretender, por medio de una indiscreción, entrar en el santuario de un espíritu y en los repliegues de una conciencia.

—Padre —contesté con firmeza, porque me estimulaba el enojo de la reprimenda y la misma certeza de mi culpa—, usted dirá lo que quiera del proceder mío; respetaré sus dichos, no por el hábito que viste, y que ante mis convicciones no significa gran cosa, sino por la dignidad con que usted lo lleva. Quedamos en que soy indiscreto, imprudente entrometido, y cuanto usted guste agregar; pero eso no me quita la razón cuando auguro mal de una boda hecha en ciertas condiciones y circunstancias. Ya que no ignora usted que tengo motivos para estar enterado, pues reconozco el delito del espionaje, no me niegue que lo que hoy hizo usted en la capilla es la sanción de un desastre horrible...

El fraile seguía mirándome cada vez más fruncido de ceño. En otras circunstancias acaso me contendría su desagrado evidente; pero en aquel instante, no había quien pudiese reducirme al silencio: le así del brazo y le dije con fuerza:

—Oiga usted, Padre. Los matrimonios no consumados son muy fáciles de deshacer dentro del derecho canónico. Mejor que yo lo sabrá usted. Háble me con sinceridad: apelo a su honradez. Podemos evitar una desgracia grandísima. ¿Le parece que me acerque a la señorita de Aldao y la diga?: «¡Pobrecita!, tú no comprendes en la que te has metido, pero estás a tiempo: no es válido tu matrimonio: protesta y échalo todo a rodar. No quieras completar el daño. Líbrate de esa cosa atroz... En tu inocencia no puedes imaginarte lo que es ser esposa de mi tío. Un horror... mira que te lo aseguro. No llegue yo a verlo. Antes cieguen mis ojos. El Padre Moreno, hombre de bien, te aconseja lo mismo. Anda valor... rompe, rompe la cadena... Yo te ayudaré, y el Padre Moreno, y todos... ¡Ánimo!»

—Lo que juro —afirmó el fraile— es que está usted loco o va camino de ello. Y si no... ¡Tate!...

Dióse una palmada en la frente, y añadió:

—¿Cuántas copas de Jerez han caído hoy, caballero?

—¿Me supone usted borracho? —grité irguiéndome en fiera actitud.

—Le doy a usted mi palabra —declaró con espontaneidad— de que no creo que se encuentre usted en ese estado vergonzoso. Únicamente quiero decir que el vino le ha exaltado algo, produciéndole esa perturbación moral más bien que física, que se traduce en hablar disparates ordenados, intervenir en lo que no nos compete y arreglar el mundo a nuestro modo, ¡caramelo! cuando quien debe arreglarlo es Dios.

—Bueno: y si yo le dijese a Carmiña lo de romper el matrimonio... ¿qué respondería?

—Le aconsejaría que se cuidase, y probablemente en estos términos: «Mójate la cabeza, hijo, que la tienes hecha un horno.»

—Según eso, ¿usted cree que no hay remedio ninguno? —exclamé con vehemencia y dolor—. ¿Que debemos dejar consumarse la iniquidad y sobrevenir la catástrofe cruzados de brazos? ¿Pero usted no conoce a mi tío? ¿No se da usted cuenta de las condiciones de su carácter, de la pequeñez y vileza de su alma, sobre todo ante la bondad de esa mujer incomparable, a quien usted debe respetar como a la Virgen María, porque es tan bue...?

No pude proseguir. Amostazado ya y encendido de cólera, con todo el empuje de su carácter y el brío de su condición, el fraile me tapó la boca apoyando en ella su ancha mano.

—¡Caramelo y recaramelo! que me dan ganas de mandarle a usted bien sé yo adónde, y le mandaría, si no viese el estado anormal en que se encuentra. Serafín bebió el pajarete y usted tiene la humareda en los cascos. Antes no lo creí, pero ahora... Yo no concebía que fuese *jumera* lo de usted; mas si se me va por los cerros de Úbeda, el mayor favor que puedo hacerle es suponerle alumbrado.

Retrocedí ofendido.

—¡Padre!... hay que mirar lo que se dice, y no herir...

Pasando sin transición del enfado a la cordialidad, él me dió una palmada en el hombro.

—No se formalice, ¡caramelo! Óigame con tranquilidad, si puede. Es la de usted una jumerita... muy por lo serio y lo sublime, lo cual revela que tiene usted en el fondo del alma un depósito de buenos sentimientos que salen a la superficie cuando es usted menos dueño de sí; precisamente al

punto que habla usted con entera libertad, *ex abundantia cordis*. Esto observo, y se lo declaro con la sinceridad propia de un religioso, que no disfraza su pensamiento ni se anda con repulgos. Más le voy a conceder. Pudiera suceder que usted, en medio de su... alteración, vea claramente el porvenir y sea profeta al sostener que este matrimonio ha sido, humanamente hablando, un desacierto. Pero usted prescinde del auxilio de la gracia y de la Providencia, que no falta nunca a los buenos, a los sencillos de corazón, a los que cumplen sus deberes y fían en la palabra de Cristo. La paz del alma es un bien real entre los muchos bienes falsos que ofrece el mundo. No compadezca usted a su tía, ni a mí, ni a nadie que ande derecho y sepa reirse de la materia... La bienaventuranza no existe por acá, y nosotros, los que aparentamos mortificarnos, somos realmente unos egoistones: sacamos más partido de la vida que nadie.

Las razones de Moreno penetraban en mi cerebro como el hierro en la herida. Mejor dicho: no eran las razones mismas, sino el tono de convicción y veracidad con que iban pronunciadas, ayudando a que me produjesen tal efecto mi situación de ánimo y la ternura bobalicona que infunden las *jumeras* «por lo fino y lo sublime», como decía el Padre. Ello es que remanecieron en mí las filosofías pesimistas y los deseos de dar al traste con la pícara existencia, o al menos con sus nocivas ilusiones: y reprimiendo la tentación de abrazar al fraile, exclamé:

—¡Ay, Padre! ¡Cómo acierta usted en eso! ¡Quién tuviera sus creencias y vistiera un sayal! Explíqueme usted si puede entrar en el convento un racionalista. Yo creo que sí. ¡Estoy más triste..., más triste...! ¡Parece que se me acaba la vida!

El fraile me miró con singular perspicacia. Sus ojos eran dos escalpelos que me registraban el corazón, que me disecaban los tejidos. Su acento adquirió inflexiones duras al decirme:

—¡Cuidadito que no se le acabe a usted nunca la vergüenza, ni el propósito de conducirse como persona digna! Aunque bien mirado, siempre que no se les acabe a *los demás*..., haga usted lo que quiera.

No torcí la cabeza, no entorné los párpados, no me sonrojé. Si las pupilas del fraile acusaban, las mías confesaban explícitamente: retaban casi: «Conformes: tú me adivinas, yo no me oculto. Ante mi ley moral, lo que siento no es ningún crimen. El crimen es haber bendecido ese matrimonio.» Le volví la espalda, y saltando el vallado me interné en las tierras.

XVIII

No sé si por impulso de alejarme del Tejo o por deseo de mayor soledad, me dirigí muy despacio hacia la playa. Era de noche ya. La luna, que se había alzado roja e inflamada, recobraba al ascender al cielo su serena placidez, y las olas del mar, dormidas también y arrulladoras, venían a estrellarse a los pies del peñasco donde me senté aturdido de pena, dispuesto a entregarme a todos los sueños y quimeras de la imaginación, recalentada por el trasabor del champaña. El blando rumorcillo de la encalmada ría; el trémulo rebrillar de la luna sobre la superficie del agua, y la misteriosa efusión de la Naturaleza, me predisponían al monólogo siguiente: «Si hoy nos hubiésemos casado *ella* y *yo*, despacharía a los importunos y me la traería aquí del brazo; la sentaría junto a mí, en esta misma peña, que parece hecha a propósito para escena tan inolvidable. Ciñendo su cintura, reclinando su frente sobre mi pecho, sin asustarla, sin herir su pudor, iría preparándola suavemente a compartir el arrebato de la pasión; a transigir gustosa con el fatal desenvolvimiento del amor humano. Y los instantes más bonitos, los instantes deliciosos en que pensaríamos toda la vida... serían estos, estos. ¡Qué gozo callado y profundo nos abrumaría! ¡Qué silencio el nuestro tan dulce! Tal vez una ventura así será demasiado grande para que la resista el corazón. Pesa tanto, que no hay quien pueda con ella. Por eso dura poco y se encuentra rara vez. Y —decía yo prosiguiendo en mi soliloquio— el caso es que esa felicidad ya no la catas nunca, hijo mío. Tití Carmen es como todas las mujeres, que sólo tienen *una* inocencia. Hoy la perderá; hoy otro hombre corta la azucena; hoy profanan lo que más respetas en el mundo. Por muchos años que transcurran y muchos favores que consigas de esa mujer, no te será posible traértela a una playa, con luna, de noche, por caminos donde a un lado y a otro crecen madreselvas, a probar emociones no sentidas, a entrar en la vida por la puerta de la ilusión.» En substancia, y sin duda en más desordenada forma y con mayor viveza de imágenes, ved aquí lo que se me ocurría durante el paroxismo de la pena, mientras luchaba con el abatimiento que causa la semiembriaguez. Un pensamiento flotaba confusamente dominando a los restantes. «Si el dueño de Carmen no fuese mi tío, yo no

estaría tan llevado de los diablos. Mi entusiasmo romántico por *ella* es la eterna prevención contra *él*, que adquiere otra forma.»

Subí al Tejo más desesperado que si me aquejase alguna tribulación real y positiva. Creo que en el camino arrojé y pisé con furia la rama de azahar tan solicitada por la mañana. Me dominaba para no hacer mayores extremos, y al entrar en la quinta huí de la gente y me fuí derecho al dormitorio, deseoso de tumbarme sobre la cama para blasfemar o revolcarme o aletargarme vencido por el cansancio.

Al subir la escalera de la torre, se me vino a la memoria que llevaba en el bolsillo la llave del cuarto de Serafín, y que era preciso ver cómo lo pasaba el aprendiz de clérigo. «¿Estará roncando esa calamidad?», pensé al abrir la puerta. Yo amparaba con la mano la luz de la palmatoria, tratando de distinguir lo que hacía el pobre borrachín. Según miraba hacia la cama donde juzgué que estaría tendido, a mis pies, del suelo donde permanecía a gatas, alzóse el monago como un jimio, riendo y enseñándome la fea dentadura.

—Mostrenco, ¿qué haces ahí? —le dije—. Buena la armaste hoy. Lástima de azotes. ¿Rezabas por tus pecados? Ea, a la cama inmediatamente, o te doy una mano de nalgadas.

Se incorporó. Los ojillos rebrillaban con gatuna fosforescencia; la cara estaba desencajada aún, y el erizado pelo rojo completaba lo extraño y diabólico de su catadura.

—No me da la gana de dormir... —contestó rechinando los dientes—. Tengo función de balde, en palco principal. Balcón de preferencia.

—¿Qué dices, escuerzo?

—Lo que es verdad. Mire por ahí.

Repentina luz me alumbró, y arrodillándome presuroso, apliqué la vista al punto que señalaba el monago.

El cuarto de los novios caía exactamente debajo de la torre: yo lo sabía, y lo recordaba en aquel instante, antes de mirar, con súbita lucidez. No era el techo de cielo raso, sino de madera con vigas y pontonaje; y al través de una rendija del piso nuestro como estuviese iluminada la habitación inferior, veíase perfectamente, con total claridad, cuanto en ella ocurría.

Una crispación me contrajo los nervios, al convencerme de que, en efecto registraban mis ojos la cámara nupcial. ¡Era verdad, la veía, la veía! ¡Atroz descubrimiento! Me contuve para no gritar y permanecer inmóvil, en vez de arañar el piso y contundir sus tablas con necia cólera.

Por fortuna, por casualidad, por disposición de Dios, en aquella alcoba no sucedía nada. Hallábase enteramente vacía y desierta.

A ambos lados del tocador ardían, en sendos candelabros de latón con colgantes de cristal, velas color de rosa. Detrás de la gran cama de bronce dorado, encima de la mesa de noche, otra vela, en menuda palmatoria de porcelana. Por el tocador, sobre la mesa, sobre el escritorio, en jardineras pendientes de la pared... flores, flores, flores, particularmente rosas. ¡Profanación de la naturaleza! ¡Rosas para aquella noche nupcial!

La propia soledad del sitio, el misterioso silencio, de tal manera iban soliviantando mi fantasía, que pensaba respirar el olor de las rosas, su perfume regalado difundido en la atmósfera tranquila. Creía oir al través de la ventana abierta la voz del ruiseñor, que a horas semejantes cantaba en el naranjo grande, y sus revoloteos en las enredaderas del patio. La blancura de las entreabiertas sábanas; la dulce paz de la habitación; la gracia del tocador de muselina y encajes, cuyos pliegues caían vaporosos hasta el suelo, todo me causaba exaltación y furia, acrecentando el desconcierto de mi alma. Mis sienes latían, y sentía en los oídos como el retumbar de un borrascoso oleaje: la posición en que me había colocado agolpaba a la cabeza la sangre, y me inspiraba deseos de rugir. El monillo eclesiástico me tocó en el hombro.

—¡Eh, *monsiú*, compañero... que eso no es lo tratado! —gruñó—. ¡Yo también soy de Dios y tengo los ojos para ver!

—¡Si no callas, te trituro! —respondí con ferocidad.

—¡Pues a lo menos, cuéntame lo que veas!

—¡No se ve nada, cernícalo! —respondí—. ¡Nada, nada, nada!

—¿No llegaron aún los cómicos? ¿No se ha levantado el telón? ¿No toca la orquesta?

—¡He dicho que te calles inmediatamente! —grité con ira.

Desde aquel instante el intransigente guardó silencio, aunque luego comprendí que no era por prudencia ni por virtud.

Yo seguía acechando, sin hacerle caso maldito. La cámara nupcial continuaba vacía, sugestiva, tentadora. Veía con desesperante claridad los detalles menores: sobre un plato de cristal, horquillas; en un acerico, alfileres; en el centro de las almohadas un escudo enorme, ricamente bordado; en la pila de agua bendita, una rama de boj... Conté las falenas que entraron por la ventana a abrasarse en la luz; conté las lágrimas de cristal de los candeleros... Me pareció que el corazón se me rajaba cuando escuché

voces en la puerta, un rumor confuso de despedida; se alzó el pestillo, y penetró en el dormitorio, con paso ligero y algo azorado, una persona sola; titi Carmen...

¡Ay Dios! Fuerzas, fuerzas para no gritar, para no desfallecer... Con su traje blanco, ajado ya de tenerlo puesto tantas horas, venía hechicera. Lo primero que hizo fué asomarse a la ventana, como si le faltase aire para respirar. Allí permaneció algunos minutos, y yo distinguía la línea bonita de su espalda, y comprendía o creía comprender sus pensamientos. Luego se quitó de la ventana y se miró un rato al espejo, a mi entender con más curiosidad que coquetería. Parecíame que la consulta al espejo respondía a la idea siguiente: «Veamos qué cariz se me ha puesto desde el gran suceso de esta mañana.» Luego, con una agilidad que demostraba el hábito de prescindir de la doncella, empezó a quitarse pendientes, aderezo, pulseras, broches, alfileres, dejándolos sobre el platillo de cristal, cuidadosamente, con aquel inteligente reposo que caracterizaba sus movimientos puramente mecánicos, donde no entraba la pasión. Y subiendo los brazos, se desprendió una por una las horquillas del pelo. Entonces ví suelto y en toda su belleza aquel magnífico adorno femenil. Destrenzado, cayó con blando culebreo primero hasta la cintura, luego hasta cerca de la corva, en olas negrísimas. Una inquietud cruel se apoderó de mí. El destrence y soltura de cabellos me pareció prólogo de otras licencias de tocado íntimo que iba a presenciar... y que sólo con imaginarlas ya me encendían la sangre en furor doloroso. Por fortuna —me pondría otra vez de rodillas para dar gracias—, ví que la emancipación del pelo no era lo que yo suponía, sino un preparativo de comodidad, pues no tardó en pasarse el batidor y recoger toda la mata en moño bajo, con gran sencillez. Terminada esta operación, puso el codo en el tocador y apoyó la mejilla en la palma de la mano, apretando los labios y moviendo de alto abajo la cabeza, como el que lucha con graves reflexiones. En su rostro distinguí una contracción penosa: tenía la cara del que, ya a solas, se entrega libremente a la preocupación y permite al semblante expresar lo que siente el alma. Sus pupilas se nublaron; inclinó la cabeza sobre el pecho; abandonó las manos en el regazo, y... aquello sí que lo oí claramente: suspiró, un suspiro profundo, arrancado de las entrañas... Luego alzó la frente y permaneció algunos minutos fijos los ojos en un punto ideal del espacio, probablemente sin mirar. De repente respiró fuerte y se levantó, como quien adopta una resolución decisiva y firme. Y en el mismo instante...

¡Ay! ¡No quiero ver, no quiero! Un hombre penetra en la cámara, furtivo, serio, acortado e irresoluto... Si mi ojeada tuviese el poder de la del basilisco, allí mismo se cae redondo el novio, muerto, carbonizado por el rayo de mi voluntad. Sobre el marco de la ventana se dibujó la silueta del deicida, y ví brillar su blanca pechera. Las bujías alumbraban de lleno su cara, más repulsiva que nunca, su barba de cobre, sus ojos impíos, que yo me sentía capaz de arrancar... Detrás de mí sonó clara y distinta una risa necia y burlona. Me volví, me incorporé y divisé al monago, a gatas, inclinando sobre otra rendija del piso. Aún empuñaba la navajilla con que la había ensanchado.

Estremecimiento homicida ocurrió por mis venas: temblando de rabia ceñí con mis manos la garganta de Serafín, y cortándole el resuello, grité: «Te parto, te deshago, te ahogo ahora mismo si vuelves a mirar. ¿Lo oyes, escuerzo? ¡Pobre de ti como nunca apliques los ojos a esas rendijas! Te asesino, sin remordimiento ninguno».

—Pues tú bien mirabas... ¡piñones! ¡pateta! —chilló el infeliz, casi hipando, cuando le permití resollar—. ¡Vaya unos modos! ¡Pateta! ¡Me ha clavado los dedos en la nuez!

—Yo no miro ya... ni tú tampoco... Éramos unos brutos... Si tuviésemos decencia, no se nos hubiese ocurrido ni la idea de mirar. Serafín, Serafín, no somos bestias, somos hombres. ¡No, mirar no!

—Ahora lloras... Estás loquito, vamos —exclamó el aprendiz de teólogo.

—Tú serás el loco y el energúmeno —contesté, haciendo un esfuerzo para reprimir las ridículas lágrimas que se me quedaban ardiendo entre los párpados—. Yo no lloro. Si llorase, sería de vergüenza de haberme arrodillado ahí. Voy a acostarme; pero como no estoy seguro de que tú no te pongas otra vez en cuatro pies, voy a amarrarte a la cama.

—No; formal, formal, Salustiño... ¡Pateta! —gritó el intransigente, aterrado—. No me amarre, que doy palabra de honor de no mirar...

—¡Palabra de honor! Buenos están los tiempos para honores... No hay confianza en la cuadrilla. No te haré daño, infeliz... Ya verás cómo no te hago daño.

Conforme lo dije, así se hizo. Le até las manos con un pañuelo, el cuerpo con una toalla. El menor movimiento le bastaría para desprenderse; pero estaba tan acoquinado y subyugado, que ni se rebulló. Sólo gemía de tiempo en tiempo. Yo me tendí en la cama. ¿Quién dormiría en mi caso? Transcurrieron las horas de aquella interminable noche, y las entretuve

volviéndome y revolviéndome, ocultando la faz en el hueco de la almohada, cubriendo con las manos, oídos y ojos, como si unos y otros se viesen obligados a sufrir el martirio de los sonidos y de las imágenes que envenenan los celos. Al amanecer salté del potro, me lavé, me arreglé; no dí suelta a Serafín; recogí mi ropa, y sin despedirme de nadie, sin ver a nadie, bajé a San Andrés, y de allí a Pontevedra y a Ullosa, a manera de quien huye del lugar donde se ha cometido un crimen.

XIX

Mi madre, con su sagacidad relativa y al pormenor, conoció al punto que yo iba preocupado y mohino; pero erró la causa. «A ti te han dado algún desaire en el Tejo. No me digas que no. Te hicieron perrerías, de seguro. Si no fué así, ¿por qué te viniste como los conejos en busca del *tobo*, sin despedirte ni cosa que lo valga? Vamos, confiésale a tu mamá el disgusto». Por más que juré y perjuré no haber recibido sino atenciones, ella no la tragó. «Bien, bien; cállate, haz misterio... Yo lo sabré, que todo se sabe. Ya me lo contarán los de fuera». Tuve que referirle punto por punto las circunstancias de la boda: digo mal, ella fué quien se adelantó a mis explicaciones, mostrándose enterada de menudencias que me asombraron. Estaba en detalles que yo desconocía. Era condición de su inteligencia pronta y aguda dominar la micrografía de la vida, y desconocer, en cambio, sus leyes eternas, hondas, visibles sólo para los espíritus superiores: las que han de regirla hasta que se apague su soplo y el universo se enfríe por falta de amor...

Los primeros días de estancia en la aldea sentí gran alivio. Aquel frenesí del día de la boda se había calmado con la falta de *especies sensibles* que lo reavivasen, y me parecía que el entusiasmo por la titi, el furor celoso y las meditaciones poéticas en la playa, fueron no más travesura de la imaginación, la cual gusta de fingir sentimientos profundos donde no hay sino antojos, efervescencias y espejismos.

Contribuyó a sosegarme la compañía de Luis Portal, que vino desde Orense a pasar conmigo una semana. Nos dimos tales paseos y tales atracones de pan y leche, que el sano cansancio y la rusticación hicieron su oficio, preparándome a oir con tranquilidad y hasta prestar asentimiento a razones por el estilo de las que siguen:

«Lo que te sucede a ti —me decía Luis en ocasión de estar los dos tumbados al pie de un castaño, donde habíamos *escotado* la siesta— es un fenómeno muy común entre nosotros los españoles, que creyendo de buena fe preparar y desear el porvenir, vivimos enamorados del pasado, y somos siempre, en el fondo, tradicionalistas acérrimos, aunque nos llamemos republicanos. Lo que te encanta y atrae en la señora de tu tío Felipe es

precisamente aquello que menos se ajusta a tus ideas, a tus convicciones y a tu modo de ser como hombre de tu siglo. Me sales con que la señorita de Aldao realiza el ideal de la mujer cristiana. Patarata, chacho. ¿Me quieres decir qué encontramos de bonito en ese ideal, si lo examinamos detenidamente? El ideal para nosotros debiera ser la mujer contemporánea, o mejor dicho la futura: una hembra que nos comprendiese y comulgase en aspiraciones con nosotros. Dirás que no existe. Pues a tratar de fabricarla. Nunca existirá si la condenamos antes de nacer.

»¿Cuáles son y en qué consisten las virtudes que atribuyes a la tití y que tanto admiras? A mí me parecen negativas, irracionales, brutales. No te espantes, brutales he dicho. ¿Casarse con un hombre repulsivo, entregársele como un autómata, y todo por qué? ¿por no autorizar con su presencia los pecados ajenos? ¿Quién responde de más acciones que las propias? Esa señorita o está demente o es tonta de remate; y al fraile que tal consiente y apadrina... no quiero calificarle, porque se me iría la lengua. Ese comprende mejor que la tití a lo que la tití se compromete: ese debiera haber evitado semejante barbaridad... Te digo que el frailecito... ¡Rediós! Pero, en fin, el fraile es el fraile; y nosotros, que pretendemos innovar la sociedad, en algo hemos de diferenciarnos de él.

»Una mujer como la que está pidiendo la sociedad nueva se pondría a servir, a coser, a fregar los suelos, si no se hallaba bien en la casa paterna, si creía su dignidad lastimada; pero nunca enagenaría su libertad y su corazón y su cuerpo para irse con semejante marido.

»Te entró la manía del cristianismo. Hay que dejarte. ¡Una perfecta cristiana! ¿Y por qué te seduce una perfecta cristiana? ¿Eres acaso perfecto cristiano tú? ¿Aspiras a serlo? ¿O crees que la ordenada marcha de la sociedad consiste en la esposa cristiana y el esposo racionalista?

»Salustiño, despierta, que estás soñando. ¡Vas a enamorarte de una mujer porque piensa al revés que tú en casi todo! Que está soltera; que te corresponde; que os casais; que ella conserva encendida la *antorcha de la fe*... y no te arriendo la ganancia. Déjasela a tu tío, que para él es de molde. Harán la gran pareja. ¡Pero para ti! Chachiño, cúrate de romanticismos y de cristiandades. Esto no quiere decir que no le hagas el amor a la tía; pero al modo humano, sin música de Poliuto. Si te gusta ¡hala con ella! Es decir..., siempre debes tener cuidado, para evitar dramas... Los dramas, en el teatro Español... y aun allí, la mayor parte salen hueros. En fin... sin drama... ya me entiendes. Pero como vuelvas a contarme novelas de cristianas y

judíos... te doy bromuro. Y sobre todo... a estudiar. No soy más perdigón, ni por la diosa Venus que venga a hacerme garatusas.»

No dejaron de persuadirme las observaciones del discretísimo orensano. Cuando menos, me indujeron a meditar sobre el problema de mis entusiasmos locos. En efecto, el pensar y el sentir de mi tití, eran radicalmente opuestos a los míos: yo no creía en nada de lo que ella reverenciaba: su moral difería de mi moral: la palabra *deber* en nuestros labios tenía diferente significación, y sin embargo, me atraía más hacia ella esa disparidad de ideal, como al blanco le atrae a veces el color cetrino de la mulata, y a la ardiente gitana el dorado cabello del inglés. ¿Acertaba Portal al decir que nosotros estábamos sin hembra propia y nos convenía buscarla, hacerla a nuestra imagen para que nos comprendiese y su cerebro funcionase a compás del nuestro? O al contrario, ¿era mayor atractivo la picante oposición de las almas y el tener yo en la mía cámaras obscuras donde, como en la de *Barba Azul*, le estaría a ella siempre vedado penetrar? ¿Por qué exaltaba yo a aquella mujer, viendo en ella la perfección misma del tipo femenil? ¿Por qué su sacrificio, que en mí me parecería absurdo, en ella se me antojaba sublime?

«En lo que acierta Luis», resolvía yo definitivamente, «es en que conviene estudiar, y que el drama interior es enemigo del trabajo». En efecto, cogí libros para repasar un poco aprovechando el ocio de las vacaciones, y al concentrar mis facultades y aplicarlas a las inflexibles matemáticas, trabábase en el campo de mi mollera descomunal batalla, que yo llamaba en mi lenguaje íntimo, la *guerra entre las rectas y las curvas*. Las rectas eran las ecuaciones, los polinomios, los teoremas, los problemas de secciones de ángulos y otras demoniuras semejantes; las curvas, los ensueños amorosos, las antipatías judáicas y toda la pícara ebullición de mi fantasía moza. Al principio las curvas llevaron la mejor parte, pero la táctica y precisión de las rectas acabó por imponerse a aquel indisciplinado ejército, que se replegó en el peor orden posible hacia el corazón, último refugio.

Ya se acercaban a su término las vacaciones cuando recibimos una visita inesperada. El intransigente Serafín vino en persona, sin asomo de hiel ni de rencor, sobón y pegajoso lo mismo que un perrito, a instalarse en la Ullosa: yo no pude recordar que le hubiese convidado, y mamá juraba que tampoco. Le acogimos sin ceremonia, y desde el primer día le dedicó mi madre a recortar espalleres, recoger fruta y echar pitanza a los pollos, tareas que él

desempeñaba gustosísimo. Cuando nos hablamos sin testigos, lejos de mostrarme el más mínimo enfado, me soltó un estrecho abrazo, me hizo cosquillas y se soltó a barbarizar, a su estilo de orate. «¿No sabe?» preguntó afectuosamente. «Así que usted se largó yo me desaté. Si me pillan amarrado, buena la hacíamos. ¡Qué guasa! Lo de mirar no estaba bien. Pero era guasa, era pavita. El *Pajaritum* tenía la culpa. Los novios, a Pontevedra aquella misma tarde. Ahora andan por allá muy *majaderos*, luciendo las galas; el Santo les ha obsequiado con una gran comida en el Naranjal; hubo sesos de contribuyente fritos; y cola de litigante en escabeche... De postres, turrón; como que ya la casa de su tío está alquilada para oficina de Correos. ¿Eh? ¡Guí, guí! Al señor de Aldao le ha venido no sé qué cruz, con mucho tratamiento de *perliquitencia*... ¿Y no sabe lo bueno? ¿No ha leído de la irrisión, digo, de la procesión de la Divina Peregrina? Me pasmo de que no cayese sobre ella fuego del cielo, según dijo el otro: *Pluit super Sodomam et Gomorrham sulphur et ignem a Domino de cœlo*. Hombre, ¿cómo no fué a Pontevedra ese día? Otra igual, ni en veinte años. Hasta los periodiqueros y los masones alumbraban. Le digo que sí. Y luego el *Teucrense* le llamó a la procesión *festival*. ¿Qué es festival? A modo de *saturnal*, sin duda». Después, bajando la voz, añadió: «También un obispo papaba moscas allí, y no por amor de la Peregrina... Pero no se pasme de eso. Nestorio fué obispo de Constantinopla. ¿Y quién promovió el cisma de aquel grandiosísimo cerdo del rey de Inglaterra, sino otro gorrino de obispo hereje que se llamaba *Crémor o Cremer*...? Déjeme de obispos. La Iglesia la hemos de regenerar solitos el Papa y los clérigos... digo, no, los aprendices de clérigo y unos cuantos laicos de agallas... mande lo que guste la Encíclica *Cum multa*».

Le aseguré que no sabía lo que podía mandar semejante Encíclica, y le pregunté por Candidiña como al descuido. «¡Uy! Buena pieza... guí, guí. Ahora, solita con el viejo... Lo ha de volver del revés». Hablóme también del Padre Moreno, y supe que el fraile moro, terminados sus baños de mar, pensaba pasarse dos días en la Ullosa.

En breve se confirmó el anuncio y apareció el Padre, todo empolvado de su larga jornada en diligencia. Mi madre, que le quería mucho, le recibió al pronto con cierta frialdad: no podía perdonarle el haber bendecido la boda. Yo, en cambio, extremé la cortesía. Hubiese deseado poder decirle a Aben-Jusuf: «Aquellos delirios pasaron. Se me ha deshinchado el sentimentalismo. ¡Si viese usted qué bien me encuentro! Lo mismo que

quien se aplica un remedio para curar una neuralgia, y lo consigue. Mi dolor de muelas amoroso ya cesó. Me parece increíble haber sido aquel que por poco se desnuca arrojándose de un árbol, se envilece espiando, se tira al mar en una noche de bodas o le pide a usted el hábito de novicio. Aquí tiene usted a un muchacho formal, alumno de Ingenieros e hijo de Benigna Unceta, señora muy práctica. Estoy sano». Si no fué esto mismo, algo muy semejante le indiqué en un paseíto que el fraile y yo nos dimos por los montes. Recuerdo que él se mostró sinceramente satisfecho, y debió de contestarme lo que verán ustedes.

«Óptimamente, pero no fiarse. Los calenturones del corazón no duran como dan, ¡Dios nos asista!, sólo que repiten. Y repiten por culpa nuestra, que nos llegamos al fuego. En esa lotería se pagan aproximaciones. No aproximarse. Respetuosa distancia. Cordón sanitario. Si hace usted otra cosa, no le tendré por hombre honrado».

Mutatis mutandis, así se expresó el Padre Moreno. Pasados los primeros instantes, mi madre, que tiene corazón de oro e instintos hospitalarios, le trató con agasajo, empeñándose en alimentarle bien y a todas horas, hasta el extremo de que el fraile se sublevase cómicamente. «No más pollo, aunque usted me emplume... Ni más pisto... ¡Qué señora! Alma de almirez, corazón de dátil, ¿quiere que yo reviente aquí? Usted mande en su polisón, señora, que yo mando en mi estómago...» Poco duró el exagerado obsequio gastronómico; a los dos días, el Padre se nos marchó a su convento, dejándonos un gran vacío. Había espirado también su temporada de vacaciones y el permiso del superior para bañarse y atender a la salud, y el moro con sayal se volvía resignadamente a su tétrico retiro de Compostela, donde, a fuerza de humedad, sudaban los muros y verdeaban las junturas de las piedras. A pesar de la entereza con que el fraile afirmó que iba satisfecho al cumplimiento de su deber, comprendí que aquel español medio sarraceno, prendado de la luz del África, debía de sufrir mucho en cuerpo y espíritu viéndose desterrado a clima tan húmedo y gris.

Le ví marchar recordando con sorpresa que le había envidiado aquel sayal y hasta aquella cadena de los votos. «A la fuerza yo he padecido este verano una especie de *psicalgia*. Ahora que estoy convaleciente lo comprendo». Los pocos días que faltaban ya para mi salida hacia Madrid, como no teníamos huéspedes ni gran distracción, me sepulté en la lectura de dos o tres librotes muy interesantes: obras de filosofía, entre ellas la *Crítica de la razón pura*, de Kant. Exento, a mi parecer, de toda engañosa

alucinación, de toda exaltación enfermiza, ¡con qué puro deleite se empapaba mi inteligencia, docilitada por el estudio de las matemáticas, en la enseñanza del filósofo! ¡Con qué dulce firmeza sentía penetrar en las últimas casillas de mi cerebro aquellas verdades del criticismo, que, lejos de conducir a la escéptica negación, nos infunden sereno convencimiento de la vanidad de nuestras tentativas para conocer el mundo exterior, y nos encierran en el benéfico egoismo del estudio de nuestras propias facultades!

Cuando después de una lectura de Kant salía yo a recorrer el soto, la pradería, las modestas dependencias de la granja patrimonial, y la paz del atardecer se me infiltraba en el espíritu, me encontraba venturoso, salvado de mis locuras, encerrado en la línea recta. «Entiende y serás libre», repetía para mí con juvenil orgullo.

XX

Al saltar del vagón en Madrid, en la estación del Norte, divisé lo primero las rojas barbas y la geta repulsiva de mi tío Felipe, que me alargó la mano y llamó a un mozo para entregarle el talón de mi baúl. Después, metiéndose conmigo en un coche de punto, dió las señas de su casa: «Claudio Coello, número tantos...»

—¿No vamos a mi posada? —pregunté sorprendido.

—Verás... —respondió el hebreo con aquella dificultad de frase y contracción de rostro que acompañaban en él a la manifestación de la avaricia—. Es una tontería andar con cumplidos entre parientes... En mi casa hay un cuarto sobrante, que de nada sirve; lo ocupaban unos trastos... Es alegre y capaz... Mejor tratado que en la posada estarás, chico... Y para tus estudios, la tranquilidad que quieras.

Comprendí el mezquino cálculo. Pagarme el pupilaje tenía que costarle más, por barato que fuese, que hospedarme en su casa. Pero yo *allí*... En el primer momento no sé qué efecto me produjo la idea. Lo cierto es que exclamé:

—Mi tía no verá con gusto ese arreglo.

—Te diré —respondió el marido—. Al principio se le figuró que para tu objeto convenía más la casa de huéspedes... Terqueó un poco... Pero la he convencido... Ya está conforme y te espera.

Guardé silencio. Notaba la impresión desagradable que se experimenta al salir de una atmósfera templada a una corriente de aire frío. La vida en la Ullosa había sido un paréntesis, un descanso, una especie de grata somnolencia; y aquel brusco llamamiento al exterior, a la agitación y a la fantasmagoría, precisamente en el momento de reanudar los estudios, de necesitar toda mi voluntad y fuerza mental para consagrarla a mis arduas tareas, me desquiciaba. Y con todo, la juventud ama tanto el riesgo, la marejada y la tormenta, que sentí un estremecimiento de placer cuando mi tío oprimió el disco de cobre de la campanilla eléctrica, y se abrió la puerta tras de la cual estaba Carmiña Aldao.

¡Con qué temblor íntimo la saludé! Mi sangre toda giró por el cuerpo precipitándose al corazón; conocí las señales de la antigua llama, y mi

lengua, pegada al paladar, casi no acertaba a articular el saludo. La esposa de don Felipe me recibió correctamente, sin mostrar ni despego ni cordialidad excesiva. Llenando sus deberes de ama de casa, me instaló en mi cuarto, se enteró de lo que yo necesitaba, me mostró varios muebles donde podía colocar libros, ropa, me dió consejos prácticos para aprovechar mejor las cuatro paredes... «Aquí pones tus camisolas... En esta percha cuelgas la capa... La mesa aquí, junto a la ventana, que podrás estudiar mejor... Mira, este es el lavabo... Ten aquí siempre las toallas... Te he buscado este quinqué de pantalla verde, que no te echará a perder la vista...»

Mientras ella explicaba semejantes pormenores, yo la miraba con tal sed de verla, que bebía sus facciones y devoraba su imagen querida. Lo que buscaba era esa revelación que, bien estudiado, encierra todo rostro de mujer casada; la cuenta corriente de la felicidad. No, no era feliz. Lo cárdeno de sus ojeras no procedía de amorosa fiebre, sino de pena oculta. Su boca no se dilataba para la risa o el halago; se recogía como la de todo luchador que mortifica solitariamente la carne o el espíritu. Sus sienes estaban un tanto marchitas. Su talle era más plano: no había adquirido la redondez graciosa y majestuosa que se advierte en las desposadas a los pocos meses de vida conyugal, aunque no sean madres. ¡No era feliz! ¡Cuánto trabajó mi fantasía sobre la base de esta suposición!

Poco tardé, sin embargo, en habituarme a la convivencia con titi, y fué no pareciéndome tan peligrosa. La proximidad es siempre incentivo, pero la convivencia, quitando interés dramático y novedad a las ocasiones de encontrarse, tal vez disminuye el riesgo.

Aunque los últimos años de la carrera de ingeniero distan mucho de ser tan absorbentes como los primeros, y las dificultades van allanándose a medida que se sube la áspera cuesta, el estudio bastaba a ocupar mis ocios. La vida de titi se deslizaba tan aislada de la mía, que viviendo bajo el mismo techo, apenas nos tropezábamos fuera de las horas de comer. Por la mañana salíamos los dos, yo a mis clases, ella a compras y a devociones muy largas. Al almuerzo yo observaba en Carmiña cierta animación, contento inexplicable. Venía de la iglesia: era evidente. Mi tío, también satisfecho y decidor, de zapatillas y sin corbata, charlaba conmigo, me hacía preguntas, comentaba las noticias de la víspera, los diálogos con D. Vicente Sotopeña en el salón de conferencias y en los pasillos del Congreso, sobre el cariz de la política, las insinuaciones de los periódicos, la última conversación confidencial de la Regente con el Embajador de Austria, que

persona bien enterada había repetido en el Casino de pe a pa. Sin duda yo provocaba la locuacidad de los esposos, pues Carmiña, a su vez, me contaba la gaceta de Pontevedra, los inocentes chismes que la escribían sus amigas, y detalles relativos a las vecinas del principal y del entresuelo, a las cuales solía visitar de noche, según la costumbre mesocrática madrileña, que organiza en cada casa una tertulia de vecindad. Por la tarde mi tío salía, ya solo, ya con su mujer; yo necesitaba bien el tiempo para trabajar o pasear con Luis, y ¡adiós hasta la comida! Esta era más triste que el almuerzo: mi tía estaba nerviosa y excitada, o aplanada y distraída, sin que lograse disimularlo. De noche, ella subía a sus tertulias caseras o hacía labor junto a la chimenea, y mi tío me sacaba de casa, llevándome, a veces, a algún teatrillo por horas. Ningún peligro. El engranaje de mis tareas me salvaba de las sugestiones de la ociosidad. El diablo no sabía cuándo tentarme.

Ya supondrán ustedes con quién desahogaba yo. ¿Para qué están en el mundo las personas sesudas y discretas como Portal, sino para oir confidencias de maniáticos? Creo que me incitaba a hacer confesión plenísima el mismo desagrado del confesor. Sus agrias censuras eran latigazos que me estimulaban a escarbar más hondo en los rincones de mi espíritu.

—Chacho —díjome un día el formal amigote—, ya he adivinado lo que padeces. Conozco la medicina. Guíate por mí y sanas al cuarto de hora. El mal tuyo recibe este nombre técnico: *espuma de la mocedad comprimida*. El remedio se llama... ¡adivina adivinanza! Se llama... Belén.

—¿Belén? ¡Qué absurdo!

—Qué, ¿no te acuerdas ya? Belén, la hurí de negros ojos, la que pegaba angelitos en cajas de cartón. ¿Tan olvidada la tenías? ¡Descastado! Pues yo la he seguido la pista... Chico, transformación de comedia de magia. Verás a la prójima en su apogeo. Coche no lo arrastramos aún... pero todo se andará.

—¿De veras? ¿Ha encontrado su *gran Paganini*? —pregunté con indiferencia.

—No quiero decirte nada hasta que juzgues por ti mismo... Quedarás absorto.

De allí a pocas tardes, el orensano me guió a una buena casa, en la calle, céntrica y solitaria a la vez, de las Hileras. El portal era decoroso; la escalera cómoda y clara, y la puerta del entresuelo a que llamamos, tenía aspecto de seriedad y discreción, y metales relucientísimos.

Nos abrió una mujer de mediana edad, vestida de negro, mestiza de doncella y ama de llaves, y a las primeras palabras de Luis dijo que pasásemos a la sala, que iba a avisar «a la señora».

—¿Eh? ¿Qué tal? —exclamó mi amigo—. ¿Qué te parece? «La señora» por arriba y «la señora» por abajo... Sillería de reps, color botón de oro... espejo con marco de palo santo... alfombra de buena moqueta... cortinas de yute fino... dos jarrones de bronce y porcelana... un costurero incrustado... un entredós... su quinqué con pantalla de paraguas... Me parece que el bolsista no se queda corto.

—¡Qué metamorfosis!

—Ahí verás tú... Los tiempos *cambean*. Por otra parte, la metamorfosis era prevista. La chica se cansaba de pegar cromos en cucuruchos; pero no le habían saltado más gangas que el cicatero de tu tío, que al darla dinero para dulces, la tomaba después la cuenta por céntimos. Cuando apareció el bueno de don Telesforo Armiñón, resuelto a sacarla de penas, ¡ayúdame a sentir!, vió el cielo abierto. Lo primero que pidió la infeliz fué calzado... Tu tío la traía con los dedos fuera... Estas de Madrid tienen su vanidad en el pie... ¡Ahora hay cada zapatito...! (Portal lanzó un beso al aire). Ahí viene ya... Ponte serio.

Rugir de faldas... Belén hizo su entrada solemne. ¡Diantre! Era verdad; no había quien la conociese. Peinada con la clásica modestia de las señoras, lucía una bata de terciopelo color hoja seca, y en las orejas dos tornillitos de diamantes. En las manos, afinadas ya por la holganza, relucía también alguna piedra; y al andar se entreveían los zapatitos famosos, estrechos, entaconados, de raso obscuro, un par de monerías. Me pareció más gruesa, de movimientos más tranquilos y lánguidos, de tez aún más pálida y fresca que antes, comparable sólo al satinado de la hoja de magnolia.

—¿Venimos a mala hora? —preguntó Portal.

Antes de responder, Belén se fijó en mí, y chilló de alegría...

—¡Hola! ¡Ya pareció el perdido! ¿Es usted, mala persona? Una sola vez he tenido el gusto de verle, y luego la del humo... Veraneando ¿eh? Pues aquí nos hemos aguantado los demás con calores y sofoquines. ¿Cuándo llegaste? —añadió apeándome el tratamiento.

—Hace dos días —atajó Portal—, y siempre suspirando por echar la vista encima a la gente buena. No me dejaba vivir con «vamos a saludar a Belén... Aunque como ahora está hecha una señorona, puede que no haga

maldito caso a los pobres estudiantes... Yo me pongo malo si no la veo... Lo dicho, me da un ataque de... algo...»

—¡Ande usted, gallego trapacero! —contestó la hermosa, que, clavando en mí sus flechadores y soberbios ojos, me envolvió en una mirada fogosa y humilde a la vez—. Ni éste se acordaba de mí, ni ganas... Ná; después de aquel día de jaleíto... si te he visto no me acuerdo. Y yo... claro, ¿qué ha de hacer una? Para los despilfarros que gastaba tu tío... ¡Tiñoso igual! Dicen que se ha casado... Divertida estará la mujer... En fin, ahora me encuentro como la propia rosa... Estos son otros López. ¡Ea! —añadió sin dar tiempo a que nos sentásemos— a ver mi casita; es la gran casa... Gabinete con chimenea y todo... Hoy no han encendido, porque todavía no hace frío, ¿sabes tú? pero voy a mandar que enciendan, volando. ¡Olé! Pasa por aquí... el comedor, chiquito, pero no se dan banquetes,... una cocina hermosa... cuarto para baules... Entra ahí... alcoba de columnas y todo...

—Hija —advirtió Portal con ánimo de sacarla de sus casillas—, no me convences. Has pasado de un avariento sin careta a otro hipócrita. Armillón tiene millones, y ni te ha puesto coche, ni te ha vestido los muebles de seda; de manera que... no me digas a mí que se porta. Lo que es el diván de raso y el milor te los debe, como yo debo la vida a mi padre. Andan por ahí la Sevillana y Concha Ríos hechas unas reinas en su carruaje. ¿De qué te sirven los trajes ricos ni los aretitos de piedras, si no puedes ir al Retiro a quitar moños?

—Calla, calla... Déjame a mí de coches. El coche me marea —respondió la pecadora, molestada por lo del milor, sin poderlo remediar—. ¿Qué te crees tú, que si le pido coche va a negármelo? Pero no lo pediré. Yo tengo mucha dignidá, ¿sabes? Cuando veo personas decentes, y no como aquel Iscariotes de tío de éste... ¡Dios, qué tipejo! No será tío verdadero suyo. Puede que la abuela...

Después trazó una semblanza de su bolsista.

—Lo mejor que tiene, que viene poco. En jamás hasta que cierra el... el bolsín —repitió, afirmándose en lo dicho—. Y hay días que ni aporta. Hoy, verbigracia. Me ha avisado, de manera que estoy en grande...

—¿Y si se le antoja presentarse de repente?

—¡Vaya una dificultad! Con no abrir... Él no tiene llave. Si te digo que mejor pasta de hombre... Como yo grite «coche», va a contestar «un *mail* de seis caballos». Pues si viene... mañana le digo que había salido con la Fausta, a ver a mi madre y a Cinta... Lo cree a puño cerrado.

—¿Y esas? —preguntó Portal.

—¿Quién? *¿Las otras?* Pues... hijo, insufribles. Si las doy el Perú, me piden el Potosí. No hago más que sacudírmelas, porque me chupan la sangre. Cada bronca que me arman... ¿Y no sabes? A Cinta le ha entrado la tarantela de echarme sermones, y dale con que ella, antes de sujetarse a un hombre por dinero, ha de trabajar y buscarse la vida... Empeñada en meterse a tiple de zarzuela. Lo malo es... que tiene que aprender el solfeo. Pero yo he convencido a mi señor de que me alquile un piano y me pague un maestro, y la muchacha vendrá aquí a dar lecciones. Hay que estrujar el limón... ¿Para qué sirve un rico, a ver? Pues nada, hoy os quedáis aquí; hoy hacéis penitencia en esta casa... Verás qué vajilla tan mona y qué cubiertos de plata... Es decir, de plata Meneses: porque no era cosa de exponerse a un robo. Me pondré el vestido bueno de faya francesa, que me regaló ahora poco, día de su santo... Nada, que tengo gusto en que veáis mis galas. Estrenaré el reloj. Rige mal, pero es de oro... Luisillo que se largue si tiene que hacer: ¡lo que es tú no te vas...!

Algunos días después del convite de Belén, paseando con Luis por Recoletos, me dijo mi amigo entre severo y envidioso:

—Todos los pícaros tienen fortuna. La Belén, loca por ti: mujer más encaprichada no se ha visto. Ayer tuve que darla buenos consejos para que no plante a su bolsista y vuelva a vivir en un sotabanco, a fin de recibirte con toda libertad. La he dicho que se agarre al señor de Armillón mientras no le salga otro que tenga más arranque y ponga landó y regale plata fina en vez de Meneses. ¡Lo que yo la he predicado! Ni un misionero... Pero tienes más suerte que un ahorcado, trucha. ¡Cuidado que entrarle así por el ojo derecho a la niña esa!... ¿Y qué, aún no estás contento? ¿Aún andas por los espacios imaginarios? Si te parto un alón...

—Párteme lo que gustes —contesté francamente, condensando en un suspiro mis desilusiones—. Chachiño, en el mundo hay algo más que las satisfacciones de la materia. Si me apuras te salgo con que la materia no existe... Es un mito. A los dos minutos de haberme despedido de Belén... nada, me olvido hasta de que vive tal mujer en el mundo. Salgo de allí más espiritualista que un diablo.

—No puedo oirte desatinar así —gritaba Portal furioso—. ¿Qué espiritualismo ni qué calabazas? Ándate por las nubes y sé perdigón. ¿Dónde hay perla como una Belén, una mujer en quien no se piensa más que cuando hace falta? Belén es para ti el premio gordo. Lo que te pasa es

que te han embrujado en esa casa maldita de tus tíos. La atmósfera de hipocresía y de estupidez en que vives, te va secando el magín poco a poco. ¿Por qué no te vienes a mi posada? Estarías al pelo. Te sacaríamos inmediatamente del cuerpo los demonios. Trinito, este año más célebre que nunca. ¿Querrás creer que nos canta no solamente las óperas, sino todo cuanto oye en los conciertos del Salón Romero? Nos tiene de Lohengrin y de Tanhauser hasta el testuz. Y lo mejor es que piensa meterse a crítico musical. Ayer casi le tiramos la cafetera a las narices, porque nos rompió el tímpano con *La muerte de Iseo*. Anda memo, arrímate a nosotros.

—Luis, seré todo lo simple que quieras... pero no puedo resistir a esa muchacha. Conozco que es guapa, que me tiene ley, y así todo... Vamos, que no me resulta. A ver si tú, que has armado ese lío, lo desarmas. El mejor día la digo en su misma cara que la aborrezco, lo cual sería una crueldad tonta. Nada; dejarlo. El vicio y la desvergüenza podrán entretener un rato, pero hastían.

—Bobalicón, ¿dónde están semejantes desvergüenzas ni semejantes vicios? ¡Pues si Belén, moralmente, vale un tesoro! Belén te quiere de verdad; Belén daría por ti la plata Meneses y los zapatos de raso... Belén posee un corazón y tu tía no, al menos para ti, criatura. ¡Dale con las mujeres virtuosas! Me apestan. Más virtuosa es una estatua de yeso, que ni siente ni padece.

—¿Qué sabes tú —murmuré dejando, como a pesar mío, que se desbordase la esperanza—, qué sabes tú si ese corazón existirá? ¿Y si existiera?

Portal se quedó repentinamente preocupado y serio. Su entrecejo se frunció, y con voz algo alterada me dijo:

—No permita Dios que exista. He pensado sobre el caso, y te juro que lo que mejor puede sucederte es que eso no sea nunca. ¿Lo oyes? ¡Loco de atar! A Simarro que te reconozca. Supón que en efecto, la tití te quisiera; vamos, que se revelase ese corazón. Pues después de revelarse y de quereros mucho, mucho, como Francesca y Paolo, ¿qué haces? Sepámoslo. ¡Venga ese programa amoroso! ¿Te escapas con ella? ¿La pones un piso? ¿Profanas el hogar paterno de tu tío con toda frescura? ¡Contesta, guillado!

Su interés por mí le irritaba. Sus ojos saltones me miraban con cólera, igual que mirarían a un chico emperrado en cortarse un dedo manejando una navaja.

—Yo no sé qué responderte... —dije meditando—. Lo que comprendo es que sería feliz, ¿entiendes?, completamente feliz, si me quisiese esa mujer. Que me quiera. No pido más. Me apartaré de ella, me iré al Polo Norte, pero seguro de que me quiere. Eso aguardo y por eso vivo. La respeto como a la Virgen... pero que me quiera, que me quiera.

—Que me quiera, que me quiera —tatareó Portal remedándome la voz y el gesto—. Pues es una borricada muy grande, ¡caracoles! y no puedo aguantar que la digas. Excuso advertirte que no hablo así por el aquel de la moralidad ni del respeto al hogar ¡bssssss! La moralidad... que cada uno se la arregle; el hogar... tal como hoy lo conocemos, es una institución caduca, y quien más la barrene más recompensa merece de la patria. No es eso ¡rábanos! Se trata de la conveniencia... de tu conveniencia propia. Estás perdiendo el juicio y vas a perder el año, ¿por qué? Por un fantasma. A nuestra edad todos soñamos con la mujer, y es bien natural que soñemos; pero debiéramos soñar con la mujer cortada para nosotros, y no precisamente con la que nos haría infelices si nos uniésemos a ella. ¡Que tu tía es muy buena, muy pura, muy santa! Bondad pasiva; sumisión al destino; rutina moral, hijo... y se acabó, se acabó. Tú, casado con tití Carmen, procederías como don Felipe: no la dirigirías la palabra a las horas de comer, y la dejarías sola todo el tiempo posible, porque ni os entenderíais, ni os resistiríais el uno al otro. Divorcio de alma más completo no se concibe. Créelo. No te forjes ilusiones bobas. ¿Serías tú íntimo amigo de un neocatólico sin cultura y lleno de preocupaciones? ¿No? Pues tampoco de tu esposa. Y lo que en ella consideras virtud, en el neocatólico te parece mojigatería.

—Luis —exclamé— ¿te atreves a negar el heroismo de una mujer que por no presenciar los extravíos de su padre sacrifica su juventud y se casa con un hombre a quien no puede amar? Ya otra vez hablamos de esto, y me subleva que no estimes acción tan noble y tan rara.

—¡Pues por eso, pues por eso! —vociferó Portal ya fuera de sí—. Yo te replico desde mi punto de vista: ¿Te atreves a calificar de virtud la acción de la mujer que acepta a un esposo repugnante, y no prefiere salir a cantar en un teatro como Cinta, o fregar pisos como la alcarreña que nos sirve en casa de doña Jesusa? ¿Pues en qué se distingue tu soñado ángel de Belén, por ejemplo? Belén sufre a un protector antipático, porque le conviene... porque así gasta y triunfa... Y tu señora tía...

—Cállate, cállate —grité levantándome furioso a mi vez—. Si dices una palabra más sobre eso, creeré que eres un canallita y te abofetearé, tan cierto como me llamo Salustio. No me nombres a Carmiña después de nombrar a Belén. No busques tres pies al gato...

—Tú eres quien buscas camorra, retal...

—Recual, a mí no me...

—Bueno, pues anda a freir espárragos...

—Y tú a escardar cebollinos...

Etcétera. No añado más, porque el discreto lector supondrá fácilmente lo que se dirían dos acalorados amigotes. En quince días no le miré a la cara a Luis. El caso es que me parecía que me faltaba algo: la razón práctica de mi vida, el Sancho moderador de mi fantasía quijotesca. No me hallaba sin sus advertencias, sus burlas, sus enojos y sus lecciones. A la hora de ir a buscarle a su posada, me entraba desazón e inquietud y hasta nostalgia indecible. Echaba de menos el hábito inveterado, la dulce costumbre de la comunicación, del chispazo intelectual, de la contradicción misma. Hubo días en que llegué a figurarme que me era más indispensable la vieja amistad que el sueño amoroso. «Maldito si sabía yo —pensé— que necesitaba tanto a este hombre. Ando sin sombra. Pero yo no me doblo. Que venga si quiere...» Y vino, vino, probándome una vez más que él representaba en nuestro mutuo trato el buen sentido o el sentido común o como se nos antoje llamar a esa cualidad grata y modesta que quita énfasis a nuestros actos y nos enseña a no amargar la vida con necios tesones y quisquillosidades dramáticas. La reconciliación se verificó con la mayor naturalidad: un día, al salir de clase, Luis me empujó el codo, y preguntóme risueño: «¿Se ha pasado el cabrito? ¿Vamos a hacer las paces?» Me abracé a él, lo confieso, con toda el alma, tartamudeando: «Luisiño, ¡chacho de mi vida!» Y él se reía, diciéndome: «Quita, memo... parece que vuelves de América después de veinte años de emigración».

Salimos de allí agarrados de bracete, y aquella tarde charlamos más que nunca. «Ya no te llevaré la contraria —advirtió mi amigo con resignación burlona—. Enamórate como un dromedario africano o como Marsilla el de Teruel... yo dejo correr el agua. Tú has de convencerte. Para ser felices, necesitamos mujeres ilustradas que piensen como nosotros y que nos entiendan. Bueno, yo lo creo así; pero a ti se te ha puesto en el periquito que nos convienen las damas del siglo XIII o las santas góticas pintadas sobre fondo de oro... Adelante. Caerás del burro, Aparte de que la tití... chacho, ni

esto. La lucha con lo imposible acabará por cansarte. No te atufes. Dime cómo andan tus amores; abre ese corazoncito.»

—Luis —murmuré con misterio—, yo no sé si me quiere o no me quiere a mí. Pero estoy cierto... ¡atiende bien!, de que no puede sufrir a su marido.

—En eso demuestra buen gusto.

—No me equivoco, no. La observo, Luisiño, la observo. Está la pobre descolorida; apenas come: por las mañanas, cuando va a la iglesia, y sobre todo los días que comulga, manifiesta cierta serenidad; pero por las noches... ¡Ay! Yo creo que tiene la fiebre cuotidiana de la aversión.

—¿Y el marido? ¿Se distrae por ahí?

—Me parece que no. Se retira a horas razonables, aunque salga a conferenciar con Sotopeña o al Círculo. A Belén no intenta verla: me consta. Mi tío es avaro, ya lo sabes, y por economía capaz es de contentarse con lo de casa... Luis, yo trago mucha saliva, pero me consuela saber que ella está triste y padece.

—Bonito consuelo. Y sabe Dios si te engañarás, y si esa mujer se entenderá perfectamente con su marido.

—Es que si yo la viese hecha una tórtola con él... no sé qué me sucedería.

—Que se te quitaría el viento de la cabeza. ¡Los diablos carguen contigo!

Pasábamos esta conversación a tiempo que, saliendo de la calle Mayor, penetrábamos en el famoso Viaducto o suicidadero. La tarde, de magnífica serenidad, convidaba a arrimarse al alto enverjado y admirar al través de sus huecos el punto de vista, acaso el más hermoso de Madrid. Sin entretenernos en revolver los libros viejos, de texto la mayor parte, mugrientos y maltratados casi todos, que vendía al aire libre y sobre el santo suelo un vejete con facha de maniático, aproximamos la cara a los hierros y nos embelesamos en mirar primero el grandioso panorama de la izquierda, el rojo palacio de Uceda con sus blancos escudos a que sirven de tenantes fieros leones; las mil cúpulas y rotondas de templos y casas que domina, esbelta como la palmera, la torre mudéjar de San Pedro. Luego nos volvimos hacia la derecha, encantados por la fresca verdura del jardinete que a gran distancia debajo de nosotros extendía un tapete de coníferas y arbustos en flor. Allá a lo lejos, el Manzanares trazaba sobre las verdes praderas una *ese* de metal blanco, y el Guadarrama erguía su línea blanca y refulgente detrás de los severos y escuetos contornos de las sierras

próximas. Pero lo que nos fascinaba, la nota sublime de aquel conjunto, era la calle de Segovia, a pavorosa profundidad, abajo, abajo... Luis me apretó la muñeca diciéndome:

—Hijo, este Viaducto explica todas las muertes que han ocurrido en él.

—Como que convida a arrojarse —respondí sin dejar de contemplar el abismo del empedrado y sintiendo ya en la planta de los pies el hormigueo del vértigo.

—Mira un suicida, chacho —exclamó súbitamente Portal, señalándome a un hombre de muy derrotadas trazas, apoyado en la barandilla también. Lo que es ese se tira de un momento a otro.

Me acerqué curiosamente. El presunto suicida se volvió... ¡cuánto tiempo sin ver su rostro noble y expresivo, sus ojos negros, su apostura gallarda, su mugrienta y astrosa ropa! ¡Pobre Botello! Experimenté alegría al encontrar a aquel ser incoherente, a aquel ripio social, inofensivo e inútil.

—¿Ibas a matarte? —le pregunté sonriendo, pasadas las primeras efusiones y los primeros abrazos.

—¡Hombre! no... —respondió el huésped de Pepita—. Sólo por entretener el tiempo, meditaba en lo sabiamente que obraría si me tirase de cabeza. Esa calle, con sus piedras duras, me llamaba a voces. Así se acabarían todas las trampas y todas las miserias... ¿No sabéis? Pepa casi me ha plantado en la calle... Diariamente me insulta... Apenas fumo... Tengo un cuarto donde duermo, pero eso de comer es un lujo que desconozco. La vizcaína anda rabiosa porque don Julián hizo la del humo, y se niega a mantenerme. Me han embargado mi pensión. ¿Me pagáis un bisté?

Salimos a la calle de Bailén, y no tardamos en instalarnos en un figón, delante de unas chuletitas esparrilladas muy apetitosas. El perdis nos dijo melancólicamente.

—Hay días en que estoy tan desesperado, que hasta se me ocurre trabajar en cualquier cosa. ¿Pero en qué? Y además esas son ideas absurdas, hijas de la debilidad o del aguardiente. No; cuando tengo una peseta la apunto y me gano cien. Yo no sirvo para la ignominia del trabajo. Quédese para los negros. Y después, siempre le salen a uno buenos amigos que no niegan un duro a quien se le pide. No creáis que vivo del sable, hijos, no; sablazo es cuando ofrece uno pagar... y yo no ofrezco nunca semejante desatino. El que me presta me regala. ¿Sabéis la que me jugaron Mauricio Parra y Pepe Vidal estos Carnavales? ¿Les conocéis? Uno de arquitectura, y otro de minas. Están de huéspedes en casa de Pepa Urrutia. Pues nada, que

nos vino una huéspeda de buen trapío... una viuda cordobesa, ¡más salada...! y yo... la miraba un poco. Una noche supe que iba al baile del Real... ¡Y yo sin un real! Mauricio y Pepe me animan y me toman la entrada... van conmigo... Se nos acerca la mascarita... que la conocí perfectamente... «Tengo sed... ¿Me convidas? ¿Vamos al buffet?» Ví el cielo abierto... y el infierno, porque no tenía un cochino ochavo. Echo la mano atrás, y con ella hago señas a Mauricio y Pepe... Siento que me introducen en el hueco de la mano una moneda... ¡Dios! ¡Qué será! De fijo un duro... aunque parecía algo chico. Sin mirar lo embolso, y ¡zás! subo tan intrépido... Ella se pone a comer pastelillos, a beber Jerez... Yo temblando que la cuenta pasase del duro... Nunca acababa de engullir la buena señora... Al fin se resuelve a acabar, y yo saco del bolsillo la moneda y le digo al mozo con gran prosopopeya: «Cóbrese usted.» «¡Pero, caballero, si me da usted un perro grande!» ¡Hijos, la que allí se armó! Creí que me llevaban a la prevención derechito... ¡Y qué chacota! Pues así, así vive uno, y así está siempre: más arrancado hoy que ayer, y más mañana que hoy. Ya supondréis que mi portuguesiño se ha vuelto a Portugal; en cambio tengo a un diputado provincial conquense, que se le ha puesto en la cabeza ser autor dramático, y le acompaño entre bastidores, porque se le antoja que debo conocer íntimamente a los actores y actrices; y en efecto les conozco; ¿quién no conoce aquí a todo género humano? pero no sé qué papel compongo en Lara, en Eslava y en Apolo; el caso es que los acomodadores me toman por actor, los actores por autor tronado, y yo allí de coronilla con mi diputado provincial, empeñado en que le representen su apropósito, o juguete, o revista, o lo que sea...

—¿No lo sabes a punto fijo?

—No. Cien veces intentó leérmelo; pero por ahora voy parando el golpe. Veremos si lo consigo hasta el fin. Adiós, salvadores míos... Mis ideas de muerte ya se han disipado. Gracias.

«Hoy el cielo y la tierra me sonríen;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Hoy me dísteis chuletas, ¡dos chuletas!
Hoy creo en Dios.»

Declamando así, Dumillas nos estrechó las manos con las suyas puercas y enlutadas, y se fué...

—Ahí tienes al romanticismo —murmuró desdeñosamente Luis alzando los hombros—. ¡Qué falta tan grande les hace a este y a los que son como él un curso de *sentido-comunología*!

XXI

Que dijese lo que gustase Portal: yo estudiaba la fisonomía y las acciones de Carmiña, y con la doble vista de la pasión comprobaba un desvío cada vez más acentuado y profundo... Dramaturgos que prodigáis venenos y puñales en vuestras espeluznantes creaciones; poetas que cantáis tragedias horribles; novelistas que realizáis tantos asesinatos como capítulos, decidme si hay conflicto más tremendo que aquel cuyas peripecias se desarrollan en el fondo del alma de una mujer unida, sujeta, enlazada día y noche al hombre cuya presencia basta para estremecer de horror todas sus fibras. Y dirán los que creen que la psicología es —como las positivas, exactas, físicas y naturales— una ciencia de hechos: ¿pues por qué ha de repugnarle tanto a su mujer ese marido? No hay razón suficiente. En nada la ofendió. Reina y señora en su casa, su esposo no comete infidelidades, antes bien se muestra asiduo, aficionado al hogar y a la joven esposa que allí le aguarda. ¡Ah! la antipatía era irrazonada, y por lo mismo más fuerte, más honda, más imposible de combatir. Se combate al adversario cuando tiene cuerpo, no cuando es impalpable sombra, proyectada en la caverna del espíritu. Maridos hay que maltratan a sus mujeres, que las traicionan, que las arruinan, y sin embargo son amados, o al menos no repugnan. ¿Quién puede precisar de dónde sopla esa aura llamada *repulsión*?

No es odio. El odio tiene por qué, se funda en motivos, se razona y se justifica: y si a veces me he dejado decir que yo odiaba a mi tío, me he expresado mal, inexactamente. No era odio lo que sentíamos hacia él su mujer y yo. El odio puede convertirse en amistad, hasta en amor; como nace de causas positivas, otras causas positivas lo anulan; pero la repugnación misteriosa, la sublevación de las profundidades de nuestro ser, esa no acaba, ni se extirpa, ni se transforma: contra la sinrazón no hay raciocinio, ni lógica contra el instinto, el cual obra en nosotros como la naturaleza, intuitivamente, en virtud de leyes cuya esencia es y será para nosotros, por los siglos de los siglos, indescifrable arcano.

Convengamos en que tití Carmen no odiaba a mi tío Felipe. En su bondad no cabía el odio. Mi tío le había dado su nombre, su posición, tal

cual era; mi tío no la maltrataba, ni siquiera notaba yo que escatimase mucho el dinero, aunque bien veía que la esposa, a ser dueña de su voluntad, aumentaría el renglón de limosnas... El matrimonio de mis tíos era, pues, como tantos que se ven hoy, en apariencia tranquilos y hasta dichosos, unidos por esa concordia burguesa que está de moda en nuestra sociedad, donde las costumbres, lo mismo que las calles, se tiran a cordel, cada día más rectas y simétricas. Pero así como dentro de las casas de esas calles tiradas a cordel se desarrollan trágicos episodios, y laten el amor, el vicio y el crimen, así bajo la capa de buena armonía y mutua consideración de aquella pareja yo adivinaba el mal maridaje, la predisposición tiránica y mezquina del marido y la repulsión inconsciente, fría, tremenda, de la mujer.

A veces decíame a mí mismo: «Cuidado que tiene razón Luis y que soy tonto. Poco debiera dárseme de la repugnancia que advierto en Carmen. Lo que podría preocuparme, serían los sentimientos que la inspiro. Si me quisiese como yo la quiero, ¿importaría que, a semejanza de ciertas heroínas de dramas y novelas, sin dejar de amarme con locura, consagrase también a su marido un tiernísimo cariño y una veneración y respeto filiales, o fraternales, o conyugales, etc.? Correspóndame ella, y lo demás es humo. Bastante saco en limpio de que mire con malos ojos a su legítimo dueño, si a mí no me mira.»

Pues yo no sacaría nada: pero el caso es que notaba los indicios de antipatía con intenso gozo. Al sospechar si la mujer querida pagará nuestro amor, acechamos con afán una ojeada, una sonrisa, un rubor fugitivo, el paso de una emoción que rasgando el velo en que se envuelve el alma femenina, descubre la recóndita hoguera; yo, menos dichoso, estudiaba la chispa mal amortiguada de los ojos, el temblor apenas perceptible de los labios, delatores del desvío que inspiraba mi rival.

A las horas de comer espiaba tenazmente, haciéndome el distraído, jugando con el tenedor o siguiendo con mi tío conversaciones de política, discusiones casi siempre. Estoy convencido de que todo puede fingirse, todo puede sujetarse a la voluntad; todo, hasta la expresión de la cara; la voz, nunca. Tití llegaba a mandar en sus músculos, a apagar sus pupilas, a inmovilizar las ventanas de su nariz fina y palpitante; no conseguía que su voz, de notas graves, pastosas y bien timbradas cuando se dirigía a otras personas, no fuese mate y sorda al hablar a su marido. Y aparte de esto, había mil indicios. El más claro, su afán de prolongar la velada. Por su

gusto, aquella mujer no se recogería. ¡Ah, qué deliciosa impresión para mí —las pocas veces que logré acompañarla de noche— verla retrasar la hora con mil pretextos, enfrascarse en su labor, alegar que se había puesto tarea, que no se acostaría hasta que la terminase, que tenía aún que escribir dos letras a su padre o a sus amigas de Pontevedra! Estas observaciones no podía yo hacerlas sino la noche de algún sábado; las restantes de la semana tenía que acostarme temprano, por mis clases. Solía ponerme al lado de la chimenea, en el gabinete contiguo a la alcoba, cuyas columnas adornaba un pabellón de felpa y damasco verde musgo, dejando entrever el mueblaje de la odiosa cámara donde diariamente se celebraba el inicuo misterio de la absoluta intimidad de dos seres que ni se querían, ni tal vez se estimaban, ni tenían más punto de contacto que haberles echado a un tiempo la misma estola el fraile moro.

Una mañana recibí carta de mi madre, escrita en el estilo precipitado e incoherente de costumbre, sin puntuación, no hay para qué decirlo, y consagrada toda a participarme cierta extraña noticia. «No sabes la carnavalada el viejo chocho de Aldao cayó con la mocosa de Candidiña lo envolvió lo mareó lo volvió tarumba le hizo rabiar hasta que consintió en casarse pero no en público sino de ocultis muy a cencerritos tapados el cura cuando le preguntan lo niega el viejo lo mismo pero yo lo sé por quien lo vió y lo presenció con sus ojos y en Pontevedra corren unas coplas muy indecentes sobre el fenómeno parece las escribió el director de *El Teucrense* es cosa de risa lo que no logra una chiquilla descarada dice que le regaló mantilla y vestido de seda negra Dios nos conserve el juicio y nos libre de chochear no sé si la hija está enterada si no cállate que se sepa por fuera que ya se lo escribirán a Felipe sus paniaguados buena la hizo ya tiene madrastra me alegro por haberse burlado de nosotros».

Excusado parece decir que apenas pude coger a la tití sola, me apresuré a leerle la rara nueva, no sin grandes preámbulos y trasteos. Lejos de asustarse o de afligirse, la hija del señor de Aldao reveló satisfacción.

—Dios me ha oído —dijo vivamente—. Dios me premia, Salustio. A la edad de mi padre más vale estar casado que... de otra manera. Por su dignidad, me alegro: puedes creer que me alegro, aunque preferiría que hubiese tenido distinta elección. ¿Ya lo hizo? ahora... que resulte bien.

—No quiero darte mal rato —respondí— pero, Carmiña, a la edad de tu papá, un hombre se expone bastante, en el terreno de la dignidad misma, casándose con chicuelas de diez y seis años.

—Allá ella y su conciencia —repuso tití—. Probablemente, ahora que está casada, se mirará muy mucho. Antes podía excusársele alguna informalidad.

—Y era una veleta, tití... y seguirá siéndolo porque lo tiene de condición. ¡Cuidado con la rapaza! ¡Llevar a ese señor hasta tal extremo! Te aseguro que es pájara de cuenta tu señora madrastra. No veo claro el porvenir.

—Bueno, pues Dios sobre todo. Dejemos que haga su oficio la gracia del Sacramento.

—¿Crees tú en la gracia del Sacramento? —pregunté acordándome de Luis y sonriendo a pesar mío de un lenguaje que de tal modo contrastaba con mis ideas y convicciones, y que no obstante, en labios de mi tía me estaba pareciendo la esencia de la belleza moral.

—¡Qué pregunta! ¿Pues no he de creer? Lucida estaba si no creyese. Cuando Dios instituyó el Sacramento, se obligó a ayudar con su gracia a los que lo contraen. Sin semejante ayuda no habría matrimonio posible.

—La gracia consiste en quererse, Carmen —murmuré llegándome a ella un poco y clavando mis ojos en los suyos. No deseaba convencerla, bien lo sabe Dios, ni seducirla, sino al contrario, que ella desplegase todas las monerías de su ciencia teológica, y luciese ante mí, como amazona aguerrida, las armas bien templadas con que escudaba su virtud. Pero me salió la pascua en viernes, porque tití no estaba para controversias. Sólo contestó con afabilidad:

—Es natural que pienses así siendo muchacho y teniendo las ideas que tienes, por desgracia no muy religiosas. Los años te desengañarán y juzgarás mejor. Ya sentarás la cabeza.

—Bueno, Carmiña; si para sentarla bastara una palabrita tuya... ¿Dices que eso de quererse es un disparate? Pues lo creo. Pero al menos no me negarás que para ser felices, por muy santos que me los supongas, los cónyuges necesitan profesarse algún afecto; vamos, al menos no aborrecerse, no repugnarse. ¿Me engaño?

Carmiña palideció y sus párpados aletearon ligeramente. Me miró severa y dolorida, como diciendo: «Esa es conversación vedada, y extraño que la toques».

Me llevé de aquel breve diálogo, interrumpido por la llegada de mi tío, provisión mayor de esperanza. Don Felipe entró apresuradamente, mal engestado y azoradísimo. Apenas vió a su mujer, sacó del bolsillo una carta.

—¡Carmen!... ¿qué es esto? ¿Sabías algo tú? ¡Porque me escribe Castro Mera diciendo que en todo el pueblo está corrido que tu padre se ha casado secretamente con la sobrina de su ama de llaves!

Tití afirmó la voz antes de contestar y lo hizo sin miedo.

—Debe de ser verdad, porque también a Salustio se lo escribe Benigna.

—¡Y me lo dices así... con esa flema! —gritó el marido.

Hay momentos en que se corre la cortina, se sorprende el alma desnuda, y se contemplan sus formas misteriosas, por muy aprisa que las quiera cubrir. En aquel grito ví patente el alma de don Felipe, seca y dura, interesada y vil, semejante a otras muchas que andan por ahí metidas en cuerpos de aspecto menos judaico.

—¡Me hace gracia cómo lo tomas! —prosiguió desatinado—. ¿No te importa que se haya vuelto loco tu padre? Porque eso es locura senil, y tu hermano y yo nos uniremos para anular la boda e incapacitar al lelo. ¡Casarse! Pues hombre, ¡tiene chiste! ¡Eso se llama reirse del mundo y dar la castaña a los incautos!

Sus ojos despedían chispas; su nariz corva acentuaba la expresión de rapacidad y codicia de su rostro, dilatándose; su tez se había inyectado, igualándose casi en matiz con su barba; y su mano convulsa agarraba y soltaba, con estremecimiento maquinal, el cuchillo, el tenedor, la servilleta, de encima de la mesa preparada para el almuerzo.

—¡Qué quieres! —respondió con firmeza la esposa, ocupando su sitio como si fuésemos a almorzar pacíficamente—. Mi padre es dueño de sus acciones, por lo mismo que le autoriza la edad. No es cierto que esté chocho, y el respeto que le debemos nos prohibe intentar nada contra sus resoluciones. Paciencia. Peor sería que viviese dando escándalo.

—Eres una tonta —exclamó el marido, descomponiéndose por primera vez, dispuesto a echarlo todo a rodar—. A la edad de tu padre, hija mía, ya no hay escándalo, ni Cristo que lo fundó: lo que hay es disparates y locuras y ridiculeces, y la mayor de todas, esa de casarse con una muchacha de pocos años, ¡una criada!, para encontrarse, a la vuelta de un mes, con que la cabeza no le cabe en el sombrero. Las mujeres no entendéis de nada, ni sabéis lo que decís. Falta de experiencia y de mundo, que ni lo conocéis, ni tenéis motivo para conocerlo. Por eso la mayor parte de las veces obraríais muy bien en callaros, ¡pateta! Y tu papá —ya que lo quieres oir—, antes de casar a su hija, procedería mejor si dijese al futuro yerno: «Felipe, aunque se me caen los calzones, no hay que fiarse; estoy animoso, y no tardaré en

contraer segundas nupcias. Y como a mi edad siempre se tienen hijos, vendrán dos o tres muchachos que dejarán a mi hija *aspergis*». Qué bonito, ¿eh? ¡Qué bonito!

Mi tía, callada. La lividez de sus mejillas, el anhelar de su pecho y el resplandor de sus ojos, indicaban la interior indignación y el hervor de la protesta... Pero en vez de abrir la válvula, se reprimió, cogió el vaso de agua que tenía cerca, y sentí el choque del cristal contra sus dientes al beber, indicando el temblor del pulso... Mi tío sin tomar en cuenta aquel valeroso silencio, exaltándose con sus propias palabras, continuó:

—Ahora mismo voy a ponerle una cartita caliente, diciéndole lo que viene al caso... Me ha de oir, te lo juro. Ha de salirle por cara la trastada esa, o no me llamo Felipe. Le crearé tales dificultades, que ha de acordarse del santo de mi nombre... ¿Se imaginará que voy a consentir que tú te trates con esa preciosidad de madrastra?

—En primer lugar —respondió lentamente mi tía, haciendo un esfuerzo —, creo que la boda, por ahora, es secreta; y en segundo, me trataba con ella cuando estaba allí... expuesta a cosas peores. ¿Por qué no he de tratarme, hoy que es la mujer de mi padre, si se porta bien?

—¡Portarse bien! ¡Eche usted portes! —exclamó irónicamente mi tío—. ¡Portarse bien! Ya te lo dirán de misas los señoritos de Pontevedra y de San Andrés... En fin, a mí eso me tiene sin cuidado...

—Pues a mí, eso será lo único que me importe —contestó mi tía con vehemencia, no pudiendo reprimirse ya—. Que no tenga mi padre que avergonzarse de su elección, y lo demás sea como Dios quiera, que al fin y al cabo, así ha de ser.

¡Oh dureza empedernida de los hebreos, con cuánta razón te fustigó Cristo! Aquellas palabras, dictadas por el ímpetu de la fe, hubiesen conmovido a una peña; pero mi tío era peor que las peñas mismas, y se levantó de la mesa, arrojando la servilleta, bufando entre dientes.

—Sobre que uno aguanta la mecha, le salen con estupideces y ñoñerías. ¡Tiene alma, hombre! ¡Mire usted que casarse ahora aquel estafermo! ¡Oir defenderle aquí, en mi cara!

Salió del comedor. Yo fuí tras él, quería saber adónde se dirigía; llevaba mi objeto al dejar a Carmen sola. Oí a don Felipe cerrarse en su despacho, sin duda para escribir al suegro la carta «caliente». Entonces retrocedí, y entrando de repente en el comedor, me acerqué a Carmiña, y murmuré con ternura:

—No llores, titi... Anda, no llores... Tontiña, no hagas caso.

No me había engañado en mi suposición. Volvió la cabeza, y ví los ojos arrasados, que secó instantáneamente la enérgica voluntad. En voz temblona, me contestó, desviándome un poco:

—Gracias, Salustio; ya pasó... No se puede remediar a veces. Tiene una tonterías así...

—Es que te habla de un modo que me indigna. Trabajo me costó no saltar. Y tú, ¿cómo resistes...?

—No, no, eso no; no digas eso siquiera. Es mi marido y no ha de andar escogiendo las palabras.

—Sí que debe escogerlas. A una mujer como tú, que es la santidad, la bondad en persona, se la habla en esta postura... así... ¿ves? —suspiré hincando la rodilla en tierra.

—Si no te levantas, me enfado, y si vuelves a decir eso, también —contestó poniéndose en pie resueltamente—. No te agradezco estos consuelos, Salustio: más bien parecen lisonjas, y lisonjas a mí... tiempo perdido. ¿Quieres que te diga la verdad? Pues la culpa de esta desazón es mía, mía sólo. No debí llevarle la contraria a Felipe, sino dejar que se apaciguase el primer enfado, y después hacerle reflexiones. Al pronto se comprende que le haya molestado el casamiento de papá. Pongámonos en lo justo. Ningún marido se irrita contra una mujer que no le contesta. Por la lengua vienen todas las disensiones matrimoniales. Nuestro papel es callar.

—No, bobiña, vuestro papel es hablar cuando tenéis razón; lo mismo que nosotros hablamos muchísimas veces sin tenerla. De modo que si tu marido suelta una barbaridad enorme... que no hay Dios, supongamos, ¿tú no debes chistar?

—Mientras esté irritado, no... porque, ¿qué conseguiré? echar leña al fuego, nunca persuadir. Pero así que se aplaque, con suavidad y con cariño, le puedo hacer mis objeciones, lo mejor que sepa... y entonces sí que me oirá y se convencerá.

No supe qué replicar, pues aun cuando se me ocurrían mil reparos, el criterio de titi me subyugaba enteramente, pareciéndome el único digno de ella. Era un día nubladísimo; el comedor daba al patio, y las espesas cortinas, retasando la luz, contribuían a hacerlo más lóbrego. Los pliegues de aquellas cortinas, de color parduzco y tela tupida, se me antojaron, por repentino capricho de la imaginación, el plegado de un hábito de fraile, contribuyendo bastante a la semejanza el grueso cordón que las ceñía y

sujetaba al alzapaño. Los arabescos de la cortina, a cierta altura, me figuré que dibujaban con suma propiedad la cara de un hombre. Era un fenómeno de autosugestión, que evocaba allí, oyendo nuestro diálogo y burlándose de mí con sandunga, la sombra del P. Moreno. «¡Maldito fraile! —dije mentalmente a la cortina—. Te has de llevar chasco. Porque nada violento y absolutamente contrario a la naturaleza humana es durable, y esta abnegación heróica y esta fuerza que hace mi tía a sus sentimientos no pueden llegar hasta un límite indefinido. Vendrá ocasión en que salte el resorte... y yo la atisbaré, te lo juro, fraile tontín, que no has probado la única felicidad verdadera de esta vida». Por casualidad mi tití fijaba la mirada en el cortinaje, con esa intensidad de las personas que miran sin ver y a quienes distrae una idea triste. Me figuré que veía lo mismo que yo en las arrugas, y que también para ella se destacaba allí, callada pero elocuente en su actitud, la figura del fraile...

¡Qué ansia la mía de penetrar en los secretos camarines de aquel cerebro femenil, y leer la proclama revolucionaria que en ellos estaba escrita, de seguro, por invisible mano! La esposa no dejó salir nada al exterior. Levantándose, pasó a la cocina y se enteró de cómo andaba lo del almuerzo. «Porque tú ya tendrás hambre, Salustio», dijo, volviendo a entrar, serena y dueña de sí.

XXII

¿Cómo sucedió que descendiese a mi alma un rayo de divina alegría, de esperanza insensata y deliciosa, de luz, en fin, parecido al que supone la tradición popular que penetra el día de la Candelaria en las tinieblas del Limbo? A ver si puedo recordarlo con todos sus detalles insignificantes y hasta cómicos, con su mezcla de sueños y realidades, tan inseparables, que no sé dónde acaban los primeros y empiezan las segundas, ni puedo jurar que éstas hayan existido más que dentro del sujeto que las percibía en mi propia representación, para mí mismo la verdad suprema.

Es el caso que Trinito, nuestro cubano filarmónico, habiendo recibido cierta plata enviada de su ínsula, se dedicó a gastarla sin ton ni son ni gracia ninguna, desmadejadamente, como hacía él todas las cosas; y entre sus despilfarros se contó el de convidarnos a butacas del Real para ver el estreno de una ópera española, muy discutida y comentada de antemano por los periódicos. Vanamente le demostramos la inutilidad de este derroche, pues nosotros estaríamos mucho más a gusto en el paraíso, entre niñas cursis y guapas y aficionados competentes en el *divino arte*. Pero él, que a lo que aspiraba era a darse tono y a jalear el estreno de cierto frac, se hizo el sordo y nos arrastró a Portal y a mí hacia el coliseo: el zamorano, ni hecho pedazos consintió en acompañarle. Ni Portal ni yo poseíamos frac; sólo que nos dejamos de chiquitas y nos encajamos la levita —el fondo del baúl— esperando que nadie se fijaría en nosotros, y todas las miradas serían para el cubano, según iba de resplandeciente y repampirolante. Su nuevo traje de etiqueta brillaba con el charolado especial del paño fino, y la estrecha solapa de raso, bajando hasta la cintura, realzaba la pechera blanquísima. El hombre, a fin de no perdonar detalle, se había gastado su pesetita en una olorosa gardenia, que lucía en el ojal con irreprochable corrección. Clac no se lo compró por falta de tiempo; pero entró en el teatro ocultando el hongo bajo el capote, a fin de no estropear el rizado del pelo y la primorosa raya. Nosotros ocupamos nuestros asientos un tanto cohibidos aspirando a que nadie nos mirase ni viese; pero Trinito, plantado en pie y vuelto de espaldas a la orquesta, sacando el pecho, donde bombeaba la fina camisa, y pasándose la mano, desnuda de guantes, por el cabello bien atusado, parecía

un gomoso de los más cargantes. Aunque el sentido de la vista, en el cubano, andaba tan expedito como el del oído, se había alquilado los grandes gemelos, y los clavaba alternativamente en los palcos, entresuelos y plateas y en las filas de butacas, pasando revista a las beldades, a los descotes y a las galas y joyas. Portal, muy encogido y acurracado, se divertía en decirle *sotto voce* que doña Cristina le flechaba sus lentecitos de mango largo, y que la infanta Isabel hacía señas a la infanta Eulalia para que se fijase en aquel nuevo dandy tan desconocido como fascinador.

Pero apenas se hubo levantado el telón, entróle a Trinito un acceso de epilepsia musical, y estuvo pendiente de la ópera, la cual, por espacio de cinco horas, nos zarandeó de Wagner a Meyerbeer, y de Donizetti a Rossini, pues de todo había en ella menos de nuevo y español. Trinito, en su exaltación o con la implacabilidad de su retentiva música, no nos dejaba vivir.

—¡Camaradas, esto es ajiaco pura! Ahí ha metido el hombre el *largo assai* de la ópera 32 de Mendelson. ¡Anda, anda, pues si se ha calzado enterito el *allegretto* de la introducción del *Don Juan*! Toma... eso es de la *Flauta encantada*: quince compases lo menos hay igualitos, calcados al pie de la letra... ¡Este *maestoso* está en *El barco fantasma* o en *Parsifal*!...

—O en las *Habas verdes* —añadía Portal con sorna.

—No, pues no reirse, que hay algo de *Habas verdes*, o cosa parecida: porque esa especie de tango yo lo he oído en zarzuela... Ahora saltamos a la *sinfonía en ut menor* del *sordo sublime*... Camaraditas, estoy indignado. Voy a protestar. De esto a salir a los caminos con trabuco...

Al segundo acto la indignación de Trinito fué en un *crescendo* no menos estrepitoso que el del concertante final; al tercero nos aburrió a todos con sus investigaciones de reminiscencias y plagios, empeñándose en buscar a gritos, llamando la atención de los espectadores, los fragmentos de un tarso de Mozart o de una canilla de Beethoven que por allí andaban desparramados: y al cuarto su indignación adquirió proporciones tan imponentes, que no nos permitió oir el final de la obra. «Larguémonos antes que llamen a la escena a ese monedero falso. Yo silbaría, si me quedase, y no es cosa de armar escándalo aquí. Vámonos, pues: prudencia. Estoy tan atufado, que no sé lo que hago. Sujétenme, sáquenme a la calle». Admirados de aquel arrechucho, no menos sorprendente en el dulce y manso cubano que en un canario o un cordero, nos resignamos a salir antes que nadie, y echamos, por el salón de descanso, hacia la puerta.

Sin transición, desde la atmósfera recaliente, vibrante, zumbadora de la sala, nos trasladamos al pasillo, más glacial por estar desierto, pues únicamente daban vueltas por allí dos acomodadores. Una corriente de aire, aguda como un estilete, se coló por mi boca entreabierta para reir, llegando instantáneamente a mi pecho, donde noté como un pinchazo.

—Taparse la boca, señores —advirtió el práctico Luis—. Vamos a pescar la gran pulmonía de la Era cristiana. Tápate, Salustio, no seas aturdido.

Buscaba el pañuelo para ampararme con él, pero ¡ay! sentía ya ese aviso extraño, esa punzada obscura y sorda de la enfermedad, que traidoramente se nos ha metido en el cuerpo aprovechando nuestro descuido, a manera de ladrón que ve puesta la llave y no pierde la oportunidad de registrar el arca.

—Creo que ya la he pescado —murmuré con alguna inquietud.

—No seas aprensivo. Vámonos a Fornos a tomar un ponche. Anda, verás qué calentito y qué bueno —dijeron mis compañeros, a tiempo que salíamos al páramo de la Plaza de Oriente. Y fuímos a Fornos y tomamos el ponche, todo a cuenta de la plata de Trinito, quien nos hizo de nuevo una monografía sobre los plagios y rapsodias de la ópera, y nos tarareó su indignación y hasta nos la tecleó sobre la mesa. Esta vez se resolvía a escribir una crítica musical. ¡Vaya si se resolvía! Iba a triturar al compositor, o mejor dicho, al *rata* cogido infraganti visitándole a Wagner la faltriquera.

Me retiré tarde y dormí mal. Al otro día desperté con inexplicable fatiga y desaliento, con esa especie de marasmo que precede a los graves desórdenes patológicos. Titi observó que tenía muy mala cara y me rogó que me acostase, regañándome suavemente por las horas imposibles a que me había recogido la noche anterior. Accedí; me sentía tan rendido, que como decimos en la tierra, ningún hueso de mi cuerpo me quería bien. Al retirarme, dije a Carmiña en suplicante tono:

—¿Irás a verme?

—¡No faltaba más! Ya se ve que iré. A llevarte una taza de flor de malva bien hervidita para que sudes... Eso que tienes es un resfriado. Locuras que habrás hecho.

Apenas me acosté ¡zás! se declaró victoriosamente la calentura, y la fatiga, y la congestión de los órganos respiratorios. Empecé a divagar, a perder la brújula: aquello seguramente no sería delirio, pero sí una especie de libre y caprichoso viaje de la imaginación al través de las regiones más hermosas para mí cuando me sentía completamente dueño de mis

facultades. En los intervalos lúcidos de la modorra y entre la angustia de la disnea pulmoniaca volví a ver el Tejo, con su ramaje verde obscuro, que se recortaba sobre el azul divino del cielo y sobre el luminoso y pálido verdor de la ría; oí cánticos de labradoras, gaitas que repicaban la alborada, cohetes, acordes de piano, y hubo instantes en que juraría que un negro murciélago entraba revoloteando por la ventana y, traspasado por un alfiler, agonizaba a mi vista... Por supuesto que el Padre Moreno estaba allí, y unas veces me servía de consuelo su presencia, y otras me irritaba hasta tal punto, que de buena gana le hubiese arrojado a la cabeza cualquier cosa. En el trastorno de la fiebre debí de cantar, y también debí de enunciar fórmulas y plantear problemas de ciencia matemática. Lo que sé es que por cima del delirio, de la calentura, de la horrible opresión, de la constricción de mis bronquios y pulmones, revoloteaba una sensación encantadora. Titi no salía de mi cuarto; titi me aplicaba los remedios, me arreglaba las sábanas, me servía y atendía en todo; y cuando en un movimiento involuntario, hijo de la fiebre, se me ocurrió echarle los brazos al cuello... pensé... ¿era desvarío? que aquella mujer fuerte, inquebrantable, lejos de hacer el menor movimiento para apartarse de mí, me devolvía la afectuosa demostración. Yo juraría que sus ojos me miraban con inmensa ternura; que sus manos me acariciaban y halagaban como se halaga y acaricia a un niño; que su boca murmuraba frases de miel, cuyo sonido era música del corazón... Y dejándome llevar de mi fantasía, pensé al adormecerme bajo la acción de un enérgico medicamento:

—Titi me quiere, me quiere, no cabe duda. ¡Si no me muero voy a ser muy dichoso!

Suspiré, dí media vuelta, y si pudiese formular en palabras el sentimiento que inundaba mi espíritu, añadiría:

—Aunque me muera.

FIN

La segunda parte de esta obra se titula:

LA PRUEBA

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread works not protected by U.S. copyright law in creating the Project Gutenberg™ collection. Despite these efforts, Project Gutenberg™ electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg™ trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg™ electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH 1.F.3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER